

VOCES

CUADERNOS DE LITERATURA



REVISTA SEMESTRAL DE CREACIÓN: POESÍA

TEATRO - NARRATIVA

8

COLABORACIONES

Sobre los Autores

POESÍA	PAG
Ferrucio Brugnaro	4
Ulises Varsovia	4
Juan Bruca	5
Fco. Javier Martín – Franjamares	5
José Vasanta	5
Ricardo Sanz	6
Inés Guzmán	7
Kelo Galam	7
Pamela Pérez Bernal	8
Haydée Alicia Acosta	8
Fina Martín	9
Dolores Valero	9
F. Ana Naranjo	9
Manuel Sánchez Mariscal	10
Alejandro García Boyano	11
Joaquín López Martín	11
Juan Manuel Alaminos	12
Enrique Cardoza	12
F. Antonio Vidal - Nekovidal	13
Juan Diego	14
Marisa Sendón	14
María Tremiño	15
Cuba Pareggi	15
Mari Carmen Martínez	16
Esther García	16
Maribel Avilés Mayorga	17
Mariló Rodríguez Díaz	18
Marina Tapia Pérez	18
Natalia Díaz	18
Manuel Terrín Benavides	19
TEATRO	
Miguel Ávila Cabezas	20-22
NARRATIVA	
Marta Sánchez	23-24
Juan Andivia	25
Helena Cosano	25
Marisa Sendón	26-27
Alejandro García Boyano	27
Pilar Redondo	28
Francisco Díaz Guerra	29
Vicky Fernández	30-31
Antonio Urdiales, Quillo	31
Luis Pliego Iñiguez	32-33
Fernando de Villena	33
José Vasanta	34
Juan Bruca	35-36-37
Rodrigo Manso de Zúñiga	37
Guillermo Diez	38
Pilar Barrenechea	39-40-41-42
José Guerrero	42
Lucía Muñoz Arrabal	43-44-45
Begoña Ramírez	46-47
Joaquín López Martín	47
F. Antonio Vidal – Nekovidal	48-49
Fco. Javier Martín – Franjamares	50-51
Ricardo Sanz	52-53
Silvio Rivas	54
Antón Chejov	55-56
Mari Carmen Martínez	56
Adrián Fitanovich Ortiz de Mendivil	57
M. Javier Sánchez Contreras	58

Los escritores que no aparecen en esta lista, tienen su nota al pie de su propio texto.

Juan Manuel Alaminos: Almuñequero. Licenciado en Derecho, miembro fundador de la revista *VOCES*; músico y cantautor, autor del CD: *Alaminos*.

Haydée Alicia Acosta: Nació en Argentina. Arraigada en Nerja desde hace más de 30 años. Cantante, poeta. Pertenece a la peña flamenca de Nerja y a la asoc. *La aventura de escribir*. Asidua tertuliana de *La Casa de Las Palabras*.

Juan Andivia Gómez: Onubense. Reside en Sevilla. Premio Nacional de Artículos periodísticos *Francisco Valdés*; Filólogo; colaborador en prensa; tiene publicados 4 libros de poesía y 2 ensayos, además de numerosas obras colectivas.

Maribel Avilés Mayorga: Nacida en Málaga, profesora en el C. P. Intelhorce, donde dirige un Taller de Creación Poética. Autora de las piezas en verso de teatro escolar: *El regreso del Caballero* y *La Navidad nuestra de cada día*.

Feruccio Brugnaro: Nacido en Mestre (Venecia) 1936. Fue protagonista de numerosas batallas obreras; escritor autodidacta; su poesía es humana y luminosa. Tiene publicado en castellano el poemario: *No Puedo Callarte estos Días*; en francés: *La Primavera Siempre Llega Lentamente*; y recientemente en italiano: *Ritratto di donna*.

Enrique Cardoza: Músico. Con influencias del Gótico, hace pop electrónico de autor. Ha vivido en Rumania, Suecia, Venezuela, España (Madrid)... Actualmente reside en Nerja. Ha publicado recientemente el CD: *Amor Amorfo*.

Natalia Díaz: Estudiante de Artes y Oficios, de Música y Piano.

Juan Diego: Granada, 1978. Diplomado en Magisterio, con estudios de Ciencias Religiosas. Poeta.

Esther García: Nació en Almuñécar. Es colaboradora habitual de las páginas literarias de EL FARO y de la Revista *VOCES*.

Kelo Galam: Madrileña, afincada en Málaga, Periodista. Articulista en diversos medios. Poeta. Premio «Valora» por la colección de poemas *Marcha oriental*. Autora de los cuadernos de Poemas: *Tu esencia* y *Ciudad Caín*.

Inés Guzmán: Nació en Ceuta y reside en Málaga. Licenciada en Arte Dramático. Actriz, poeta. Vocal de poesía del Ateneo de Málaga. Autora entre otros de los libros: *Donde Habitan Gaviotas*, *Semanario*, *La escala de Job*, *El águila en el tabernáculo*.

F Ana Naranjo: Nació en Cacín (Granada). Pintora. Con estudios de Parapsicología y ciencias afines. Ha trabajado y publicado en diversas revistas literarias y prensa.

Pamela Pérez Bernal: Valparaíso (Chile). Licenciada en Bellas Artes, pintora y poeta. Fue miembro del taller literario *Sin Fama* en Chile. En Madrid ha participado en distintas publicaciones. Sus poemas y escritos han sido editados en los libros: *De Ratz.*, *Mujeres del Mundo* y *Asparkia*.

Mariló Rodríguez Díaz: Licenciada en Filología Inglesa, colaboradora habitual de la revista *VOCES* y de las páginas literarias de EL FARO. Su poesía aparece en los libros. *Amor Olvidado* y *Sentimientos Enfrentados*.

Manuel Javier Sánchez Contreras: Bibliotecario de Almuñécar. Autor de los libros: *Guía Geográfica, Histórica y Cultural de Almuñécar*, y *Aproximación a la bibliografía de Almuñécar* y *La Herradura*.

Manuel Sánchez Mariscal: Arcos de la Frontera, 1942. Poeta. Cofundador de la revista *LIZA* en su ciudad natal, colabora en diferentes revistas poéticas españolas y foros latinoamericanos. Autor de los libros inéditos: *Sombras* y *Detrás de los Cristales*, algunos de cuyos poemas han sido publicados en esta revista.

Marina Tapia Pérez: Nació en Chile. Pintora y poeta. Vive en Madrid desde el año 2000, donde participa en distintas actividades culturales.

María Tremiño: Nació en Valladolid, con estudios en Pedagogía y Dramaturgia, es colaboradora habitual de esta revista y del periódico EL FARO.

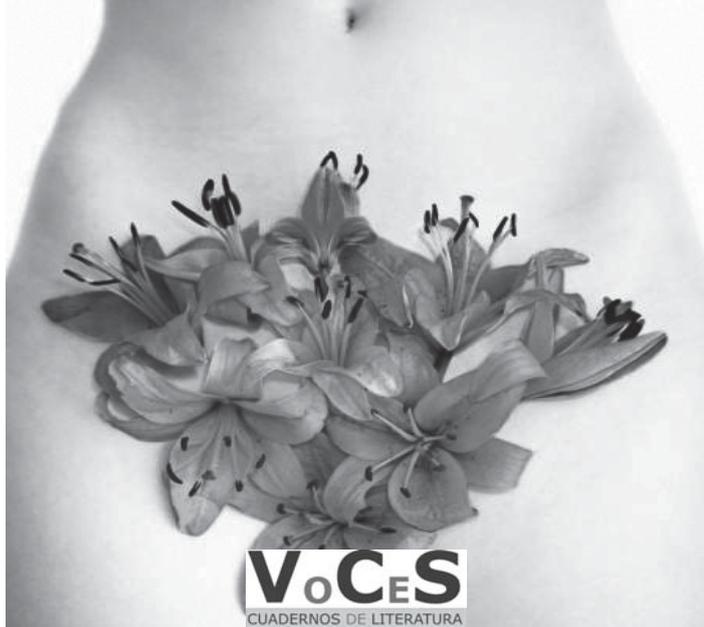
Antonio Urdiales, Quillo: 47 años, campesino de nacimiento y extraviado de adulto; escribe literatura juvenil inédita y letras de canciones. «El Quillo es uno de esos naufragos que tratan de hacer de la palabra su tabla de salvación.»

Dolores Valero: Almuñequera. Aficionada a la poesía y a la escritura en general.

Ulises Varsovia: Valparaíso (Chile). Profesor de Español de la Universidad de San Gall (Suiza). Tiene publicada su obra, entre otros, en los libros: *Ebriedad*, *Vientos de Letras* y *Antología Esencial*.



La Italiana
 Heladería - Cafetería
 Pastelería
 Lugar de encuentro y tertulia
 C/. Hurtado de Mendoza, 5, bajo
 Almuñécar
 Telf.: 958 88 23 12



Conócenos

Amigo lector, tienes en tus manos el número 8 de la revista *VOCES*, número mágico –el infinito puesto de pié–, con el que nos gustaría iniciar una nueva etapa creativa, aguas abajo, en el *afluente* de la publicación...

Son ya cuatro años de trabajo ininterrumpido por la literatura, tiempo aprovechado durante el que hemos creado, principalmente, un grupo abierto de amigos y colaboradores comprometidos con la palabra, el pensamiento y las artes... que consideramos la escritura vocación primera, modo de expresar y compartir y, sobre todo, disfrute personal («Si no es divertido no merece la pena»).

En éste número, para dar cabida a tantas voces de nuevos autores que se suman al afluente de la revista desde distintos puntos de Andalucía (Sevilla, Málaga, Nerja, Frigiliana, Almuñécar, Granada, Cazorla), hemos tenido que aumentar en 8 páginas la presente edición. La disposición de textos continúa no obstante el orden acostumbrado: Poesía, Teatro, Narrativa... Y la portada sale por vez primera a todo color, algo indispensable para reproducir fielmente la obra de Luís Morón.

Dentro de la variedad de autores, estilos y temáticas, nuestro único propósito ha sido siempre, y sigue siendo aquí, dejar en el lector un buen recuerdo, alguna idea compartida o, acaso, un sentimiento afín. Si le ha ocurrido algo de esto y quiere ponerse en contacto con nosotros, no dude en hacerlo usando las direcciones y teléfonos señalados abajo.

Pueden disponer también en *Internet* de los textos de este número (y el anterior) visitando la web: www.arteslibres.net.

Grupo redactor:

Juan Bruca, Alejandro García Boyano, Pilar Redondo, Joaquín López Martín, José Guerrero Ruiz, Mariló Rodríguez, Mari Carmen Martínez, Francisco Javier Martín Franco.

El **colectivo de escritores** de este número de *Voces*, está en condiciones de afirmar que, en pos de una *cultura libre y universal*, cualquier parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transferida de cualquier forma o medio, ya sea electrónico, por linotipia, repujado, pirograbación, taracea, miga de pan, microfilmación, valla publicitaria, grafiti, fotocopia o serigrafía e incluso manuscrito... con la complicidad previa del editor o sus autores.

Edita: Asociación Cultural VOCES, *Cuadernos de Literatura*, Príncipe de Asturias, 20-5º A, Almuñécar 18690 (Granada).
Contactos: Tel. 958 63 50 09 (F. Javier Martín Franco) 958 63 56 53 (Juan Bruca) e-mail: franjamares@hotmail.com.; vocesliterarias@hotmail.com. **Tertulias:** viernes, 18.00 h. Cafetería *La Italiana*, Callejón de Hurtado, Almuñécar; miércoles: 20 h. *La Casa de las Palabras*, Cl. Bronce n.º 11, Nerja. **Colabora:** Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Almuñécar.
Depósito Legal: Gr. 2009-2004. ISSN 1887-7303. **Imprime:** Imprenta Comercial Motril (Granada) **Diseño y Maquetación:** Revistas VOCES y Manuel Castillo, *Gráficas Contreras, Almuñécar*.

Geografía Humana

II

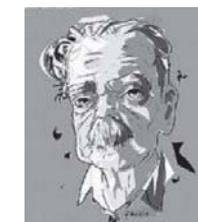
Por aquí pasa un río.
Por aquí tus pisadas
fueron embelleciendo las arenas,
aclorando las aguas,
puliendo los guijarros, perdonando
a las embelesadas
azucenas...
No vas tú por el río:
es el río el que anda
detrás de ti, buscando en ti
el reflejo, mirándose en tu espalda.
Si vas de prisa, el río se apresura.
Si vas despacio, el agua se remansa.



A Ángel González *in memoriam*

Oración

Hábítame, penétrame.
Sea tu sangre una con mi sangre.
Tu boca entre a mi boca.
Tu corazón agrande el mío hasta estallar.
Desgárrame.
Caigas entera en mis entrañas.
Anden tus manos en mis manos.
Tus pies caminen en mis pies, tus pies.
Ardeme, árdeme.
Cólmeme tu dulzura.
Báñeme tu saliva el paladar.
Estés en mi como está la madera en el palito.
Que ya no puedo así, con esta sed
quemándome.
Con esta sed quemándome.
La soledad, sus cuervos, sus perros, sus pedazos.



Juan Gelman, premio Cervantes 2007

Ilustración portada:

Haciendo mi propio camino
(detalle)
2003, Luis Morón
92x72 cm. técnica mixta



Ferruccio Brugnaro

Lo he Oído Suplicarme con Insistencia (Trad. Juan Bruca)

Hoy el aire huele a huevos podridos,
está envenenado
por hidrocarburos tetraetiles
y alquitrán.
He recogido en el cemento hace poco
un minúsculo pájaro
rojo y gris
todo temblante,
tiene los ojos casi cerrados
y el pico lleno
de espuma verdosa.
Quizás habrá comido
unos gránulos
de azufre
o quizás otro veneno
temible.
Lo he oído implorar
mi mano
con insistencia,
lo he oído llorar
a lágrima viva
como cielo
de lluvia violenta
sin conseguir
respuesta.
Dentro de mi mano
he sentido
en silencio
toda la intensidad
del dolor
de la vida y de la muerte
desgarradora
inexorable.
Me han lanzado hasta lo más hondo
de mí
una demanda de amor
de luz
que no se puede más
esconder en ninguna
parte.



Hoy en día he encontrado
todo un mundo
de hombres, flores y animales,
he encontrado
la resistencia
tenaz,
las alegrías secretas y locas
que no se someten
ni siquiera cuando las bombas
y los misiles
caen
de todas latitudes,
más apretadas
que la nieve
en las noches
de invierno.

No Tenemos Dudas

No tenemos dudas ahora. Reduciréis
nuestros brazos
a manivelas de acero.
Haréis latir nuestras sienes
electrónicamente.
Con los ritmos de producción
destruiréis todos nuestros músculos.
Pero nosotros somos
de la paciencia del trigo,
somos de la fe
que mueve montañas.
El día nuevo, compañeros, la tierra
se alzaré entre los altos hornos
con las piedras de nuestros cuerpos.

Ulises Varsovia



Veneno

¿Es que ya ni siquiera,
ya ni siquiera, amor,
ni siquiera tu alba salud,
la impoluta claridad
de fuente cada día correr,
de aguas nunca rehusar,
ya ni siquiera, ya ni siquiera?

¿Qué ya tu voz de cristal
rota en la fría mudez
de quien en lucha cruel,
de quien luchar y luchar
para ya no fallecer,
para nosotros seguir
bogando en la tempestad?

En miles de agudos gritos,
en miles de ínfimas astillas
tu blonda cabeza estallada,
rota en granos desgranados
por una fuerza más fuerza
que mis temblorosas manos.

En lo hondo de los más hondo,
en la penumbra más negra,
mi enconada vigilancia
de intemporal soldado
celando todas las vías.

Por alguna oscura senda,
por algún acceso enjuto,
la malhadada serpiente
deslizándose su veneno.

Y de su mordedura
dos vidas inficionadas,
dos existencias heridas,
dos cristalinas fuentes rotas.

Ricardo Sanz

Sabía Que Me lo Iba a Decir

Sabía que me lo iba a decir,
 me lo veía venir,
 «¿y ahora en qué estás trabajando?»,
 y me dan ganas de contestar, te quieres ir,
 la preguntita de siempre,
 y yo, con resignación,
 siempre estoy trabajando,
 soy escritor y estoy de guardia
 las veinticuatro horas del día, qué te creías,
 «no me refería a eso»,
 ah, ¿te referías a un empleo pagado?,
 no, ahora no estoy empleado,
 me traigo otros asuntos entre manos,
 estoy escribiendo un libro,
 me estoy dando, por entero, dando,
 mi cuerpo, mi alma, mi tiempo,
 sin esperar nada a cambio,
 «¿y de qué vives?»,
 del aire, como las orquídeas,
 como las tortugas,
 como las cometas,
 como los fantasmas,
 el dinero no es problema,
 si confías, la vida te va dando
 lo que necesitas
 y justo en el momento
 en el que más lo estás necesitando,
 aunque tú no lo entiendas,
 aunque ninguno lo entendamos,
 «me daría miedo esa inseguridad,
 tanta incertidumbre»,
 ya ves, a mí me da miedo la seguridad,
 creer que lo tengo todo controlado,
 no he venido a esta vida
 a ser un esclavo,
 pregúntate a qué estás atado,
 eres la más bella flor sobre la tierra,
 ¿por qué te estás marchitando?,
 ¿qué llevas ahí dentro
 que no estás entregando?,
 «me faltan las ideas»,
 déjate de ideas,
 alégrate por no tenerlas,
 menos basura que tendrás que desechar,
 no es cuestión de ideas,
 es cuestión de coraje,
 de corazón para deshacerte de la coraza,
 y ahí te quedas
 que me voy a dar un baño en la frontera



un baño de agradecimiento
 a la vida que me lo ha dado todo
 y a la muerte que me lo quitará todo,
 que esto es como el chocolate de loro
 que te lo fumas todo
 o terminas tonto,
 preguntándote en el lecho de muerte
 qué sentido tenía todo esto,
 venga ya, échate a volar,
 déjate de penar,
 que le den a lo que digan los demás,
 me da igual, tinto o cerveza
 o agüita del manantial.
 Y ya está.

Amor a Secas

No pretendo que me hagas feliz,
 no busco que llenes mi soledad,
 estoy muy bien contigo
 pero también cuando estoy solo,
 no te pido nada, nada voy a darte,
 el amor no le pertenece a nadie,
 nunca trataré de cambiarte,
 no me lo tomo en serio,
 se trata sólo de un juego
 sagrado pero un juego
 y lo que piense la gente
 me importa un bledo,
 no albergo dudas,
 tampoco tengo certezas,
 si acaso que perduraré
 sólo si no es para siempre,
 no doy nada por hecho,
 qué mejor que reinventarlo
 todo a cada momento,
 y la libertad como único fundamento,
 y la semilla en el juego de los cuerpos
 y una flor amigable cultivada con sosiego,
 diciéndonos adiós a cada rato
 y a cada rato descubriéndonos de nuevo,
 con esa luz que se expande
 y los ojos bien abiertos
 para ver venir los miedos,
 sin que me necesites,
 sin necesitarte,
 un amor a secas,
 paciente como una piedra,
 travieso como un duende,
 desnudo como la naturaleza.



Egón Shiele

Inés Guzmán

Olvidarte*

Puedo escribir los versos más tristes esta noche
Pablo Neruda

Quiero olvidarte, ¿sabes?
Quiero olvidarme de ti,
de tu olor a tabaco, que me da tos
y no me importa,
de tu mirada que me daña mar adentro,
de la fascinación que ejerces sobre mí,
y que lo sabes,
del daño que me causa tu presencia
de animalillo acorralado
(gato en posición para el ataque).
Quiero olvidar la dulzura y la hiel
que me sugieres.
Quiero olvidarme del influjo de luna
de tu cuerpo,
de tu silencio inundando mis horas,
del dardo que me hiere
el corazón de tonta
que ahora tengo.
Quiero olvidar que me dices que me quieres,
quiero olvidar
que te escribo los versos más tristes cada noche.
Quiero olvidarme
de que eres el culpable
de que te quiera tanto y sin medida,
y eso, no voy a perdonártelo en la vida.



*De: *Impertinente Eros*

Por Ti

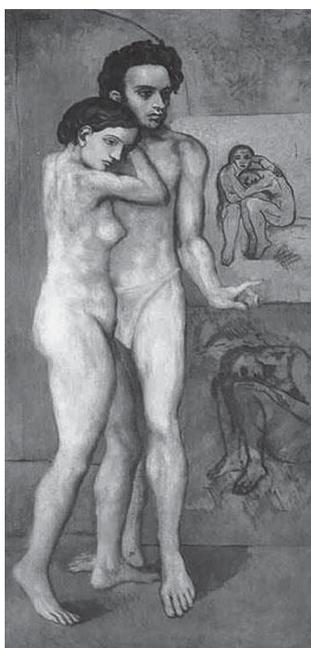
Muéreme con tu fragor de invierno
que no puede más la vida mía.

Llágame con tu rencor de espada
y arrodilla mi nombre ante la fosa.

Rómpeme contra la tierra seca
que tengo el dolor cansado
de tanto desespero.

No quiero vivir en la tristeza
del llanto nacido de tu ausencia.

Soy el grito,
la llaga del silencio,
una soledad de arena y fuego.



Puerta Oscura*

Apurando la noche, solitario.
Deambular por las sombras, sólo eso,
jirón blanco en penumbras, no se sabe
si nube, si la espuma del mar, que tan cercana,
o espectro entre ruinas y las flores.

Puerta Oscura: tu casa, tu morada,
poblada de fantasmas
que se ocultan detrás de las palabras.

Puerta Oscura, tan blanca en la mañana,
manando porvenires imprecisos,
saciando de su sed los jazmineros,
bañando a las palomas y cantando
su eterna melodía.

Puerta oscura, salmodia de las aguas
y las plantas, de voces escondidas,
transformadas en tétricos lamentos
cuando la luna llega,
y se espanta, y se oculta,
como yo.

No me llesves
a pasear de noche a esa morada.

*De: *«El violín debajo de la cama»*

Kelo Galam

Gotas de Niebla

Gotas de niebla en tu cuerpo
húmedo de amanecida.
La yerba, un mar de plata
bajo tu planta furtiva.

Bucólico se oye el silbo
del pastor en la colina.
Se congregan las ovejas
en grupos de manchas vivas:
blanco sobre verde oscuro;
al fondo, nubes perdidas.

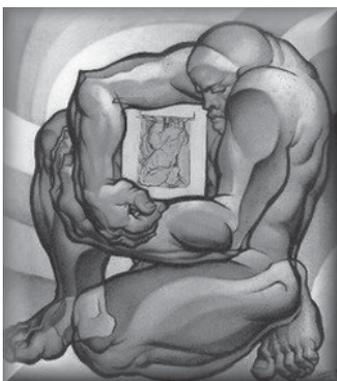
Y tu cuerpo,
que es mi cuerpo,
se ha secado, de caricias.



José Vasanta

Cuita

Lo dejó en mitad
 de la carretera,
 lloviendo a cántaros,
 sin teléfono ni
 un tentempié
 siquiera para el camino.
 Lo dejó plantado
 con el agua al cuello,
 hoxicado en los vaivenes
 de la intemperie,
 con un dolor frío
 en el costado,
 y rayos encendidos
 en el pensamiento,
 imprecando al viento;
 se quedó casi desnudo,
 lo que dio alas
 de glaciár al torbellino
 que se incrustó
 en su ánimo;
 y se apagó la luz
 de su mirada
 tornándose oscura
 la clara Compañía;
 se desvanecieron
 los secretos verdes,
 rubios, el arcoiris
 existencial completo
 roto.
 Desvalijado en plena
 carretera
 tras el apagón fulgurante,
 –un raro contratiempo–
 y dando palos de ciego
 continuó exhausto
 el caminante,
 retorciéndose
 entre las humeantes
 ascuas de la
 inhóspita cuneta.



Juan Bruca

Saudades *Recordando a F. Pessoa*

Saudade es nostalgia
 morriña y pesar
 tristeza y añoranza
 de belleza perdida...

Del alba sobre el mar
 del mar en la mirada
 de la rubia cruzada
 en la calle otro día
 de la potra morena
 que te llevaste al río
 sólo por una noche
 porque era casada...

De los atardeceres
 irrevocables y cortos,
 de todas estas cosas
 que vienen y se van
 como barcos atracando
 o zarpando a su ritmo
 que te dejan anclado
 en el muelle de piedra
 el alma en el puño.

De los sones y las músicas
 de las especies de la vida
 de los viajes a las Indias
 de las mañanas de triunfo
 de pandereta y mítines
 de sexo prohibido
 entre portales de la noche
 de *sanjuanés* ardientes
 y locos *sanferminés*.

De los veranos tropicales
 en las arenas movedizas
 de los amores a bajamar
 de los castillos en el aire
 y estas cosas tan ligeras
 que el céfiro se las lleva
 y que por ser irrepitibles
 nunca por cierto volverán

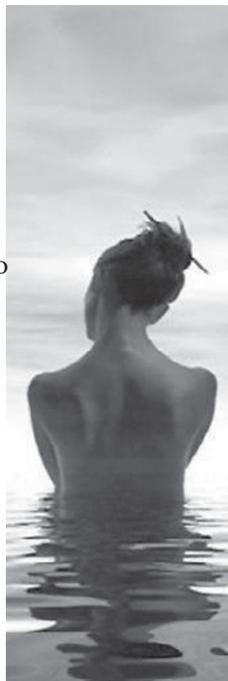
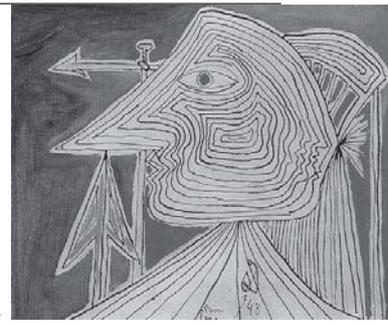
De un verso soñado
 perfecto insuperable
 de un libro perdido
 el único ejemplar
 de una carta extraviada
 que no llegó a la amada,
 de un amigo muerto
 por pisar una raya
 que trazó el tirano.

De una casa solariega
 entre el mar y la montaña
 con una fuente inagotable
 de juventud e ilusión
 un pino piñonero
 un gato indómito
 un loro sarcástico
 y una viña pletórica
 de uva tinta e ira negra
 de rebeldía y pasión.

Franjamares

Nuestro costado

Paseemos por la ciudad cautivadora,
 insinuante, bella,
 bermeja en el atardecer de la pasión,
 como lo que tú y yo tenemos
 coronado por el tiempo;
 como nuestro amor hilvanado
 con frutos de sangre, papel y piedra;
 tal que el amor de nosotros
 desprovisto ya de la flaqueza.
 Paseemos por los tejados resbalosos
 de esa ciudad de la infancia,
 por los callejones del beso mojado,
 en los zaguanes del abrazo largo
 en los patios
 del amor reconquistado.
 Paseemos también
 a la vera del mar,
 lamiéndonos el salobre
 con sabor a ginebra,
 doblando esquinas y cuadros
 para acabar unidos por lo nuestro
 entre las alamedas de Picasso;
 pintando cariños
 hechos de complicidad,
 tallando luego
 en tu cuerpo de Venus
 las marcas del buril amable,
 apasionado,
 el bronce recordado,
 la plata del momento
 el oro líquido del destino
 que alienta nuestro costado.



Pamela Pérez Bernal

Incansable felicidad

Incansable busqué
la belleza
siempre anunciada,
obtuve perfumes
lujosos vestidos
zapatos de tacón
maquillajes y perlas.
Por si estaba equivocada
realicé dietas
tomé píldoras
compré fajas
cremas reductoras.
Atenta a toda señal
iba con los ojos abiertos
a todas las sonrisas
y signos posibles.
El tabaco amarilleó mis dientes
el ron mareó mis sentidos
unos brazos me sostuvieron
un instante,
los sermones
no me redimieron
ni las iglesias vacías.
Los libros de autoayuda
entreabrieron puertas,
aún así no alcanzaba
la belleza angelical
o perversa de modelos
que pasean su delgadez
por pasarelas.
Intenté decontrastar arrugas
hacerme *lifthing*
sobresalir pechos
eliminar defectos.
Imité anuncios
muecas que no se sostienen
felicidad descrita
encubierta, huidiza.
No tengo glamour
no soy *fashion*.
Errante e insatisfecha
inventé historias y
lloré lágrimas de soledad.
¡Cuánta equivocación
he comprado,
cuánta inutilidad
me ha consumido!
La ciudad resplandece
de fantasmas.

Mis Manos

Miro por ellas
la aspereza de la vida
acercan objetos
saludan otras manos
alcanzan alturas
perciben texturas.
Van arrugando
arañando, golpean,
acarician, suplican.
Huelen a jabón
a lejía
a perfumes, esencias,
alimentos, a sal...
Sabén del frío y del calor,
recorren caminos
aprendidos, sugeridos
ocultos y espaciales.
Son mi boca y mis ojos.
Acarician con ternura al amado
al hijo, al hermano...
En la hora del dolor
aprietan ávidas
agarrotadas, temblorosas.
Mis manos aman,
admiran, aplauden,
pegan, lastiman, luchan,
sufren heridas
consuelan.
Y con el paso del tiempo
un día se quedarán quietas
para siempre.



Silencio

¡Silencio!
La mar se ha dormido quieta
con sus reflejos de plata;
se ha quietado la tarde
el sol observa curioso
las gaviotas están calladas.
Nosotros pasamos respetuosos
ante su amplitud serena;
respira
es otro cielo luminoso
extendido
manso sin olas
que se refleja en mis ojos.



Pamela Pérez

Haydée Alicia Acosta

Como Una Luna Llena

Entera, luminosa, variable y ascendente,
poblada de misterios, milenaria y presente.
Cargada de presagios y deseos silentes
señora de tormentas y anfitriona de dones.
Oculta algunas veces pero jamás ausente,
inalcanzable al cuerpo y al pensar, conquistable.
Romántica por fuera y por dentro intrigante,
duna deshabitada y palacio sin reina...
Así, como una luna llena, así es mi espera.

No te quedes...

No te quedes sin besos,
no te quedes sin risas, sin el calor
sereno de compartir la vida.

No pierdas las palabras,
no pierdas las caricias, apretando
los dientes y las manos vacías.

No te quedes a solas, sufriendo
la avaricia, derrama tus miradas
cargadas de alegría.

No olvides el cariño, no olvides
tus deseos, permítenos quererte,
permítete encontrarnos.

En Hielo

Estoy lejos, muy lejos,
de las noches dolientes
con sus farsas tan vanas
y sus cuerpos desiertos.

Estoy fuera del bosque
tenebroso y oscuro
donde hay almas que esperan
el canto de los pájaros.

Y en el centro del mundo
me asaltan las tormentas
me hielan los glaciares
y me acosa el silencio.

Y estoy lejos de todo,
del crepitar sin fuego,
del fragor voluptuoso
que se transforma en hielo.

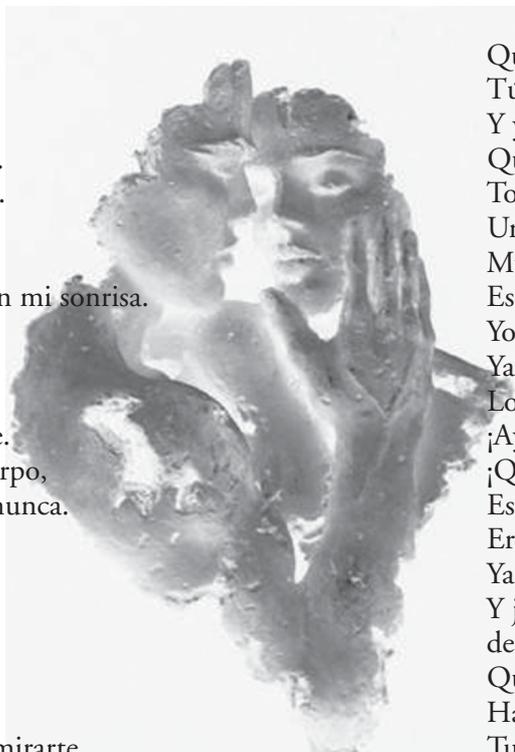


Fina Martín

Alucinarte

ELLA le dice a ÉL:

Yo no te quiero mío.
 En esta noche de luna llena.
 Sólo quiero alucinarte.
 Que conmigo vivas un sueño.
 Ser para ti un trozo de poesía.
 Y envolverte con mi arte.
 Llenarte de emoción.
 Que encuentres el punto G en mi sonrisa.
 Tan sólo quiero amarte.
 Convertirme en tu deseo.
 Estar en tu secreta fantasía.
 Hacerte morir... y resucitarte.
 Ser la prolongación de tu cuerpo,
 Que te sientas más vivo que nunca.
 Tenerte sin dominarte.
 Respirar tu respiración.
 Apurar tu vida y mi vida.
 En tan sólo un instante...
 Oír embravecido tu corazón.
 Deseo ser tu heroína.
 En lo más profundo de ti... mirarte.
 Sentirte vivo.
 Sentirme viva.
 Y... sobre todo... alucinarte.



ÉL le dice a ELLA:

Quiero ser para ti... calor en tus días fríos.
 Tú para mí eres mi estrella.
 Y yo... que lo hagas voy a dejarte.
 Quisiera de tus sueños ser el dueño.
 Toda tú eres poesía.
 Un vestido de besos, voy a regalarte.
 Mujer, me enciendes de pasión.
 Eso... sin pausa y sin prisa.
 Yo, un montón de ternura voy a darte.
 Ya eres lo que más deseo.
 Lo que tú me pidas... yo te lo daría.
 ¡Ay mujer! Me gusta escucharte.
 ¡Qué ganas de estar dentro de ti tengo!
 Eso no me lo habían dicho nunca.
 Eres para enterita... comerte.
 Ya siento esa sensación.
 Y juntos tu y yo, renacer cada día.
 deseo ser para ti importante.
 Que ahora rápido en mí está latiendo.
 Hasta la sangre te tengo metida.
 Tu cuerpo entero voy a besarte.
 Quisiera para ti... ser un divo.
 Que en ti estalle el placer en la vida
 Después que junto a mí... quieras quedarte.

Ana Francisca Naranjo

El Horror de los Celos

Es como una hiena de dientes
 afilados, ojos sanguíneos
 ¡Mira!... ¡Mira que viene ligera!
 ¡Mira que lo traga todo!).
 Escucha su voz como el trueno,
 la tormenta, el granizo...
 Pero no es granizo lo que cae.
 Lo que rompe, lo que mata,
 son afiladas palabras:
 Los celos, la envidia,
 la desidia, el egoísmo...
 Luego en la lejanía se ve llegar
 una sombra que todo lo traga.
 Todo desaparece,
 la vida, el amor, la preñez...
 Lloras cuando ves que nada queda.



Todo nos sobrepasa y te escondes,
 aunque no hay lugar a dónde huir.
 Te llevará a su guarida de odio,
 loca fantasía, horror...
 ¡Pedirás la muerte!
 Y te dará la muerte día a día...

Dolores Valero

Calor Humano

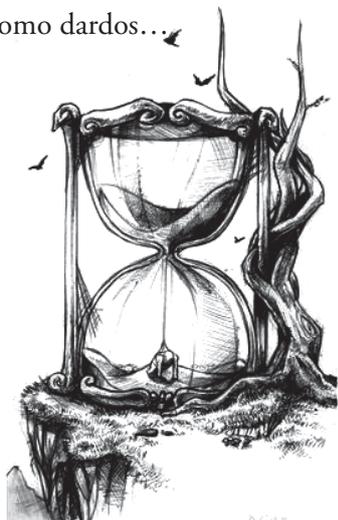
No pongas sombra a la luz,
 ni a los ojos oscuridad,
 no hagas del corazón piedra
 ni hagas guerra por la paz.
 Manos, dejad de empuñar el fusil
 matando a diestro y siniestro,
 viendo morir a inocentes.
 ¡Dejad que brille la luz!
 ¡Claridad a los ojos,
 al corazón bondad,
 un poco de amor,
 un soplo de paz!
 Acariciad con ternura manos;
 y que otras manos
 te ayuden a vivir,
 te hagan sentir el calor humano.



Manuel Sánchez Mariscal

Búsqueda

¿Cómo pudo quebrarte
la muerte esta mañana? Quizás fue
que te negaste a caminar tú solo
por el frío silencio; atronador relámpago que puso
aquella voz desnuda -espejo de tu sombra- de un mundo
que tuviste desde siempre entre tus manos
confundiendo los vientos de la sangre,
derribando ese barro sin luz
que se quedó en el fuego alcanzable
de ese peregrinar diario por noches
donde las puertas se cierran
dejando paso a la locura;
pero será volver de nuevo hasta la tarde,
a los encuentros furtivos
por ese rompeolas tan agrio del recuerdo,
sólo tienes que dormirte en la copla caliente del misterio
esperando la sonrisa de Dios, mano fuerte
con que empujar el columpio que te lleve
a perderte de nuevo por ese amanecer sin nombre
que espera en silencio la desgarrada
luz de tu presencia ya desvelada
por el galope inseguro de unos miedos
que se clavan de golpe como dardos...



Presencia

Como un reloj de arena
mis sueños van marcando la luz
de cada hora, las sombras que me llegan
vencida ya la tarde, esperando que la noche sonámbula
empuje en la lumbre de sus miedos
la más cruda verdad de la batalla.

Y siento tu presencia, oscura niebla
temblando por el mar eterno de mi pena,
estrella cansada en este firmamento
albergue de tristeza, para esta burla madura
perdiéndose en la oscuridad derrotada
de esta muerte oscura y olvidada, sin aliento siquiera
a orillas del silencio.

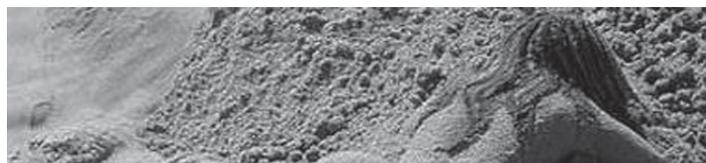
Lucha

Estoy subastando sueños
esta noche, quemándome los ojos
en la cobarde lucha por la vida,
con la sombra de espaldas
a todo este mundo que busque siempre
por las oscuras esquinas del pasado,
eran años en los que mi sangre
cabalgaba por rutas prohibidas,
apostando en la marea sedienta de la noche
como un velero perdido y solitario, llanto
que aprieta y muerde mi garganta.

Y ahora que el camino se vuelve más ancho
para ese tobogán que me empuja a los brazos
de un vendaval podrido por los años,
agria sombra donde la copla
es un grito de furia desatada.

Puedes buscarme, si quieres, en los atardeceres
donde tus ojos alumbran la esperanza
de una canción menos amarga, fuente si quieres
donde mi conciencia entierre con los ojos vencidos
tanta miseria turbia por los años.

Tienes que apagar la luz de los recuerdos
bañándote en el mar azul de la tristeza,
tienes que dejar ese llanto acorralado
por el viento caliente de la pena, que esa hoguera de vida
nos busque de nuevo en el azul caliente de la tarde...



Me quedaré con mi hambre de recuerdos
perdido en la tormenta que quiebra
esta esperanza dormida, resplandor que ilumina
unos ojos ya muertos para el mundo.
Sí, para un mundo que hoy más que nunca
me sabe a soledad, a verdad podrida,
para esta sangre que riega por tus pechos
esa verdad que tiembla en el recuerdo,
ignorando la ausencia de unos ojos
que proclaman la vuelta a empezar
por caminos sin nombres, por mundos
donde la esperanza se hace madura
en la bahía caliente de tus sueños...

Alejandro García Boyano

Llegué

Llegué a ti como siempre,
como hace mucho tiempo,
con temblor de esperanza,
con el alma dormida
me ofrecí en silencio,
me aceptaste sin hielo,
serena, sin reproches,
yo me encendí vibrante
en las garras del deseo,
el rincón de tu belleza
fue alegría y consuelo,
me sentí un gigante,
te escribí dulces versos
exaltando tu armonía,
tu cuerpo de museo
está remodelado
por mis labios amigos
gracias a tantos besos,
con manos bailarinas
repasé tus abismos
parando en cada esquina,
repetiendo tu nombre
ceñido de laureles
en noches infinitas,
archivé tus secretos
de cerebro y carne
en la espiral sin fondo
de un éter primoroso,
como hace mucho tiempo.

Atardecer

La luz oscurece,
la luna aparece,
el silencio crece,
el aire me mece.
Yo solo, me siento
numen sediento
y pensando intento
buscar mi camino,
prever mi destino
buscando cual fiera
una buena bandera,
soñando cariños
igual que los niños.

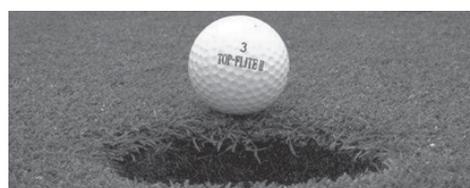
Así como bajo un conjuro
suenan lejanos campanarios,
en mis laberínticas noches
buscando rutas al Zodiaco.



Golf

Aquí todas las plagas se han juntado,
esto no es vida para un humano,
esto es demasiado, no tiene nombre.
¡No puedo más! ¡Estoy desesperado!
Es el infierno con distinto nombre.
En la madrugada, día y noche,
muchas veces el sueño ya rendido,
muy anonadado y aturdido
en el centro del plácido sosiego
-del cual para nada reniego-
entra de pronto a atormentar mi oído
algo que me tiene muy ofendido:
es un político con tono desabrido
mintiendo por la televisión
-de algunos fabulosos alimentos-
en todo momento y ocasión.
¡Y que me condenen si miento!
Por fin duermo pensando en el golf.

¡Cuando sea político, jugaré al golf!



Joaquín López Martín

Tardes

En las tardes en que
las sonrisas se quiebran
en gestos angustiados
y el sol perezoso se oculta
como si no quisiera dejar
paso a la noche que lentamente
oscurece mi habitación...
En esas tardes pienso en ti.
Y en los días en que
la luz llenaba mi alma.

Reflejo

La noche en su inmensa oscuridad
nos permite ver un cielo estrellado.
Se escucha como una suerte de Eco.
Narciso no puede admirar su belleza
en la laguna sin luz,
desesperado enciende una fogata
y con un tronco llameante
todo se ilumina...
La belleza aparece reflejada
en las limpias y quietas aguas.

Lluvia

Eran horas de acabar
con efímeros deseos,
y deshojarlos como
a margaritas
esperando un nuevo
amanecer...
Una luz espectral
desinhibida y cierta,
lejos de gotas de lluvia
y mariposas disecadas.



Besos

Cuando el tiempo es ido
y la memoria no alcanza,
castígame con besos
en noches sin luna
de cielo estrellado...
Castígame con besos
a deshora y sin por qué...
¡Castígame con besos
mientras puedas!



Juan Manuel Alaminos (canciones)

Enrique Cardoza

Simplemente Gracias (Oración) Para que Puedas*

Energía Violeta*

Sería muy fácil dar por hecho
que todo cuanto tengo merezco
pues es inútil engañarme
y sin saber por qué.

Invades mi pensamiento madre,
simplemente gracias,
por tu humilde presencia
por tu ejemplo de amor
por tu modesta respuesta,
eres luz de Amor.

Sería muy fácil creer que somos perfectos
que todo cuanto existe merecemos
pero es inútil engañarnos
sólo somos el rastro de un sueño:
Tu sueño.

Y sólo nos queda dar las gracias
porque nada es eterno,
nada escapa a nuestras manos
si tenemos el corazón abierto.

Supervivencia

Me inundas
me invades de temor
estás en el aire que respiro
te escondes y caigo
¡Qué terrible!

Te siento, estás en mí
y conmigo no mueres
porque sigues siendo mi mundo
por ello te espero
te sigo esperando
te esperaré siempre.

Aunque muera contigo
eres mi supervivencia
y a la vez el ácido
que corroe, que desgasta
como el mar a las rocas.

Y eres el eco que va y viene
con mi empeño en destruir
todo cuanto quiero
mi vida y tu dulce recuerdo.

Y aunque sé que nunca volverás
sigo hablándote en la oscuridad,
me invades, te siento
en la tierra de nunca morir...

Para que la brisa me despeine
necesito de la sombra
que del huracán obtengas,
para transeúntes solitarios
es la esencia del misterio
el secreto más guardado.

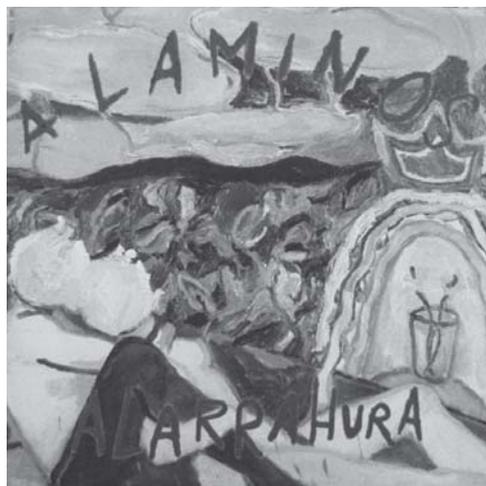
Para ti que ahora me desprendes
de virtudes e impurezas
de rarezas, de destrezas,
he recolectado algunas luces
para cuando no te enciendas
para que ya no te apagues.

Para que te muestres como eres,
para que renazcas de la nada,
¡para que puedas!
Para que liberes tus tesoros,
¡para que puedas!

Pienso atravesarte cuando vuelvas
para que cuando te vayas
aún me sientas.

Yo seré la brisa que se acerque
cuando sepas sin saberlo
y presientas mi presencia...

Hoy saldremos a beber mareas
para luego hipnotizarnos
frente a frente,
para que te nutras de mi aliento
y se apaguen las estrellas
con el viento.



*Tema de su CD *Alarraura*



Nada que perder y nada que ganar,
sólo una maleta y caminar.
Vuelvo a ver el sol de otro día más...
solo en mi desierto de amor y paz...

En mi energía soy violeta,
tan feliz al abrir las puertas,
entre el cielo y la tierra,
me juras promesas que no llegan.
Y yo soy, sí... una luz perfecta...

Al hablar de mí, vuelvo a navegar,
junto a mi guitarra, volar, volar.
Quién cambiará este amor, sí, y en mi
corazón.
Sí, este es el camino, luz celestial.

En mi energía soy violeta,
tan feliz al abrir las puertas,
entre el cielo y la tierra,
me juras promesas que no llegan.
Y yo soy, sí... una luz perfecta...

Y antes de terminar, debo descender
y cerrar la puerta una vez más
y al volver a casa para qué contar...
Sí, este amor es ciego, igual que tú.

*Tema extraído de su CD
Amor Amorfo

Juan Diego

La lluvia del viento

Me senté a ver el mar
y sólo alcancé a ver el viento
y me hablaron las hojas
del triste pasar del tiempo
sin que suene el murmullo
verde amarillento
de vivos follajes
cantándole al viento
¡silencio!

Que vino el poeta
con tibio silencio
a robarle a las hojas
el canto del viento.
Y callaron todas
diciendo al poeta:
Si tú no nos robas
el canto del viento
nosotras te damos
el dulce secreto
que esconde la rosa
del profundo sueño
en el que vivías
sentándote al fresco
al fresco de brisa
verde amarillento
mirando con celo
que cantan las hojas
del acantilado
la lluvia del viento.



Pilar Millán 07

Tu Mirada

Tienen tus ojos un aire a canela
un toque de incienso
un beso de seda.

Un amanecer en campos de trigo
recuerdos de Oriente
palacio escondido.

Tienen tus ojos un fuego sereno
que baña un desierto
de azúcar moreno.

Un dátil que sabe a secreto ambarino
que ocultan las ramas
del árbol prohibido.

Tienen tus ojos un agua encantada
la beben los Dioses
y hechiza a las hadas.

Que te habla de amores, poesías y magia
un agua tan pura
como tu mirada.



Distancia

Distancia, un recuerdo
insuficiente.
Paseando a mediodía,
y el mar,
que sabe de lo profundo
de la vida, no molesta o
lo intenta, mas
siento la distancia
como recuerdo
insuficiente.
Luz velada a
mediodía,
mar violada
en su pureza
pues su mancha es
suficiente en poesía,
aire callado en
siesta de olores,
música de pájaro
y carreta.
Recuerdo intangible
intraducible
menos buscado,
perdido
¿o lo buscas?
Y buscas
lo insuficiente
lo distante.
Qué pequeño barco
para tanta mar,
valiente intenta atrapar
en tu red de papel
recuerdos de peces
insuficientes por distantes.
Intenta pescar
corceles de luna,
recuerdos de lluvia
con un gotear.
Pensando en ti.

Marisa Sendón

Miedo

Parece que la noche
se va de mi camino.
Veo salir el sol
y me fijo en la luna.
Escribo este poema
como una vieja niña
y afloran en mi alma
sentimientos sencillos,
titubeantes, torpes,
que quedan tan sólo
en palabras escritas.
Sin que nadie las lea
y sin tener sentido.



Tortura

Todas las noches dejo
que mi alma se serene
y aunque no lo consigo,
otras vuelvo a intentarlo.
Un dolor, no sé cuál,
oprime mi garganta.
Es la angustia que viene;
esa es su llamada.
El miedo, su aliado,
aparece y se instala
en mi mente asustada.
Mi corazón empieza
a galopar sin pausa
y yo pienso en la muerte.
Quiero cerrar los ojos
y dormirme en la NADA.
Los doctores me observan
y ponen en mi boca
dos pastillas amargas.
Mi lengua las absorbe
y me llega la calma.
La angustia se va yendo,
el miedo la acompaña.
Yo vuelvo a sonreír
y a pensar en mañana.

Antonio Vidal - Nekovidal

Un Baño Entre la Vida y la Muerte: Las Dos Orillas

En una orilla, cebados y dormidos, creen saber.
En la otra, despejados y hambrientos,
saben a qué sabe el hambre.

En una orilla, agobiados por la eterna búsqueda,
necesitan ansiosos creer que han encontrado.
En la otra aún no hay tiempo para naderías.

En una orilla, los ojos vacíos de la necesidad. ¶
En la otra, la pupila vacua de la soberbia.
En ambas orillas, miradas tristes.

En una orilla, un dios, de nombre Dios.
En la otra un dios, el mismo, pero de nombre Alá.
En ambas, la codicia alimenta la falsa diferencia.

En una orilla, el olvido de la historia.
En la otra, la historia del olvido.
En ambas, la necesidad de olvidar.

En una orilla el ayer de una orilla,
enfrente, el mañana de la otra orilla;
entre ambas, el hoy siniestro de una pesadilla.

En una orilla, a ciegas, se intenta saltar al paraíso.
En las playas del paraíso, otra vez, un cuerpo inerte.

¿Cuándo se cruzarán las dos orillas sin que
el viaje sea un baño entre la vida y la muerte?

¿No Es Mejor Otra Cosa?

Cuando a veces la vida fluye y te zarandea,
juega a un extraño escondite y sonrío,
me pregunto: ¿no es mejor otra cosa?

Cuando la inercia te lleva a repetir
esquemas, dilemas y agonías,
y no acierto a ver claro el juego
me pregunto: ¿no es mejor otra cosa?

Cuando desaprovecho en todo o parte
cuanto la vida, a diario, me regala,
siempre mirando más allá en lo posible
y obviando el sueño del presente, insisto:

¿No es mejor otra cosa?

Está Bien, Está Bien, Está Bien. . .

Está bien el creyente acomodado en su fe,
mientras mira displicente al ateo que la niega.

Está bien el ateo acomodado en su racionalismo,
mientras mira displicente al creyente y sus dioses.

Está bien el niño bien cuidado que observa,
con su juguete nuevo, al niño que carece de él.

Está bien el niño que mira con envidia el juguete
y piensa: pero tu papá no juega contigo . . .

Está bien el urbanita,
mientras observa arrogante desde su coche todoterreno
al campesino en el bosque o en el huerto.

Está bien el campesino,
mientras mira desde su huerto al tipo de ciudad
que no sobreviviría ni una semana en el bosque.

Está bien quien da, porque disfruta dando
y está bien quien recibe, porque disfruta recibiendo.

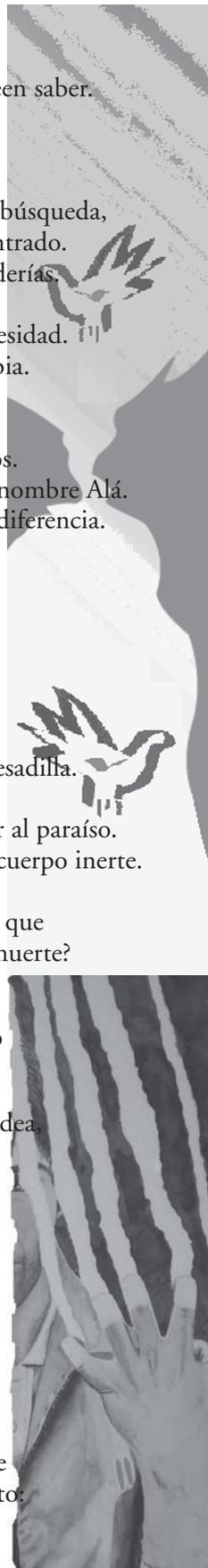
Está bien el rico, pues cree que lo es por sus méritos
y bien el pobre que se consuela pensando:
pobre pero honrado.

Está bien el conservador,
convencido de que puede detener el tiempo
y está bien el progresista,
convencido de que puede cambiar el mundo.

Está bien quien llora,
porque se desahoga y bien quien ríe,
porque ha conseguido regatear al dolor
y despistar la tristeza de su mente.

Está bien quien es porque se sabe o se cree un universo
y quien no es porque ya no sufre.

Está bien, está bien, todos están bien, pero,
¿alguno de ellos podría sentir que está bien
si su mente no creara al mismo tiempo
la imagen de lo que considera opuesto,
aquello que cree que está mal?



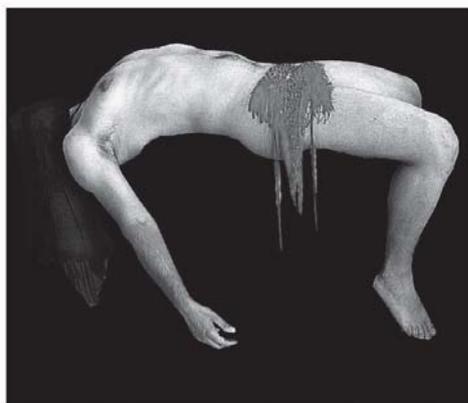
María Tremiño

Hermoso y Difícil

Difícil es mirarte
y romper el deseo de abrazarte.
Difícil, si acercamos nuestros rostros,
no intentar buscar tu mejor beso.
Difícil escaparme de tu voz,
de tus manos, de tus ojos, de tus labios,
de tu tacto, de tu aroma, de tu cuerpo.
Difícil es sentirte desde lejos.
Una distancia ciega nos separa
y yo no puedo salvar esa distancia...
Difícil acostarme cada noche
sin que llegue tu nombre hasta mis labios.
Difícil no sentir tu tacto entre las manos,
difícil esperarte sin espera,
difícil regalarte una promesa
que antes de nacer
ya viene muerta...
Difícil es treparme por los muros
que protegen tu tesoro...
Difícil es mirar cara a cara a la distancia
y no poder decir cuánto te quiero.
Una distancia ciega nos separa
y no puedo salvarla.
Hermoso es el mirarte
y romperme en tus abrazos.
Hermoso, si acercamos nuestros rostros,
es buscar tu mejor beso.
Hermoso es empaparme con tu voz,
con tus manos, con tus ojos, con tus labios
con tu tacto, con tu aroma, con tu cuerpo.
Hermoso es sentirte tan cercana
y salvar entre las dos esa distancia.
Hermoso es acostarme cada noche
con tu nombre llegando hasta mis labios
y tu tacto, resbalando por mi cuerpo,
atrapado en mis manos.
Hermoso es escaparte...
Hermoso es construir nuevas promesas.
Hermoso es el saberte mi tesoro...
Hermoso es decirte con mis ojos
que te quiero.
Lo dócil y lo hermoso se confunden
en mi adentro.
¡Tu tesoro y el mío están tan lejos!



Cuba



Hasta Mañana

Diez y media de la noche
esquina plaza de toros.
Y unos dos metros antes
tus ojos en mis labios,
mis piernas entre los dedos
sin manos del deseo.
¿Por qué no atreverme?

He pagado con mucha hambre
aquellos besos de nata y vinagre.

Dos adolescentes sin luna
atados al reloj de una torre.
Las mariposas de la fiebre
revoloteando alrededor
de sus apresurados cuerpos.
Las miradas que se queman
sin ni siquiera tocarse.

He atesorado como azabache
aquel remolino de seda y látex.

Dos besos algo tímidos,
un chaparrón de caricias,
la humedad y el fuego
bajo mi falda.
Luego, un aguacero de prisas,
botones nerviosos,
cremalleras con avaricia...
y tu rígida presencia
dentro de toda mi mente.
Como un invitado de lujo,
como un regalo de los astros,
como el éxtasis de dos ángeles.

He reprimido, como buen cobarde,
todo aquello en un renglón aparte.
Y ahora me veo condenada
a escribirlo hasta en el aire.

Pareggi

Serenata

□
La luna canta
un aria enquistada
en su siempre soledad.
La expiación
de sus baladas del ajo.

Y no sé si canta
en alemán
o en italiano,
pero a mis ojos
les suena tan intensa,
¡tan efervescente!

Las estrellas no dejan pasar
ni una nota entre ellas.
En el nocturno jaspeado
en blanco y negro
no cabe ninguna duda.

Hoy están todas titilando.
Sus infinitos ojos escuchando
en la intermitencia de los sueños,
de lo furtivo, de lo inasible.

La luna infla su blancura
sin rabia ni reproches.
Deja ir a su amado cometa
en la lejanía errante
de los abismos divorciados.

Se van quedando
sus manos sin aire.
Venus se comprime
ante el inminente suicidio.

Y yo que soy así
de iluminada, de fantoche.
Hoy, que es Nochevieja,
quiero doce lunas
con sus respectivos cielos.
Doce noches estrelladas
montadas a punto de nieve.

Mari Carmen Martínez

Cobardía

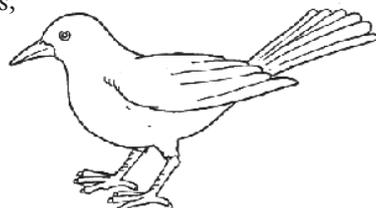
Si te tengo, si me tienes,
si nos tenemos,
ya no me soñarás,
ya no te soñaré,
ya no nos soñaremos.
Me herirás, te heriré,
nos heriremos.
Me perderás, te perderé,
nos perderemos.
No quiero hallarte
por no perderte,
no quiero amarte
por no olvidarte.
Prefiero egoístamente
seguir modelándote
a mi forma y manera.

No Sé Por Dónde Empezar

No sé por dónde empezar
o cómo contarlo.
Por fin he encontrado esa *rara avis*
que todos en la vida andamos buscando.
Fueron los dioses griegos,
ayudados por la Providencia,
incluso, quizá, algún druida galo
con su hoz de oro y muérdago cortado,
un arcángel despistado de ciudad amurallada
que marchó a tierras más calidas...
y la inestimable ayuda de la energía azul,
los que me lo presentaron.
Es ave migratoria, vuelve por otoño.
Su pluma es larga y bien afilada, su pelaje albo
como corresponde a todo Mirlo Blanco.
Gusta de ver atardeceres frente al mar, y añora observar
barcos pasar.

Nos entendemos en dos lenguas. ¡Genial!

Los que no habéis encontrado aún el vuestro
no desesperéis,
aparecerá cuando menos lo penséis,
cuando la Vida
entienda que estáis
preparados para ello.



Sueños Rotos

Cuando una va,
cuando una viene.

Cuando una sueña
y se entretiene.
Cuando cesa el arrullo
se despereza la mente.

Y sigue vigente
la inefable verdad:
usted miente pero
ya qué más da.

El sol está saliendo,
esa es la única,
mi única gran verdad.

Esther García

Vivo ...

Vivo sumida en un sueño,
un ocaso, un velero,
poesía de versos sin dueño,
de una musa en destierro.

Y cabalgo en corceles al viento,
libertad, de lo que siento,
esparciendo ilusiones en el tiempo,
utopía de deseos.

Vivo sumida en deseos,
armonía, ser perfecto,
horizonte entre fuera y adentro,
y ser consciente de lo eterno.

Vivo sumida en silencios
de un *no sufras, yo te quiero*
que me funda con el Universo
y ser simiente del Eterno.

Aquelarre de Amores Perdidos

Aquelarre de amores perdidos,
de injurias y malsanas simientes
tormentos en el valle candentes,
enterrados y profundos, heridos.

Servirían de abono perfecto
y en su causa más justa debiera,
transformarse en estiércol bendito
que sublima las penas severas
y los llantos en destierro sumidos.

Aquelarre de amores perdidos,
de injurias y malsanas simientes,
tormentos en el valle candentes,
en el valle de no vida, y sí muerte.

Maribel Avilés Mayorga

Apostar por la Vida

La vida nos sorprende en cada tramo
 con nuevas emociones y experiencias.
 Las mismas viejas ansias del pasado
 acuden, con rictus renovado,
 para abonar peaje a la supervivencia.

Cuando pasan los años
 vacíos como desiertos, y en los espejos pesan
 dejándonos su impronta,
 el invierno se siente más frío en nuestra carne,
 y la aurora amanece más tenue en cada aurora.

Aun en estas horas
 no muestres desconcierto;
 no desdeñes la vida, por vivida,
 y trata de robarle algún poema,
 aunque al final del juego
 te gane, como siempre, la partida.

Piensa que en un lunes cualquiera
 hendido de altibajos,
 puede latir un viernes transido de sorpresas;
 aún puede haber, oculto, más amor descifrable,
 intenso de vivencias,
 que en todo cuanto amaste.

Son muchas las edades que abrigan sueños jóvenes,
 y en cada madurez, el subconsciente
 requiere su caricia
 con sonos de boleros diferentes.

Acógete a su suerte, con tu mejor sonrisa,
 que un día, de improviso,
 puede que te despiertes
 cantándole a la vida
 aun siendo menos vida, y ya más muerte.

Duelos del Alma

Hay muertes en el alma que no conocen muertos,
 sensaciones de dramas sin haberlos vivido,
 quien entierra sus sueños tiene el presentimiento
 de que no fue acertado el camino elegido.

Pero los sueños vuelven fieles como fantasmas
 invocando renunciadas, surgiendo del olvido;
 para tal recorrido se pertrechan con alas
 y blanden sus espadas como ángeles caídos.

Mas, esta vez no claman luchando contra el cielo,
 por campo de batalla hallan el velatorio
 de un alma acongojada inmersa en el vacío.

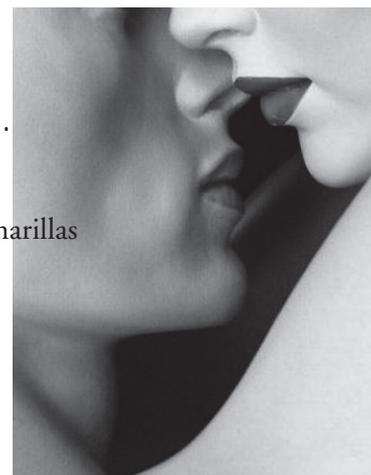
Noviembre, de Nuevo...

Noviembre me trae tu recuerdo
 como un murmullo de hojas amarillas
 y pájaros dormidos.

Rueda la vida,
 engranaje perfecto,
 llevándonos sombríos
 como una incertidumbre,
 atados a su vértigo.

Y ese conformismo de no ser
 lo que jamás seremos,
 y aceptar como ajeno
 lo que nunca tuvimos,
 es un bálsamo impuesto
 por la supervivencia,
 en forma de melaza,
 que sana las heridas del espíritu.

La miel que desayuno cada día
 de ese mágico unguento,
 sabe a renuncia amarga
 de atardeceres lánguidos
 y labios entreabiertos...



Poética

La poesía, en mí,
 siempre será una huida,
 una búsqueda incierta
 tras la huella que dejan
 los sueños en ruina.

Es hacer, con palabras,
 un refugio tranquilo,
 donde reconciliarme
 con mi otro yo, más íntimo.

Dar un salto al vacío,
 tras un interrogante,
 dotarlo de certeza
 y otorgarle una historia.

Tratar de darle forma,
 ocasión de silueta,
 a una sombra que tiembla
 con precisión de incógnita.

Es posar la mirada
 en las cosas dormidas,
 apostar por sus vidas,
 pertrecharlas de un alma.

Sosegar las palabras
 que viven con temblores
 a ciegas, enredadas
 en páginas dormidas.

Y, a veces, como hoy,
 poner tu nombre a un sueño
 y despertar en brazos
 de la melancolía...



Un corazón a solas, receptivo a esos sueños
 que se debate en caos librando un desafío,
 y vive un duelo interno, sin saber quién se ha muerto,
 ni qué le está pasando, ni cómo ha sucedido.

Mariló Rodríguez Díaz

Son Tus Ojos

Son tus ojos de dulce mirar,
reflejan todo aquello que eres:
amapola en una tarde soleada,
girasol en una noche de estrellas.

Son tus ojos de suave brisa marina
en las madrugadas tersas
cuando tus parpados como pétalos
se abren por primera vez
y resbalan por tus mejillas
las primeras gotas de rocío.

Son tus ojos una mirada en el horizonte
el lugar hacia donde dirigir mis pasos,
punto de encuentro en las noches frías,
un café corto con leche a media tarde.

Son tus ojos un bello transcurrir,
el día a día en medio de la semana,
un desayuno con los pies descalzos,
la balanza entre el bien y el mal.

A media noche

Corazones a precio de saldo,
sonidos estridentes que suenan,
canciones con letras insulsas
que intentan inculcar y
remover sentimientos.
Corazones apasionados
que tienen todavía mucho
camino por latir.
Sentimientos afortunados,
compases en medio de la noche.
El maestro de las llaves
que busca y no encuentra
la llave maestra.
La voz que sobresale
en medio del silencio,
compases rizados,
carcajadas airadas
mirando con rabia.
El reloj hace
tiempo que se paró
y no volvió a marcar
ningún minuto.
Los segundos adormilados,
la inocencia olvidada,
las destrezas aprendidas,
la vida resuelta
y el camisón puesto.



Marina Tapia Pérez

Sin Palabras

Aunque de mí me burlo
todo lo que puedo,
arranco a mi secreto nuevas crías,
engaño a la mentira con engaños
o escondo bajo almohada aquel impulso.
Y aunque garabateo en esta hoja
membranas como letras
de túneles no abiertos,
yo sé que ante el espejo
lo turbio se recoge sin palabras.

Valija de Ayer

Con otros ojos vuelvo, ya lo sabes.
No endulzaré la arista en mi garganta,
ni soles ni pretérito en las suelas.
Ya sé que el tiempo deja
asientos reservados.
Contéstame,
ciudad hecha de piedra:
Cómo el abrazo dado se destruye
y sobreviven pórticos y templos...
La permanencia alberga tanta burla.

Que traigo unos jirones
entre mi carne,
reflejos, reflexiones
teñidas de amargura.
Si dejé una valija de ayer,
no la retengas.



Natalia Díaz

¿Qué ha sido?

Qué es de las palabras
que se escapan cuando hablas,
que hablan cuando callas.

Qué son de tus sonidos
que en las tinieblas
van perdidos
buscando con tesón
un recóndito lugar
donde acomodarse
sin decir te quiero,
donde poder quedarse
y no decir que aún te espero...

Qué es de aquel momento
que se hizo eterno...
Qué fue de tu lamento
que hasta yo lo siento.

Cierro los ojos
y toco las nubes lentamente;
lento, muy lento,
te sentí y sentí tu beso,
lento muy lento...
Apareció una brisa suave
y desapareció todo
deprisa muy deprisa...
Abrí los ojos sin ganas
y vi que todo era oscuro,
muy oscuro.



Querido Árbol

Árbol despojado
que permaneces
tras el paso de los años,
déjame que me acerque,
déjame que te cuente
haber soñado contigo
cuando no había
nadie a mi lado
dándome cobijo,
sintiéndome mi amigo.

PRIMER PREMIO _____ AMIGOS DE LA HERRADURA

Poema Ganador: *Regresar a La Herradura* de Manuel Terrín Benavides

I

Alargo el alma para hacerla puente
sobre crenchas hitóricas de espuma;
alargo el alma en magnitud de suma,
siempre de contenido a continente.

Borro después la línea divisoria
del tiempo y me sorprende el transitivo
reflejo de estas costas y ese altivo
monte crucificado por la historia.

Derrotada a la espalda la mentira
nace un lecho de verdes acuarelas.
La Herradura: dos franjas paralelas
bajo las cuales nuestro honor respira.

Muros viejos, altivos centinelas.
Conciencias pescadoras. Pan mordido
que deja entre la sangre un alarido
y en la boca de Dios dolor de muelas.

Semicírculo de alma uniformada
donde un salmo de historia se refleja.
Aquí derramaré mi sangre vieja
para hallarla después resucitada.

La Herradura: pasión que purifica.
Al alba, cuando Dios abre la puerta
de esta luz infinita, magna oferta,
la eternidad revienta y me salpica.



II

Cómo brilla la calma, cómo suena
río Jate de círculos festivos
donde bañan sus pies aumentativos
pardas colinas a la luna llena.

Miro el rostro de Dios en cordillera
donde el cuervo levanta negras quejas,
donde rocas y pinos son guedejas
rebeldes de una inmensa cabellera.

Lo encuentro en el alado sentimiento
de los pájaros, sueltos corazones,
que persignan azules pabellones
con alas timoneras frente al viento.

Lo encuentro junto al mar que desafía
recónditos naufragios mientras arde
bajo sol que en los brazos de la tarde
repite disciplina de agonía.

Lo encuentro en la esmaltada procesión
de los peces, puñales de batalla,
que agitan en el seno de la playa
la sangre de un fecundo corazón.

Lo encuentro en los cipreses donde pido,
delante de la tumba de una madre,
ser polvo de esta tierra cuando ladre
sobre mi honor el perro del olvido.

III

Vivir esta ocasión, darle a la vida
otro significado diferente;
llegar a La Herradura, alzado puente,
siempre doblando el punto de partida.

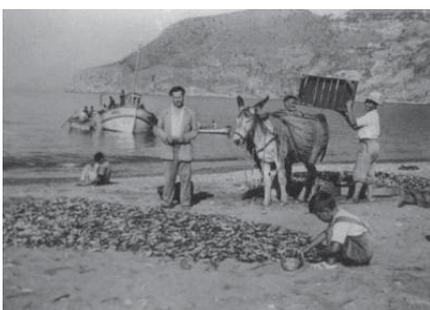
Cuando eleva la tarde su estatura
las crestas escarpadas, beso ufano,
parecen la cuerda de un piano
donde duerme solemne partitura.

Tierra de aroma vigoroso, espesa
luminaria de sangre redimida
por caminos cansados donde pesa
el orden sustantivo de la vida.

Poner los pies aquí con reverencia.
Recoger los caminos del pasado
con paso firme, pero no firmado,
que en esto puede estar la diferencia.

Aquí, sobre el desierto de la pena
donde mi angustia y mi mentira,
artesa soy de amor porque respira
mi boca todo aquello que almacena.

Y aquí junto a la calma silenciosa
de los recuerdos, salmo de alegría,
por el don del encuentro de este día
se me abre el corazón como una rosa.



EL JUEGO DE LAS BOLAS

(DIVERTIMIENTO ABSURDO EN UN ACTO PARA DOS HOMBRES SOLOS)

Por **Miguel Ávila Cabezas**

(En un escenario vacío, dos hombres de edad madura -pongamos que frisando la cincuentena- se encuentran en cuclillas mirando desde el proscenio hacia el frente. Juegan con unas bolas invisibles. Visten trajes elegantes)

- HOMBRE 1º: ¡No! ¡No vale! ¡Has hecho trampa de nuevo!

- HOMBRE 2º: ¡De eso ni hablar! Es segunda, primera y pie.

- HOMBRE 1º: ¿Cómo va a ser hacia atrás? Siempre ha sido hacia adelante y no me vas a salir tú ahora con lo contrario.

- HOMBRE 1º: Te digo que es primera, pie y segunda, y ni cuatro palabras más.

- HOMBRE 2º: ¡No, no y no! En todo caso valdría segunda, primera y tercera. Y en este orden, y sanseacabó.

- HOMBRE 1º: ¿Cómo va a ser tercera, si tan sólo has lanzado dos veces la bola?

- HOMBRE 2º: Pues precisamente por ésa y no por otra razón.

- HOMBRE 1º: Ahora no te comprendo.

- HOMBRE 2º: *(Pensativo)* Pues ya que lo dices, yo tampoco. Si han sido dos las veces que he lanzado la bola, ¿cómo aparece, así de pronto, una tercera? Lo lógico hubiera sido que después de la primera, por progresión aritmética hubiera sucedido una segunda, y así indefinidamente... Aquí ha ocurrido algo extraño: o tú me quieres engañar o yo he perdido la cuenta. Comencemos de nuevo.

- HOMBRE 1º: ¿Qué dices? Quien quiere hacer trampa en el juego eres tú. Veamos: tú dijiste antes segunda, tercera y primera... *(Duda)*. No..., dijiste tercera, segunda y primera... *(Sigue dudando)*. Sí... No..., fue primera, tercera y segunda. Sí... eso... primera, tercera y segunda. *(Desesperado y a punto de ponerse a llorar)*. ¡Dios mío, ya no puedo soportar esto! ¿Qué fue antes: primera y segunda o primera y segunda? *(Llora)*. ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

- HOMBRE 2º: ¿Ves como llevaba yo razón? Segunda, tercera y primera, y no se hable más del asunto.

- HOMBRE 1º: *(Desesperado, se pone en pie y va al centro de la escena donde, de espaldas al público grita)*: ¡No, no, no, no y no! Si fue segunda y tercera, no podía haber sido primera y segunda, porque tercera y segunda jamás pueden ser primera y tercera! ¿Comprendes ahora?



(Silencio)

- HOMBRE 2º: Más claro, el agua de mi piscina. Es decir, no comprendo nada. Llevas una eternidad desvariando con el orden desordenado de tu juego estúpido y mezquino. ¿Quieres ganar? Pues para ti el duro, la peseta, el euro y la trampa. No sigo discutiendo. Que cada cual se quede con su

razón.

- HOMBRE 1º: ¿En qué sentido dices eso de que «cada cual se quede con su razón»? ¿Me quieres con ello dar a entender que la tuya es la que vale?

- HOMBRE 2º: Lo digo en el sentido que a ti te de la gana. Pero que sepas que fue segunda, tercera y primera. Y de ese burro no me bajo.

- HOMBRE 1º: *(Apocado)* ¿... Y por qué no tercera, segunda y cuarta, y así quedamos en paz?

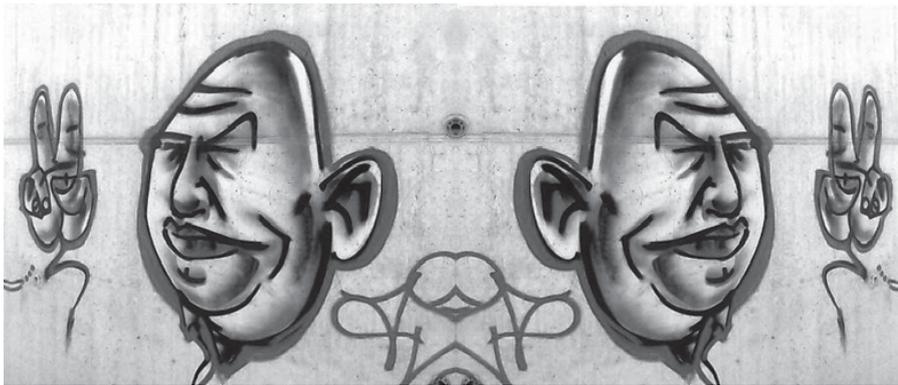
- HOMBRE 2º: *(Airado)* ¡¿Cuarta?! ¡¿Cuarta?! ¿Ahora me vienes con ésa, con la cuarta? Éramos pocos... ¿Cómo te atreves siquiera a decir cuarta? ¡Parece mentira! ¡Cuarta es imposible! Nunca hubo una cuarta en el juego del hoyo. Si insinúas que el hoyo es la cuarta, estás muy equivocado. El hoyo es el todo y todo se lo traga sin piedad: la primera, la segunda, la tercera... y las que vengan detrás también. ¡Cuarta nunca! ¡Nunca! ¿Has comprendido, mastuerzo?

- HOMBRE 1º: *(Resuelto)* ¡Sin insultar! ¿Eh? *(Más tranquilo)*. Yo tan sólo he dicho lo de cuarta por una cuestión de... ¿cómo decirlo para que lo comprendas en sus justos términos?, de... principios, de reconciliación, de arreglo, de salida de este túnel oscuro en el que estamos metidos. Ya sabes que...

- HOMBRE 2º: *(Interrumpiéndole bruscamente)* ¡Yo no sé nada y tú menos que yo! Ni por sí ni por no, ni por aquí, ni por allá. Que yo no te oiga pronunciar nunca más esa palabra: cuarta, cuarta. Nada más oírla, me entran náuseas. Es una palabra ruin, malvada, obscena. Sólo la ponen en su maloliente boca los que son hijos de madre perra, los traidores y los degenerados. ¡Que no se te ocurra ponerla en tu boca ni una vez más! Ya me has oído. Y el que avisa no es traidor.

- HOMBRE 1º: *(Conciliador)* ¡Vale, vale, hombre! No te pongas así. En fin, te pido disculpas. Entonces, ¿en qué quedamos? Es tercera y segunda, ¿no?

- HOMBRE 2º: *(Más airado aún)* ¡No! Primera y cuarta,



¿comprendes? Primera y cuarta.

- HOMBRE 1º: Pero si me acabas de decir que cuarta no valía, que era, no sé, mezquina... (*pensativo*), monstruosa..., indecente... Y que sólo la dicen los hijos de puta, digo los de perra y los degenerados, ¿no?

- HOMBRE 2º: ¿Cuándo he dicho yo eso?

- HOMBRE 1º: Ahora mismo. Hace menos de un minuto.

- HOMBRE 2º: (*Con la misma ira de antes*) ¡Eso es un infundio, una calumnia, una mentira más grande que... (*pensativo*), que la catedral de Colonia! (*Abriendo los brazos todo lo que puede como queriendo abarcar algo que le supera*) ¡Una mentira así de grande! (*Va cerrando progresivamente el círculo hasta terminar haciendo el gesto de unir casi los dedos índice y pulgar de su mano derecha*) Así de grande; mejor, así de grande; no, así de grande; eso, así de grande; así; así... Yo no he dicho que es la cuarta lo que tú dices ahora que yo he dicho. (*Con la expresión crispada, lo coge por las solapas de la chaqueta*) Que sepas bien que la cuarta es muy honorable y la suya es una familia de gran enjundia y prosapia. Una familia de posibles. No como tú que, además de tramposo, no tienes donde caerte muerto.

- HOMBRE 1º: (*Tan airado como el Hombre 2º*) ¡A mí no me asustas! ¡Lo acabas de decir y punto! ¡Quien miente y hace trampa eres tú! ¡Mucho cuidadito donde pones tus sucias manos! ¡Y que conste que de toda la vida el orden ha sido el de tercera y segunda! ¡Y nada más!

- HOMBRE 2º: (*Más airado ahora que el Hombre 1º*) ¡Falso! Primera y cuarta. Es primera y cuarta y si no preguntáselo al primero que pase por aquí.

(*Permanecen ambos como esperando que pase alguien, miran hacia el foro, los dos laterales y el proscenio, recorriendo atentos con la mirada el patio de butacas*)

- HOMBRE 1º: (*Conciliador como antes*) En vista de que no pasa ni un dios por aquí, ¿qué te parece si intentamos llegar a un acuerdo? Estamos estancados. No avanzamos nada. Y el hoyo en la otra punta, esperando. Vamos a olvidar lo que has dicho que la cuarta es... (*pensando*) honorable..., ilustre...

- HOMBRE 2º: (*Estupefacto*) ¿Cómo? ¿Que la cuarta es... honorable..., ilustre? ¿Pero tú de qué vas, imbécil? ¿Te

quieres quedar conmigo o qué? La cuarta, honorable e ilustre. Es como para abrirte en canal, sacarte el hígado y echárselo a las perras hambrientas que han parido seres tan infames como tú. (*Encendido*) Para sacarte también los riñones (*pensando en más órganos*), para partírte el corazón en mil pedacitos y sembrar con ellos la entrada de un hormiguero, (*precipitado*) para, para, para...

- HOMBRE 1º: (*Excitado*) ¡Sigue, sigue! ¡No te pares ahora! ¡¿Y qué más?! ¡¿Qué más?!

- HOMBRE 2º: Pues... para introducirte por la boca un hierro candente, después de haberte cortado la lengua y haberla cocinado a la plancha con sal, pimienta y una guarnición formada con tus dos orejas cocidas al pimentón y aceite de oliva, virgen extra, por supuesto.

- HOMBRE 1º: Y... Y...

- HOMBRE 2º: (*Lanzado*) Y... Y... Y cortarte las piernas y también los brazos... ¡Eso, las piernas y los brazos!

- HOMBRE 1º: Y... Y... Y...

- HOMBRE 2º: Y... Y... Y... ¿Qué más quieres que te haga?

- HOMBRE 1º: Pues no sé. Tú verás. La iniciativa la estás llevando tú.

- HOMBRE 2º: (*Concentrado*) Veamos... ¿Qué te parece si te saco los ojos con una cuchara sopera y te los hago tragar, por ejemplo, con un vaso lleno de tus propios orines? (Por citar).

- HOMBRE 1º: Y... Y... Y... Y...

- HOMBRE 2º: (*Visiblemente fastidiado*) ¿Sabes lo que te digo? Que ya estoy harto de este juegucito sadomasoquista. ¿No te parece bastante con los brazos, las piernas, la lengua, los ojos..., el hígado?

- HOMBRE 1º: Y el corazón...

- HOMBRE 2º: Y todo regado de sangre. Todo, las paredes, el suelo, las ventanas, las puertas... (*señalando al patio de butacas*) y éstos que se encuentran ahí tan quietecitos y callados, como si estuviesen esperando que se les apareciese la Virgen con un boleto premiado de la Primitiva o las llaves de un piso de Protección Oficial.

- HOMBRE 1º: Como antiguamente.

- HOMBRES 1º y 2º: (*Al unísono*) Como siempre.

(Ambos ríen de una manera impúdica y estentórea, y tal y como lo hacen de pronto se callan al mismo tiempo echándose la mano a la respectiva oreja izquierda para aguzar el oído)

(*Silencio*)

- HOMBRE 1º: ¿Has oído?

- HOMBRE 2º: (*Con expresión temerosa*) Sí, ¿qué será?

- HOMBRE 1º: Calla, calla. Vuelve otra vez. ¿Lo oyes? Es extraño. Jamás había oído algo semejante. ¿Tú lo habías oído alguna vez?

- HOMBRE 2º: *(Como haciendo memoria acústica sin apartar la mano de su oreja derecha)* Que yo recuerde, no. Sí que es algo raro.
- HOMBRE 1º: ¡Escucha! Parece que se está acercando... *(señalando al fondo del patio de butacas)* por allí.
- HOMBRE 2º: Sí parece que se acerca pero creo, si me permites, que viene... *(señalando al centro del foro)* por allí.
- HOMBRE 1º: ¿Ya empezamos de nuevo? Por allí *(al foro)* o por allí *(al patio de butacas)*, ¿qué más da? El caso es que se acerca, ¿no? Y cada vez con más fuerza...
- HOMBRE 2º: Sí, es verdad. Se acerca con muchísima fuerza. Sea lo que sea, ya lo tenemos sobre nuestras cabezas. *(Los dos miran aterrorizados hacia el cielo de la escena)* ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos?
- HOMBRE 1º: ¿Irnos? ¿A dónde?
- HOMBRE 2º: A donde podamos. Por ejemplo *(al patio de butacas)*, ahí abajo, con éstos. Estaremos más seguros confundidos con ellos que aquí arriba solos, expuestos, no sé, a un rayo letal disparado posiblemente desde una nave extraterrestre.
- HOMBRE 1º: No digas tonterías. Una nave extraterrestre, un ovni, un platillo volante... ¿Pero tú crees en esas cosas? Debería darte vergüenza. Que crean *(al público)* ellos es... comprensible. A los pobres hace muchísimo tiempo que los abandonó la esperanza, esa paloma de humo que parece picotear en todos los sitios y no se encuentra en ninguno.
- HOMBRE 2º: Oye, te estás poniendo trascendente. *(Irónico)* Esperanza, paloma, humo... Mucho ruido y pocas nueces.
- HOMBRE 1º: Pero el ruido continúa y es cada vez más fuerte.
- HOMBRE 2º: De acuerdo entonces; y ahora, ¿qué hacemos?
- HOMBRE 1º: Irnos.
- HOMBRE 2º: ¿Irnos? ¿A dónde podemos irnos?
- HOMBRE 1º: No sé, podríamos intentarlo por ahí *(Señala hacia uno de los laterales, el izquierdo por ejemplo)*
- HOMBRE 2º: Hombre, por ahí me parece arriesgado. ¿Y si nos vamos por allí? *(Señala hacia el lateral derecho)*
- HOMBRE 1º: No las tengo todas conmigo de que por ahí vayamos a encontrar una salida. ¿Y si lo hacemos por allí? *(Señala hacia el fondo de la escena)* Quizás por allí tengamos más posibilidades de evitar el peligro.
- HOMBRE 2º: ¿Qué peligro? Todavía ignoramos qué es lo que produce ese ruido. Podrías ser tú mismo quien lo produce.
- (Silencio. Se quedan los dos HOMBRES mirándose fijamente y prorrumpen a la vez en grandes carcajadas)* O una especie de ilusión acústica que proviene... de ahí. *(Señala al patio de butacas. Nuevas carcajadas de los dos HOMBRES)*
- HOMBRE 1º: *(Sin dejar de reírse)* Si es así, lo mejor que podemos hacer es quedarnos donde y como estamos.
- HOMBRE 2º: Como en el chiste.
- HOMBRE 1º: Como en el chiste, efectivamente. *(Ambos permanecen pensativos).*
- HOMBRE 2º: ¿Y qué hacemos?
- HOMBRE 1º: Eso ya me lo has preguntado. ¿A ti no se te ocurre nada?
- HOMBRE 2º: Hombre, ocurrírseme, ocurrírseme, en este momento... Podríamos probar escondiéndonos en algún sitio.
- HOMBRE 1º: No me parece una idea genial. Porque, dime, ¿hay por aquí algún sitio donde podamos..., como decirlo, pasar al menos desapercibidos?
- (Ambos miran a uno y otro lado de la escena y, efectivamente, no encuentran ese sitio ideal)*
- HOMBRE 2º: No me lo digas. No me lo digas. Te acabo de leer el pensamiento. *(Pasan la vista los dos por el patio de butacas)* ¿Es eso lo que estás pensando? Di. ¿Me equivoco?
- HOMBRE 1º: No. No te equivocas ni... esto *(hace el gesto de morderse la uña del pulgar de su mano derecha)*. Aunque... ahora que lo piensas, mejor, que lo estamos pensando los dos, no la considero la mejor de las soluciones posibles.
- HOMBRE 2º: ¿Y cuál sería para ti «la mejor de las soluciones posibles»?
- HOMBRE 1º: Ninguna. En cualquier caso, cumplir con el protocolo del chiste y esperar a ver qué pasa. ¿Estás de acuerdo?
- HOMBRE 2º: Quién no podría estar de acuerdo con un planteamiento tan... acertado... La tuya es la voz clara de la ecuanimidad y el sentido común.
- HOMBRE 1º: Me tomas el pelo.
- HOMBRE 2º: ¿Tú crees?
- (Nuevamente los dos hombres se ríen a grandes carcajadas)*
- HOMBRE 2º: ¿Oyes?
- HOMBRE 1º: Pues, francamente, ahora no oigo nada.
- HOMBRE 2º: Qué fácil resulta encontrarle remedio a lo desconocido... Con ignorarlo, es suficiente para que deje de existir *(Mira de nuevo al patio de butacas)*. Así no hay nada de qué preocuparse.
- HOMBRE 1º: Tienes toda la razón del mundo.
- HOMBRE 2º: Me tomas el pelo.
- HOMBRE 1º: No. Te lo digo de verdad. Sin-ce-ra-men-te.
- (Silencio. Se miran fijamente a los ojos y después lo hacen dirigiéndose hacia el patio de butacas)*
- HOMBRES 1º y 2º: ¿Jugamos?
- (Oscuro total. Ahora sí sobreviene un ruido que cada vez se hace más estridente).*

Miguel Ávila Cabezas: Nació en Granada, 1953, Licenciado en Filología Románica e Hispánica, profesor de Lengua y Literatura. Dirige la colección de poesía *Palabras Mayores* de la Editorial Albulia. Autor entre otros de los poemarios *Aguas Salobres*, *La Casa del Aire*, *Un Viento Clandestino*, *Mas no Desotra Parte*, y del libro de aforismos: *Loquinarias*.

ATRAPANDO LA LUZ

Por **Marta Sánchez Fernández**

*Esta noche he soñado contigo.
Húmeda de deseo
te busqué en la oscuridad cuando esta no acababa.*

*Un día más esperaba la sombra de tus ojos
tu lengua perfecta,
la calidez y el ansia de tu boca por todo mi cuerpo.*

Cierro tus ojos para mirar tus estrellas.

*Abandonada en la playa,
recogí tu pulsera de cuero y plata reluciente;
tú me observabas
y al encontrarte me encontré atrapada por la luz
que es la luz del alba.*

*Siempre que te encuentro el día no muere.
Ocasos deslumbrantes niegan la penumbra
y el día no acaba.*

*Tu juventud atrapa la luz y la engaña.
¡Ay sueño de mi oscuridad!
¡Pesadilla de esperanza!*

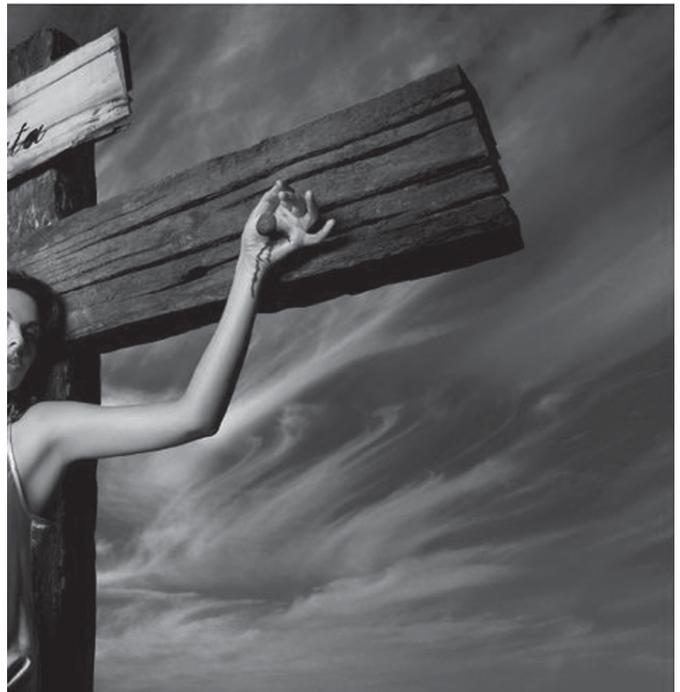
*Juego entre las caracolas
para volverme arena de tu playa.*

*Tu risa incandescente,
un vuelco es tu mirada.
Corazón de luz.
Gozo de mujeres tu lirio amoroso que engaña.*

*Atrapada la luz del alba,
que la noche me abandone allá donde tú vayas.*

Esto ponía en el papel que se le cayó a la vecina de arriba, cuando bajaba presurosa, yo, detrás de ella veía caer la nota. En vano la avisé, pero no me oyó, desapareciendo entre la gente. Estaba mal doblada, rugosa y vieja. La curiosidad me pudo. Al día siguiente fui a entregársela, con la palabra: No la he leído al borde de la boca.

Siempre la había visto bajar y subir de refilón, así que cuando me abrió la puerta me asombré de su belleza natural. Tenía un acorta melena ondulada y cana, una boca perfecta, y unos ojos... donde asomarme al abismo del mar. Su brillo azul atrapaba toda la luz, te deslumbraba... daba la sensación de que todo en derredor perdía su color.



Recogía el poema con desconcierto triste, e inmediatamente me invitó a pasar para «tomar algo».

Me adentré en el refugio, que como todo hogar de persona exquisita, estaba lleno de libros y adornos de muy buen gusto.

Me atraía la naturalidad de trato, su actitud corporal liviana pero firme, segura y afectuosa. Hablamos toda la tarde de todo. De hombres, hijos, familia, arte, política, salud... y soledad. Para las dos resultaba difícil comunicarse profundamente con alguien, así que comenzó nuestra relación y aumentamos los encuentros.

Entonces yo tenía 50 años, ella 73. Algún tiempo después me atreví a preguntarle por el afortunado efebo al que iba dedicado el poema que nos había encontrado. Clavó sus resplandecientes ojos y con toda parsimonia contestó: «Era inevitable que lo leyeras. Ese joven, ese hombre... fue un gran amor, el único amor, un amor lleno de oscuridad. Fue mi proxeneta durante 10 años».

Al ver mi estupor, una sonrisa amarga envolvió su rostro.

«Sí, así fue. ¿Por qué te parece raro?, me ves aquí, mayor, vieja quizá, culta, elegante... y no te lo puedes creer. Pero ya tienes 50 años y has corrido por la vida persiguiendo la luz, como todo el mundo, añorando la luz perpetua, la incandescencia del deseo, el susurro de lo inalcanzable, que es el destino de la luz que se persigue y no se encuentra. Y cuando lo consigues lo pierdes una y otra vez.

«Yo era joven, ingenua, tonta y lo anhelaba todo. Por eso andaba ciega. Me pareció lógica su propuesta de prostituirme «por un tiempo», hasta que él encontrara un trabajo en condiciones, digno. Digno, dijo, figúrate, digno para él, mientras que yo me vendía por las calles y

burdeles.

«Él me protegía, me amaba, era liberal... Nada de celos, ya sabes, nada de posesión, eso era para burgueses reprimidos, además a mí me gustaba mucho su sexo; en fin, tampoco tengo yo otra disculpa que no fuera mi ceguera voluntaria.

«Pronto detesté aquella vida, despreciaba a los hombres, los clientes tan obscenos, su vulgaridad, el poder que tenían con su puto dinero... y sus asquerosas pollas. Era igual en la calle que en el club, aunque aquí al menos estaba caliente. Siempre eran los mismos hombres pero con distintas caras. Tener que sonreír y hacerme a esos gilipollas. Y estos eran los mejores, porque los déspotas no faltaban. Llegué a odiar el sexo, supe lo que es la oscuridad más profunda, esa que te va devorando lentamente, que carcome el cerebro, el corazón y aún más tu autoestima, tus esperanzas de futuro, porque llega un momento que crees que no sirves para otra cosa.

«Después de dos años, supe el tipo de hombre con que estaba. Él había atrapado mi luz, mi yo inmenso. Mi vida era levantarme, hacer la casa y luego «disfrazarme», sí, disfrazarme de hembra sexy, ya sabes, tacones de aguja, ligas, tanga, enseñar los pechos, minifalda hasta el culo, mucho maquillaje... y a la calle o al burdel. Así un día y otro... aparte las horas extra para amigos «especiales» que él traía.

«Cada vez que intentaba dejarlo, me amenazaba con violencia, luego me pedía perdón, se mostraba tierno y me seducía de nuevo, pues era un auténtico profesional del engaño y la explotación femenina. Entonces yo volvía a creerle, me producía un inmenso cariño, era tan guapo, tan poderoso.

«Entré en la espiral de adicción del amor y el odio y, además, cada vez tenía más claro que yo sólo servía para ser puta; no había acabado mis estudios, ni había trabajado en otra cosa. Su languidez de niño perdido me enloquecía; quién conoce los oscuros, los abismales recovecos de nuestra mente, de nuestros sentimientos, para que seamos capaces de auto engañarnos durante algún tiempo. Sí, fueron años terribles. ¿Te sigue pareciendo increíble, verdad? Igual que a mí cuando miro atrás.

«Un día me levanté y al mirarme al espejo no me reconocí. Miré atrás por si había otra mujer... pero era yo. Yo con el cuerpo ajado de desengaños... y mis ojos, qué le había pasado. Tenía las cuencas negras, vacías, muertas. ¿Y mi luz, y el azul de océano que impregnaba mi mirada durante tantos años?

«Fue entonces cuando tomé la decisión, tuvo que ser así, de golpe. Huí, me largué con lo puesto. Lejos. Muy lejos.

«Sé que estuvo buscándome durante algún tiempo. Ser capaz de dejarlo fue la primera luz que volvió a mí: sentirme libre, ser libre y estar sola me hizo fuerte. Había sido capaz de vencer el miedo, la dependencia y hasta el amor que aún pudiera sentir por él.

«Trabajé en lo que salía, fregando, cocinando, cuidando niños y viejos y con el tiempo acabé mis estudios. «No he vuelto a ponerme tacones de aguja, ni tanguas, ligueros y todas esas leches machistas, soy yo en mí, quiero gustar sin aditivos.

«En realidad fueron años de algodón, después de lo que había pasado. Poco a poco me retornó la luz, y no estoy dispuesta a perderla otra vez».

–Dime, ¿no volviste a encontrar un hombre que te amara bien?

–¿Qué es el hombre para la mujer, más que un subsidio social donde engañarse?

–Con una experiencia así no puedes ser objetiva.

Ella me miró con su luz de vértigo. Y yo pensé en mis propias experiencias. Distintas, sí, pero al final... yo también estaba sola, yo tampoco había encontrado un compañero adecuado, pleno, un proyecto compartido de vida.

Este es mi tributo de luz, mi tributo, para esta mujer que hoy muere entre mis brazos.

Fuimos amantes y esposas largo tiempo. Yo compartí su luz. Ella me la ha dejado. Yo también se la dejaré a mi hijo, a mis amantes y amigos.

Atrapada en mi corazón está la luz, todas las luces del mundo.

El mar, las estrellas, la luna, el sol, los campos, las flores, las sonrisas, las manos tendidas, los cuerpos, el pudor, la verdad del corazón.

Es la luz, la luz de la esperanza.



*A propósito del I festejARTE «Atrapando la luz» organizado por la web *Artes Libres*, la Asoc. *La Aventura de Escribir* y *La Casa de las Palabras* de Nerja.

Marta Sánchez: Nació en Madrid. Licenciada en Artes Dramáticas, directora, actriz, escritora, poeta. Tiene publicado el libro: *Relatos del entorno*, así como el poemario: *Tiempos de Málaga*.

Otra Enseñanza de la Literatura

Por Juan Andivia Gómez



Aún recuerdo el trato que daban los libros de texto del franquismo a los autores literarios no adictos al Régimen. Por ejemplo, escribían de Neruda: «es de ideología comunista, lo que no quita que sea un gran poeta», y se le despachaba con once líneas en un volumen de más de cuatrocientas páginas para los alumnos de Preu. A pesar de todo, le leíamos, aunque lo que se exigía a los estudiantes era una simple Historia de la Literatura, basada únicamente en títulos y fechas. También conocíamos a Antonio Machado, de quien escribió Laín Entralgo: «Fue el malogro –delicado, admirable– de un magnífico poeta cristiano». Imagino que este dato sería importantísimo para saber si era pecado leerlo o le añadiría una cualidad a su poesía. Y después vino Serrat, que nos lo cantó, junto a Miguel Hernández, ese miliciano de la República. Y estaban tantos otros, enterrados, exiliados, extranjeros, universales.

En este aprendizaje no había habido espadañistas ni garcilasistas, argucias de Carlos Barral, ni experimentales, sino un censor eclesiástico que sellaba con su *Nihil Obstat* las obras *decentes* y un juramento de fidelidad a los principios del Movimiento Nacional. Ésta era la única literatura, la que se podía leer.

Se pasó después, en la democracia incipiente, al extremo opuesto. El carácter revolucionario primaba sobre otros juicios y aparecieron nombres que no han tardado en desvanecerse. Algo similar pasó en el feminismo que, de no existir, intentó con exageraciones nivelar una balanza claramente descompensada y se asienta ahora en lo que parece lógico, la igualdad. Pero me temo que en la literatura no ha sido así, sino que a los escritores de la segunda mitad del siglo veinte se les ha ignorado y en la mayoría de los cursos «preuniversitarios» se alcanza la posguerra como máximo, con el pretexto de que no se puede abarcar tanto en menos de noventa horas de docencia, compartidas, además, con la enseñanza de la Lengua.

Quizá sea el momento de hablar de estas generaciones comprimidas, de esta necesidad de aprobar y esta ignorancia del deber inexcusable de educar en la cultura estética y literaria. Quizá sea el momento de reivindicar el estudio de los valores que hacen que un producto sea literario y de los que lo hacen digno de ser resaltado, de elaborar un inventario riguroso de obras en las que escudriñar y con las que gozar; y de evitar así que los nombres, que los hombres, con sus fragilidades, nos lleven a emitir sentencias que nada tienen que ver con el talento y que sólo pueden servir para desorientar y desorientarnos, una vez más.

Angustia

Por Helena Cosano

Astana, 19 de enero 2008



Angustia. La angustia.

Algo entre miedo y tristeza, aprensión y sufrimiento, tensión y dolor.

Los especialistas la llaman «ansiedad», creen controlarla con unas pastillas que atenúan su intensidad hasta que nada importe, hasta que la mente sienta que flota y la vida adquiera la irrealidad de la muerte.

La angustia.

Miedo indefinido. Congoja del alma. Tensión del cuerpo, dispuesto a llorar, chillar, reír, arrojarse a un precipicio, o ahogarse en esas pastillas que borran la realidad.

Congoja del alma traicionada. Olvidar, dormir... Anhelar la dulce muerte de las sensaciones. Cuando el alma infinita causa un dolor que el cuerpo no sabe soportar. Buscar el olvido. El sueño negro que borra esas imágenes que antes hacían llorar.

Anestesiar el dolor. Matar la vida.

La angustia que crea.

La angustia que para aliviarse estalla en belleza.

La angustia del poeta, del pintor, la angustia que brota de los pozos del alma y las profundidades del tiempo, de la noche oscura de tormentas incomprensibles que se pueden sacar a la luz.

La noche que se hace día.

El dolor contemplado.

El miedo conocido que ya se puede afrontar.

El silencio que encuentra sus palabras.

Las palabras mágicas que traen la paz.

Las formas, los colores, los sonidos, los ritmos y vaivenes del dolor, que lo expresan y exhiben hasta convertirlo en arte.

La vida convertida en arte para no morir.

La angustia.

La vida que duele.

El dolor de la vida en cada fibra viva, en cada criatura devorada por otra, en cada célula roída por el tiempo, en cada átomo eterno.

La vida que duele tanto que no es posible vivirla.

Solo el arte o la muerte.

Angustia.

El íntimo eco del mundo que sufre, que siempre ha sufrido y sufrirá, del dolor de todos los tiempos y de todo lo que existe, el dolor en el tiempo, el dolor del tiempo, el dolor fuera del tiempo; el eterno dolor.

Cuando creó el mundo, ¡qué angustia infinita debía sentir el Creador!

Qué angustia deben sentir las galaxias engullidas por la oscuridad.

Cuánto debe sufrir la nada detrás del universo.

Cuánto dolor debe sentir Dios.

Helena Cosano, escritora nacida en Nueva Delhi, diplomática desde 2004. Autora de la novela *Tres reencuentros y nueve días de amor teórico* y del libro de relatos *Mariposas*.

UNA HISTORIA DISTINTA

Por Marisa Sendón

Te vi. Sobresalías entre un grupo de amigos invitados por May en una de sus muchas y agradables reuniones. Nos presentó y pensé ¡si es el corresponsal en Nueva York de TVE! Ella me había hablado de ti como de su nueva conquista. Era una mujer triunfadora. Iba a por todas y según ella te tenía en el bote.

Yo seguí charlando con los demás amigos pero llegó mi hora, como la cenicienta a medianoche desaparecía, mientras la fiesta continuaba yo me iba a mi casa a ver a León -mi perro- que ya estaría celoso ante mi tardanza y como venganza se habría hecho pis en alguna alfombra.

Me puse el abrigo y una voz poderosa me dijo:

«¿Ya te vas? Yo también. ¿Tienes coche?»

Yo me sentí imbécil, no sabía conducir. «No». Le respondí.

«¿Te acompaño a tu casa en el mío?»

«Sí, gracias.»

Desde la calle Luís de Alarcón hasta Ortega y Gasset charlamos de lo bien que había estado la reunión y de lo buena anfitriona que era nuestra amiga.

«¿En que trabajas?» me preguntaste.

«He trabajado en una tienda de decoración. Lo he dejado hace un mes. Ahora escribo poemas y paseo con mi perro. No estoy pasando por un buen momento pues tengo una relación estamental difícil y no me importaría nada morirme.»

«¿Cómo es eso?, si eres una chiquilla.»

Como yo te admiraba por tus crónicas en TVE me parecía mentira que te interesases en ese corto trayecto por mi.

«Estoy enganchada a un hombre que no me conviene.»

Un nuevo silencio.

«Cómo se nota que eres joven y tienes toda una vida por delante. Si tuvieses un plazo de vida tan breve como el mío no dirías eso» me respondiste.

El viaje se hizo corto, ya habíamos llegado al portal. Bajé del coche y te dije: «Buenas noches, me alegro de que estés con May, es una buena chica.»

«¿Me invitas a subir y me enseñas los poemas?»

Yo con toda naturalidad te dije que sí.

Al entrar León me esperaba. Te miró, él siempre celoso. Veía en cada amistad mía un rival. La casa era sólo para nosotros. Te vio alto, fuerte, poderoso con tu cara enmarcada por una corta barba blanca y tu cabello gris y se sentó en el sofá. No nos quitaba ojo. Te sentiste cómodo y te gustó mi casa.

«Los poemas, tráemelos, me los llevaré para leerlos y a la vuelta del viaje oficial que tengo acompañando a los príncipes al extranjero, te llamaré y te los devolveré, juntos los comentaremos».

De pronto, me abrazaste, acariciaste mi pelo y yo, Silvia, sentí que el marinero de mis poemas existía pero llegaba tarde para poder llevar el timón y conducirme a lo largo y ancho del mundo. Yo como grumete y tú de capitán.

¿Cómo podía estar pasándome esto a mí?

Te fatigabas, te costaba trabajo respirar. Tu fuerza era sólo emocional pero tu cuerpo no te respondía. Te esforzabas, tu ego de hombre conquistador no se resignaba a que su fuerza física le fallase. Tus pulmones estaban enfermos.

Fuimos al dormitorio cogidos de la mano. Te sentías mi Pigmalion y yo iba como una novia al lecho nupcial. Nunca olvidaré ese momento, a veces me parece que lo he soñado.

Fuiste todo ternura, yo la niña pudorosa que se dejaba guiar por el maestro. Y qué maestro...

Todo lo suplías con tu gran ternura. «Te mostraré mundos nuevos, ya lo verás, tengo muchas cosas que enseñarte» dijiste. Yo que me consideraba vuelta de casi todo.

Te despediste y yo no dormí pensando en lo que me estaba pasando y en mi amiga May, la *Madame Recamier*. Esto no me podía pasar, era un milagro.

Al día siguiente me llamaste por teléfono:

«¿Cuándo te vas a Galicia?»

«El jueves».

«Yo te llevo al aeropuerto o ¿vas con alguien?».

«No, ¿por qué?». Le respondí.

«Yo te acompaño a Barajas»

«¿Seguro? ¿Con el trabajo que tienes?»

«Sí, a las ocho de la mañana delante de tu casa».

El aeropuerto me pareció más cerca que nunca. ¡Qué corto el camino contigo!

Tomamos un café en el aeropuerto, cogiéndome las



manos y mirándome a los ojos me preguntaste:

«¿Te gusta viajar?»

«Mucho», asentí.

«Pues cuando volvamos de nuestros viajes, te llevaré conmigo a un lugar donde nunca hayas estado».

Nunca en mi vida olvidaré los breves momentos que viví contigo. Eras un hombre de mundo y exprimías la vida hasta el último instante y querías compartir alguno de ellos conmigo.

Llegué a mi tierra feliz y conté a mi padre lo que me estaba pasando. Él escuchaba en el fondo orgulloso. Ese gran periodista se había fijado en su hija. Aunque no hubiese futuro podía haber un bonito presente.

Esto se ensombreció cuando le confesé, como médico, que mi gran ilusión tenía un enfisema pulmonar y le habían diagnosticado poco tiempo de vida.

«Pobre chico» comentó.

Durante la estancia en mi ciudad seguí con gran interés el viaje de los príncipes. No porque me interesase la política sino por verte en la pequeña pantalla. Me parecía asombroso que el reportero que yo veía en los telediaros lo hubiese podido tener tan unido a mí.

A mi regreso a Madrid esperé tu llamada y fuiste puntual. Querías que comentásemos juntos los poemas y el éxito de tu viaje a nivel político y personal. Así pasó, te encontré agotado. Habías estado ingresado dos días mientras hacías el reportaje.

Quedamos en vernos la semana siguiente, el viernes me dijiste. Yo flotaba de felicidad, no de amor. Mi realismo siempre estaba en guardia. En mis sentimientos se entremezclaban la alegría y el estupor.

El jueves mientras dormía con León sonó el teléfono, eran las tres de la mañana. Mi amiga May me comunicaba tu fallecimiento que acababa de escuchar como noticia de última hora en Radio Nacional. Me quedé impávida y tuve un sentimiento tremendamente egoísta. Te habías muerto pero los poemas estaban en mis manos. Sabía de sobra lo que valían pero eran míos. Sólo sentía míos mis poemas y mi perro.

Al día siguiente May y yo fuimos a tu ciudad al funeral que se celebraba por ti en la catedral. Todos tus ex amores, compañeros/as de trabajo, amigos/as y «amantes viudas» llorábamos por ti. Creo que a todas nos habías hecho felices, a cada una nos habías dado lo que queríamos fuese un año, un minuto, un segundo; eras ante todo honesto, difícil cualidad en un gran amador.

A la vuelta a Madrid, yo vine llorando como una magdalena y mi amiga May presentía que su gran última conquista quizás no le hubiese sido del todo fiel.

Marisa Sendón: Nació en Santiago de Compostela, desde los años 90 viene colaborando en distintas publicaciones y revistas literarias. Autora entre otros de los libros: *Lo que veo*, *Lee Mis Palabras*, *Poema de Niños y para Ellos*. Cofundadora de la revista *VOCES*.

INJERTO

Por **Alejandro García Boyano**

Aquel señor respetable que respondía al nombre de Tirífilo se dedicaba al injerto del ciprés en el espárrago para que se produjesen espárragos del tamaño de cipreses. El resultado fue sorprendente: se produjeron espárragos del tamaño del espárrago y cipreses del tamaño del ciprés, como bien sabe el personal especializado y todo concejal que se precie.

Lo curioso fue que los espárragos y los cipreses se parecían tanto a los originales de antes del injerto que ningún observador pudo detectar la diferencia, y eso que se formó una comisión a tal efecto en la que estaban representados todos los representantes del espectro político, más los jugadores de petanca y un comerciante de la zona.

Al finalizar la comisión el más importante de los reunidos lanzó una nueva idea y así habló el genio: ¡En América han injertado con éxito un árbol del caucho con un peral! ¿Es que nosotros vamos a ser inferiores a los americanos? ¿Es que no vamos a tener tanta capacidad e iniciativa como una asociación cualquiera?

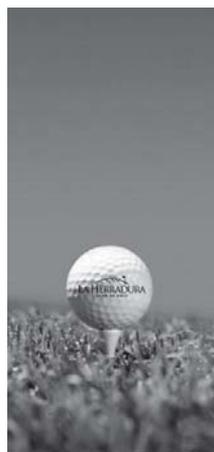
Y efectivamente todos los comisionados se pusieron manos a la obra e injertaron árboles del caucho con perales y obtuvieron pues peras de goma.

Hicieron notar a todo el que quisiera escucharles que la savia que fluye del árbol Herveo es una suspensión coloidal de un polímero de isopreno, y que los perales son árboles que normalmente producen peras.

Lo que no explicaron al personal, puesto que pensaron que era asunto sabido, es que el polímero es un compuesto derivado de otro por polimeración y que el isopreno es un hidrocarburo de fórmula C₅H₈, como todo el mundo sabe al ser esto asunto de dominio público.

Y obtenidas que fueron las peras de goma las repartieron de esta razonable manera: 3% para indigentes, 7% para utilizar en lavativas y 90% para la fabricación de bolas de golf para cuya utilización planificaron cuatro (4) campos de golf.

Y fueron felices y comieron perdices y otros sabrosos manjares regados con caldos de buenas cosechas.



Alejandro García Boyano, Madrid 1938, como Graduado Social trabajó y vivió en el Sahara español durante diez años; un mágico lugar que marcaría su obra literaria. Es cofundador y miembro del consejo redactor de esta revista, colaborador de el periódico EL FARO Y autor de los libros: *Voz de Silencios*, *¿Conoce el poeta?* y *Buscando Cariños*.

Carreteras

Por **Pilar Redondo**

Eso de hacer kilómetros y tragarlos en clave morse a 140, es para mí como nadar en una sopa boba de asfalto apetecible y siempre gratificante. El día que no sepa reaccionar a tiempo, voy a reencontrarme después del subidón de adrenalina en un sitio de sabe Dios dónde y vaya a saber una servidora para qué.

En la última escapada aparecí a 400 kms de casa y con 25 euros en efectivo dentro de mi bolso. Menos mal que los cajeros automáticos aceptan toda clase de desconocidos demacrados e insomnes las 24 horas del día. Pagué un hostel de dudosa reputación y dormí 5 ó 6 horas en cuanto rocé la almohada. Desperté a las 9 de la mañana con un nublado que me pillaba todo el cuerpo y eso que yo nunca bebo, ni tan siquiera ese día; y no fue por falta de motivación, sino más bien creo que echaba en falta algo de buena compañía si tenía que enfrentarme a una copa o dos.

El coche, algo reacio a mi voluntad y caprichos intempestivos, me volvió a llevar esta vez de vuelta a casa y cuando abrí la puerta (ya eran más de las 12 de la mañana) mi querido Cuba se había acabado de hacer de todo en medio de la cochera. Olía a gloria bendita, porque eso significaba que Pablo no estaba ni había estado allí, al menos desde las 10 de la noche pasada, hora en que solemos sacar al animalillo a dar un paseo antes de acostarnos.

¡Se había ido! El armario desnudo y vacío me dio la bienvenida con un repiqueteo de perchas que hace tiempo no oía. Un metro y ochenta centímetros ganados a la rutina, a la desidia y al agotamiento casi físico de continuar algo que hacía aguas por todos lados desde hacía meses. ¡La casa toda para mí! No me lo podía creer. Realmente, ¿eso era todo?, ¿así de fácil? Le di al contestador y se me cayó encima hasta el séptimo cielo, encima de mi revuelta cabecita.

«María, me voy. Te llamaré cuando tenga una dirección fija y hablaremos. Tu sobrina Merche está conmigo. Creo que ya lo sabías más o menos. Siento que tenga que ser así. Lo nuestro era algo insostenible. Mejor ahora que nunca. No llores por mí, no me lo merezco. Tú vales mucho y saldrás p'adelante. Te deseo lo mejor. No me llares al móvil, que Merchi se mosquea mucho. Nos veremos... lo siento, de verdad. Te he querido mucho, a mi manera, pero mucho, muchísimo. Un beso.»



De pronto la casa me pareció más amplia, tal vez era la panorámica del gran angular producida por las lágrimas que corrían por mi cara de idiota. Idiota por no haberme dado cuenta de nada de lo de Merche y Pablo, idiota por seguir empeñada en avivar un fuego ya más que consumido, idiota por guardar el primer beso en un cajón secreto de mi corazón, idiota por volver a imaginar tus ojos de azul acero clavados en mi cuerpo desnudo. Idiota.

De profesión: idiota. Con oposiciones a la magistratura de estúpidos pisoteados, con diplomatura de cristal roto en abofeteadores abofeteados. Más que idiota... yo misma, tanto o más tonta y absurda que antes de toda esta bufonada. Me quedo en paro. Ya no hay sitio para mí en el escenario.

No quiero acordarme de mi sobrina ni de sus recién cumplidos 23 años, porque me dan arcadas y cuando hable con mi hermana no sé qué coño voy a contarle. ¿Qué yo los presenté? ¿Que Pablo le estaba ayudando con la estadística? ¿Que dormía en casa muchas veces... por... quéééé? Voy a salir de aquí, me ahogo. Llamo a mi amiga Silvia y como es sábado, me pienso fundir la tarjeta en lo primero que se me antoje, cosa que no podía hacer cuando estaba con él, otra cosa más que añadir a la lista de las desventajas...

Silvia y yo formamos un buen tándem. Ella se ha separado ya dos veces y vive con dos gatos siameses y 20 ó 25 plantas a las que adora. Y yo, recién pololeada de una convivencia en la que entré con calzador, sin hijos y con una Cuba que no hace más que llorar buscando a su maldito dueño por todos los rincones de esta puta casa. ¡Decidido!. Hoy vamos a emborracharnos. Fijo que sí. Porque nosotras lo valemos.

Pilar Redondo: Nació en Zaragoza. Profesora de Inglés. Desde los años 80 viene colaborando en distintas revistas y publicaciones literarias. Es cofundadora y miembro del consejo redactor de esta revista.

La Cabra Negra

Por **Francisco Díaz Guerra**



Hasta el momento, publicar el mes anterior la insólita historia del farmacólogo y alquimista Anselmo de la Fuente, me ha reportado soportar mil burlas e infinidad de miradas incrédulas, amén de oír disparatados y absurdos cuentos, cuyos protagonistas insistieron hasta el mareo en ofrecerme datos y detalles, deseosos de que narrase, lo que se empeñaban en calificar de verdadera experiencia. Pero, de entre los fabulosos requerimientos, llegó uno imposible de esquivar.

A principios de Junio, recibí una llamada misteriosa. La voz era la de un varón anciano. Me convenció su parquedad, el esfuerzo que hacía para hablar, lo mucho que le costaba hacerlo. Él no deseaba ser protagonista, sólo lo necesitaba.

Nos citamos en una cafetería. En cuanto le vi comprendí que se estaba muriendo. Me lo confirmó poco después. No sentí la menor pena. El hombre era nonagenario. Harto de días se enfrentaba al final con calma, lo mataría un cáncer. Antes quería saldar una antigua cuenta. Me necesitaba para contarle. En sus ojos cansados y estragados habitaba la verdad, en sus palabras la culpa. Sonreí al comprender que me encontraba ante una historia extraordinaria.

Sucedió en Almayate en la década de los sesenta de la pasada centuria. Un hombre que no quiere desvelar su nombre, y al que llamaremos, José Ruiz, soñaba que paseando por la playa encontraría un tesoro. Lo soñó tanto, despertando en mitad de la noche, que una, decidió abandonar el lecho y caminar hasta la orilla del mar. Cruzó el pueblo, la carretera que lleva a Málaga, toda la huerta baja que se extiende hasta el mar. Caminó hasta la orilla y paseó soportando el frío.

Se dijo loco, estúpido, otras muchas cosas desagradables, lo hizo hasta que encontró a un vecino, también paseando junto a la orilla. Tampoco el nombre de éste ha de ser revelado, lo llamaremos, Manuel Durán. Se conocían desde niños. Manuel Durán era hablador, inquieto, nervioso. Habló atropellándose. Contó que todas las noches soñaba con una cabra negra que dormía sobre un tesoro inmenso. Aseguró que conocería al animal del sueño entre mil de su especie, aunque también las restantes fuesen negras. Tantas veces la vio mientras dormía...

José Ruiz sólo dijo que se encontraba desvelado y preocupado por problemas familiares que no deseaba compartir. También aconsejó a su vecino que no se tomase demasiado en serio los sueños, pues todos sabían que eran obsesiones y cosas extrañas de la mente.

Se despidieron sin más. Pero José Ruiz tenía una cabra negra. Y en cuanto llegó a casa, excavó donde el animal solía

dormir. A poca profundidad encontró un gran tesoro fenicio, oro y plata labrada, armas, escudos, cerámicas que el tiempo había arruinado, collares de piedras preciosas, copas y vasija variada de nobles metales.

Con prudencia, buenos contactos y actuando sin levantar sospechas, José Ruiz se hizo rico. Él y su escasa familia se marcharon a la ciudad. En Málaga vivieron con holgura lustros maravillosos hasta que un día inesperadamente recibieron la visita de Manuel Durán. Tuvo éste otro sueño repetido, se le decía en él que José Ruiz había encontrado el tesoro que debieron repartir. Se le decía que era dueño de la mitad de lo encontrado.

En justicia así era. Pero cuando años atrás se encontraron en la playa, José Ruiz no había compartido su sueño. La mitad de lo necesario para hallar el tesoro. Tampoco quiso, años después, compartirlo con el hombre que conocía desde niño. Prefirió matarlo. La codicia le condujo al homicidio, y se las arregló para hacer desaparecer el cadáver para siempre, tal como hizo en su día con la cabra negra.

A mí me interesaba lo extraordinario de aquel sueño compartido que diera lugar al hallazgo de un tesoro escondido en tiempos remotos por los fenicios. A José Ruiz sólo le interesaba expiar su culpa, reconocer su crimen, desvelar la verdad por más que se enmascarase la identidad de los protagonistas, para que la extraña e inquietante historia no acompañase de por vida a sus descendientes.

Me pidió que lo titulase *La cabra negra*.

Lo que no esperaba era la visita de Manuel Durán. Por más que con voz amable me pidiera que no me asustase, sentí que el corazón se me saltó por la boca, cuando al abrir la puerta del baño encontré a un hombre ensangrentado dentro de la bañera. Como no era un hombre vivo, sino un difunto libre de las limitaciones de la carne, parecía como si flotase, y aunque se mantenía firme y erecto, no alcancé a verle las piernas. Me pidió disculpas por aparecer de tal porte, pero por lo que parece fue así como le dejó su vecino. Lo había matado en el baño, le había golpeado con un objeto contundente dejándolo en la bañera, donde lo descuartizó, para luego hacer desaparecer todo rastro del cadáver.

Manuel Durán quería darme las gracias por contar la verdad, deseaba que supiese que fue él quien había instigado desde su mundo a José Ruiz para que lo contase. Me dijo, quitándose de un manotazo la sangre de un ojo y la boca:

—No me importa no haber disfrutado de la riqueza que se encontró gracias a los dos sueños. Ni tampoco guardo rencor a José por haberme quitado la vida, aquí las cosas se ven de otra manera. Lo que me duele es saber que muchos pensarán en su historia como algo inventado.

Sueños, puede que no sean únicamente los desahogos de la mente, el escape de sus presiones.

Sea como fuera, ocurrió en Almayate, en la década de los sesenta de la anterior centuria.

Francisco Díaz Guerra: Escritor nacido en Vélez Málaga en 1965. Premio Lazarillo de Tormes de Año 1992 por su novela *El alfabeto de las 221 puertas*. Su narrativa usa elementos históricos, fantásticos y mitológicos. Autor también, entre otros, de los libros *El espejo del más allá*, *La plata de Choquelimpie*, *La joven Teresa*.

EL ALMA DESALMADA DE LAURA RIVES

Por **Vicky Fernández**

Como todas las mañanas, Laura Rives, viuda de Solana, clavaba en su rodete medio cano, certera y apresuradamente, el alfiler con el que prendía el velo negro, llevaba el misal en una mano y el rosario de palosanto en la otra. Repicó el segundo toque de campana para la misa matutina de las ocho, y si había algo que no soportaba era llegar tarde, y que dijeran de ella que era una perezosa y que se le habían pegado las sábanas, pues eso era lo que Laura pensaba de todas las fieles que llegaban después de que don Esteban, el cura párroco, hubiese comenzado la ceremonia de la santa misa. Sobre todo le ponía los nervios de punta las mujeres que llegaban a destiempo resonando con sus tacones; lo hacían para provocar y para que todo el mundo volviera la cara y las miraran; decía para sí que eran unas desvergonzadas, peor aún a las que iban enseñando los brazos y los escotes y minifaldas, más que a la iglesia parecía que iban al cabaret, eran unas putangas. Desde cuándo se había ido al templo del Señor sin velo, se había perdido todo el respeto, por mucho que lo hubiera autorizado el Papa, 50 cardenales y 200 obispos juntos. Hasta iban con pantalones como machorras, es que no se guardaba ya ni el más mínimo decoro ante el Altísimo.

Antes de salir le dio dos patadas al adormilado gato para apartarlo de su paso, éste salió disparado aullando de dolor, después pisó disimuladamente el rabo del perro que tomaba los primeros rayos de sol en el portalón, el can no pudo esquivar el pisotón, a pesar de que conocía muy bien a su ama, ya había perdido hacia poco un ojo por un puntapié de esta. Justo cuando iba a cruzar la calle escuchó las voces de su suegra llamándola a gritos, Laura Rives se rió para sus adentros, se hizo la sorda y siguió cruzando altiva la plaza.

«Si te crees que voy a subir a llevarte el desayuno y limpiaré las babas y el culo de los meaos de la noche, vas lista, so puta. Primero voy a cumplir con Dios, tengo que ir por las dos, me lo tienes que agradecer, ¡fúrcia, más que fúrcia! Que vaya suerte que he tenido con la vieja, se me cayó por las escaleras y se rompió las dos caderas, yo le hice una zancadillita de nada, pero es tan enclenque que con un soplo se cae. Pero puedes esperar dos o tres horas más, hasta que vuelva de la compra, total no te puedes caer porque estás bien atada a la cama por las manos y los pies. No me cansaré de llamarte puta, porque para traer al mundo al cabronazo de ese hijo tan putero como fue mi difunto esposo, que en gloria esté. Si, ya tiene que estar en el cielo a la derecha de Dios, porque llevo diez años rezándole diariamente el rosario, exclusivamente para él y también la letanía y cada mes le digo una misa que me cuesta cada una 50 euros. Que malísimo era el puñetero, nunca asomó las narices por misa, sólo apareció por vez primera en la iglesia cuando se casó conmigo porque sino, de mí no sacaba ni mijita, la última que la pisó, bueno por decirlo de alguna manera,

fue de cuerpo presente to tiesito, y to lo larguito que era, ahora que le fastidié bien porque le hice una misa preciosa con cuatro curas, con canto gregoriano y tan larguísima que le sirvió por todos los años de ateísmo de su vida. Me costó la ceremonia un herraje, pero quedé como la mejor viuda doliente, hay gente que todavía se acuerda.

«Lo mejor fue que acabé con él tan divinamente, que ni el médico sospechó que yo, la santa, la beata, la piadosísima Laura Rives de Solana, podría ni tan siquiera tener un malo pensamiento de asesinato. Total hasta le hice un favor a mi difunto porque era un borrachuzo y con tanto puterío iba a acabar tarde o temprano con una cirrosis, una sífilis o el SIDA, porque a saber con quien se acostaba el vicioso y donde la metía el señorito. Sólo tenía 50 años pero así que le evité para el futuro una dolorosísima y prolongadísima agonía, porque llevaba todas las papeletas de tener un cáncer y con lo quejica que era seguro que no iba a aguantar ni un dolorcito. Hasta me lo estará agradeciendo allí arriba.»

En la plaza saludó sonriente y muy educadamente a doña Elvira Bustos y su hija la mayor que llevaba un bebé en brazos. Le dedicó unos mimitos a su hijito y continuó con paso ligero hacia la iglesia.

«Anda, que esas dos si que son rameritas, se van de paseo y ni siquiera van a misa. A saber de quien es el niño, angelito ni siquiera lo han bautizado, claro, como lo van a pasar por la pila bautismal, que yo sepa la muchacha ni se ha casado y lo pasea tan orgullosa por la calle, tenía que haberlo ahogado cuando nació porque para traer otro desgraciado al mundo. ¡Ay, Dios! A mí que soy de comunión diaria no me distes ningún hijo, yo que lo iba a criar para ser sacerdote, consagrártelo a ti. Y a las pecadoras como esas les das todos los que ellas quieren, para que sean después hijos del diablo.»

En las escalinatas de la iglesia, sentado como todas las mañanas, un mendigo desarrapado pedía limosna. Laura Rives, viuda de Solana, se inclinó hacia él y amablemente le puso una moneda en la sucia mano. Se llenaba de gozo cuando oía decir al pobre hombre:

—Que Dios la bendiga señora.

Era tal su orgullo que entraba por el pórtico toda henchida y se creía Santa Teresita del Niño Jesús, que era su santa predilecta.

«Vaya asco de tío, qué peste echa, el muy vago, en vez de ir a trabajar como los hombres, viene aquí a tirarse por el



suelo y a empear el pórtico barroco tan bonito que tenemos. Además, como se descuide una, seguro que es capaz de violarla o de robarle. Tendría que venir la policía y meterlo en una mazmorra y con grilletes, en la cárcel no, porque allí viven los presos como reyes, hasta tienen cuarto individual con televisor y vídeo. El vagabundo ese viene todas las mañanas y tengo que darle una limosna, porque si no que van a decir de mí. Seguro dirían- ¡Hay que ver Laura Rives con todo el dinero que tiene y ni una sola monedita le da al pobrecillo.- Lo que no sabe nadie es que el putero y señorito Álvaro Solana se gastó en putas y en juergas toda mi herencia, que era todo un capital. En vez de darle un euro al pordiosero ese, le daba yo un tiro, no, mejor cuatro tiros por si alguno no daba al corazón.»

Una vez que se sentó en el segundo banco de la iglesia como todas las mañanas, en el primero no quería sentarse, porque le llegaba toda la saliva de don Esteban cuando explicaba la homilía, el pobre era tan viejo que babeaba, pero Laura prefería a este cura, antes que a otro joven que viniera con modernuras y que dijera la misa con prisas, terminando en un dos por tres. «Total, –se decía Laura– somos una decena de feligreses matutinos y el viejo baboso ese se las arregla medio bien.

Saludó con unos muy buenos días tenga usted a su vecino de banco, Gregorio Antúnez, jubilado solterón y de misa diaria como ella.

–Demos gracias al Señor.

«Este marica beatón, porque si no se ha casado es que tiene que ser de la acera de enfrente. A todos los maricones los mandaba yo al patíbulo. Ya hasta se casan entre ellos. ¿Dónde vamos a llegar Jesús? ¿Cómo lo permites? Este mundo es ya Sodoma y Gomorra.

–Hosanna en el cielo el nombre del Señor.

«Y esa que llega tarde, seguro que ha estado toda la noche dale que te pego y ahora no puede ni juntar las piernas».

–Gloria a ti Señor

«Y el sacristán ese tiene los cuernos como un arce de grandes, porque la mujer va todos los días a la cafetería, ella dice que con su hijo, a saber.

–Te rogamos, óyenos.

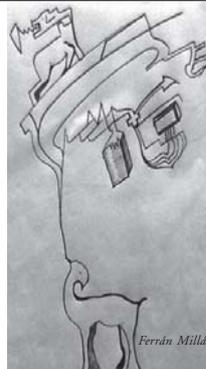
«Y la Natalia va a comulgar tan campante. ¡Qué sacrilegio! Pero si no se ha confesado desde que hizo la Primera Comunión. Si yo fuera el cura le negaba la sagrada forma, porque está junta con un tío, ella dice que es para no perder la paga de viudedad. ¡Si, si! Ni que el difunto marido le hubiese dejado la paga de ministro.»

–Perdónanos Señor.

«Y es que yo no sé para que vienen esas cuatro de atrás a la iglesia, si no hacen nada más que hablar, son todas unas lagartas y unas pecadoras, como se atreven a venir sin medias, sin velo y hasta una ha cruzado las piernas. ¡Ay Dios! tendrías que mandar otra vez el diluvio universal.

–Amén.

Vichy Fernández: Profesora. Escritora. Cofundadora de la Asoc. *La Aventura de Escribir de Nerja*. Ha publicado su obra en diversas publicaciones. Asidua tertuliana de *La Casa de las palabras*.



El Universo a Escala

Por Antonio Urdiales, **Quillo**

Un chascarrillo que me contó mi abuelo cuando yo todavía era un niño, dice así:

Estaba un hombre sentado en la puerta de su cortijo, junto a un camino, y pasó por el mismo un arriero montado en una mula, y lo saludó:

–Buenas tardes, amigo.

Y él le correspondió: Buenas se las dé dios.

El arriero prosiguió su camino y el hombre sentado empezó a pensar: «Me ha dicho amigo, pero... ¿quién es el mejor amigo del hombre? El perro... y el perro persigue al gato... y el gato se come a la rata... y la rata se come el queso... y el queso se hace con la leche... y la leche la dan los animales con cuernos... Cabrón, lo que me ha dicho ha sido cabrón». Y entró en el cortijo, cogió la escopeta, corrió hacia el arriero y le disparó: «¡Cabrón será tu padre!»

Supongo que recordé este chascarrillo porque me viene al dedo para explicarme que nos comunicamos por interpretaciones. Es decir, por aproximación.

Este chascarrillo parabólico es una metáfora, pero con dos planos significativos.

Por un lado está el plano paradójico, pero ése no es el interesante, ése es sólo el chistoso. El interesante es el del chascarrillo como metáfora de la comunicación misma. Metáfora que dice cómo cada palabra significa de un modo diferente para cada persona, porque cada persona va construyendo los entornos del significado sólo con elementos de su propia experiencia, que son los que, en última instancia, van a determinen su interpretación de la metáfora, el significado de la palabra.

La palabra –pronunciada o escrita– es un elemento meramente referencial. Un simple material de construcción. En cambio la metáfora, cuando se posesiona de la palabra y cobra vida a través de ella, nos evoca un significado diferente a cada uno, pues la metáfora tiene el poder de evocar recuerdos, y los recuerdos son individuales. Aunque paralelamente todos coincidamos en ciertas proximidades semánticas, a partir de las cuales quedamos para echar un rato de tertulia, por ejemplo.

Llegado a este punto, sólo soy capaz de construir una metáfora con la que lograr representar el hecho de la comunicación, o sea del lenguaje. Y esta metáfora es el universo.

Dos hablantes parecen tan próximos entre sí como dos estrellas cercanas entre ellas, y sin embargo en ambos casos la distancia que los separa es insondable. Entre las estrellas porque ya sabemos, y entre los hablantes porque es de tipo semántica.

Como los astros del universo, somos tantos... y sin embargo sobrevivimos tan aislados, tan distantes los unos de los otros.

EL CORAZÓN Y LA ESPADA

Por Luis Pliego Íñiguez

Sostenía la espada a la altura del corazón, contemplando la solidez de la hoja y la belleza de la empuñadura. Incansables, sus heraldos habían buscado al artesano capaz de hacerle la mejor espada que conocieran los tiempos. Ahora, tras ser defraudado por varios, tenía ante sí a quien afirmaba estar a la altura de su demanda.

-¡Sadán!

Los caballeros abrieron un amplio círculo y su mejor guerrero saltó frente a él. Lo miró como si fuera su peor enemigo y cargó con fuerza. El choque fue violento, las espadas desprendían sonidos metálicos y chispas de fuego. Entre un tintineo de espuelas, los contendientes luchaban con bravura, propinándose mandobles por el aposento, evolucionando entre las armaduras, los cortinajes y los muebles y derribando algún objeto; quienes los rodeaban los seguían con expresión atenta. A un gesto suyo, cesó el regio combate. Miró de nuevo el acero y sonrió: ni un solo arañazo, ni una sola mella. Por fin, había conseguido lo que tanto deseaba; aquel arma perfecta inmortalizaría su brazo legendario.

El artesano vio la satisfacción en el rostro sudoroso de su señor.

-Me has complacido y serás recompensado.

Aparecieron en el horizonte las huestes del usurpador. Avanzaron los caballeros, los peones y las máquinas de guerra. Acompañado por su alférez, observaba la escena desde la torre del homenaje. Ordenó que las tropas estuvieran listas, a punto los calderos de aceite hirviendo, todo presto para la defensa. Se vistió la cota de malla, se colocó el almete y esperó. A una señal de El Emplumado, el del gran penacho, los enemigos emprendieron el asalto. Las catapultas comenzaron a lanzar sus pesados meteoritos, los infantes corrían hacia las murallas llevando las escalas. Tras las almenas surgieron los arqueros, su fuerza más preciada, y lanzaron densas nubes de dardos. El aceite abrasador corría por los muros de piedra. Los pocos que lograban coronar la muralla eran vencidos por sus caballeros. El Emplumado, el gran penacho al viento, observaba desde su puesto de mando. Como si fuera un hormiguero, el bosque próximo vomitaba oleadas de enemigos. Los que caían en el asalto eran pronto reemplazados. En algún punto de la defensa, la situación se hizo crítica.

-Vamos a primera línea -dijo a su alférez.

Seguidos por el pendón, atravesaron barbacanas y recorrieron caminos de ronda. Llegados al sitio, se incor-



poraron al combate. Blandiendo su flamante espada, era un torbellino en la lucha. Los adversarios que habían conseguido entrar por la brecha, camino del puente levadizo, tuvieron en él un serio obstáculo. Su espada cortaba miembros, arrancaba cabezas de cuajo, se clavaba sin piedad en los cuerpos enemigos. Animados por su presencia, sus hombres consiguieron controlar la situación.

Volvió a dirigir la batalla desde la torre del homenaje. Al atardecer, El Emplumado abandonó el asedio dejando el campo lleno de cadáveres. El alférez le trajo informes.

-Señor, una gran victoria. Nuestros hombres tardarán días en enterrar a los muertos. Hemos capturado gran cantidad de caballos y armas.

Permanecía pensativo.

-Os veo triste, mi señor, y creo no haber motivos para ello. ¿Acaso teméis que vuelva El Emplumado?

-No, no es eso. Sabéis que no temo a mis enemigos, ni a la batalla ni a morir en ella.

El alférez aguardó.

-Habéis visto la forma en que he luchado.

-Claro, mi señor.

-Esta espada es extraordinaria, la mejor que nunca he tenido. Pero no he conseguido partir con ella ni un solo corazón: dirigía allí los golpes y se iban para otro lado. Hoy en el combate me he sentido extraño, como si no pudiera dominarla.

-No os preocupéis, mi señor. Ya tendréis oportunidad, seguro que nos aguardan más batallas. Lo importante es que el enemigo muera, no la parte del cuerpo donde se le mate.

Interrumpió al alférez con un gesto.

-Dejadme solo.

Se asomó por entre las almenas y contempló el campo: soldados que recogían a los muertos, armas por doquier, restos de fogatas, caballos que corrían espantados. Meditabundo, se volvió. Desvainó la espada y la contempló; miró la hoja intacta, brillante como un espejo, y acarició los gavi-lanes. No, no era lo mismo. Él siempre lo había creído así y así lo había hecho. No es lo mismo mutilar a un enemigo que matarlo de una vez, la muerte debía ser rápida. Había que acertar en esa diana vital de los hombres, clavar en la fuente donde nace el odio y la pasión, la cobardía y el valor, la generosidad y el egoísmo; había que matar allí donde mejor se mata. ¿Por qué ahora no lo había conseguido, si lo había hecho tantas veces? Tenía la mejor espada de todos los tiempos, mejor que ninguna de sus antepasados y que ninguna de los que le sucedieran; había hecho jurar al artesano que nunca haría otra igual y que no revelaría a nadie los secretos de su oficio. Entonces, ¿por qué no lo había logrado? ¿No había ningún pecho a la altura de aquel arma? ¿Cuánto más había de esperar? ¿A qué ardiente corazón estaría destinada?

Vestido de armiño y terciopelo rojo, paseaba con gravedad por sus aposentos. Había tenido que resistir nuevos ataques. Luego, cuando El Emplumado se convenció de que nunca lograría apoderarse de la fortaleza, salió a perseguirlo y a castigar a quienes lo habían acompañado en su felonía. Ahora había paz y orden. Sin embargo, él no estaba satisfecho. En ninguna de las batallas había conseguido matar a sus adversarios a su manera; ni una sola vez había conseguido hundir su espada en su corazón. Miró hacia la metopa donde estaba, la alcanzó y apretó la mano sobre la empuñadura de oro incrustada de esmeraldas. ¿Qué era lo que pasaba?, ¿guardaba aquel arma dentro algún maleficio, algún precio que había que pagar por poseer-la?, ¿o sería otra cosa?, ¿acaso él ya no era el mismo?, ¿quizá había perdido valor su pecho y firmeza su brazo?

Indignado, la arrojó. Entonces, en una clarividente percepción, comprendió la maestría de su paradoja: no habiendo espada que pudiera medírsele, no había hecho más que encargar la que fuera digna de matarlo. Vio al detalle cómo el acero golpeaba la pared, regresaba y venía derecho a clavarse en su corazón.

Luis Pliego Iñiguez: Nació en Santisteban del Puerto, Jaén, 1957. Ha publicado en revistas como: *Extramuros*, *Ficciones*, *Texturas*, *Cuadernos del Matemático*, *Clavileño*, *Cuadernos del Sornabique*, *Escribir y Publicar*. Autor de entre otros de libro *Cuentos Constantes* y de la novela *El hombre que carecía de estómago*.

MICRORRELATOS

Por **Fernando de Villena**

I

Éramos dos niños, sólo dos niños... Éramos hermosos e inseparables. Él más bello, más rubio; yo algo mayor... Éramos dos niños sin malicia, inocentes aún, incapaces de entender la medida de nuestros actos..., y por ello lo arrojé al profundo y negro pozo donde encontró la muerte y donde, a buen seguro, permanecen aún sus restos. Aquella tarde, en el colegio, la maestra nos leyó la historia de José.



II

Corría a través de las calles solitarias ametralladas de lluvia con la certeza de que lo seguían.

Encontró, por fortuna, un portal abierto y bajó unas infinitas escaleras. Sabía que sus perseguidores se quedaron en lo alto. Y llegó por fin a la dichosa tranquilidad de su ataúd.

III

¡Ella lo quería tanto! Lo besaba con pasión una y otra vez. Apenas si le importaba que de su dulce boca pasaran a la suya aquellos inmensos gusanos negros.

IV

Un jardín puede ser una selva si se tiene mi tamaño; el tronco de un árbol puede compararse con un camino infinito... ¿Cómo explicaros, entonces, todo el horror que siento, inmóvil ya, al ver las fauces de la araña que se acerca.

V

Había logrado rebasar los ciento ochenta kilómetros y después los doscientos. La sensación de triunfo le acompañó aún varios minutos hasta que reparó en que ya y para siempre conduciría en aquel mismo punto de la carretera.

Fernando de Villena: Granadino, poeta, narrador, profesor. Autor entre otros de los libros, en novela: *El desvelo de Ícaro*, *Atlántida Interior*, *El hombre que delató a Lorca*, *Sueño y destino*; en poesía: *Poesía (1980-1990)*, *El Mediterraneo*.

LA NIÑA Y EL JARDINERO

Cuento africano

Por **Juan Bruca**

En esta época turbia del final de las colonias, todos los negros, humildes empleados de la plantación, hasta capataces con chicote, tenían por probado que su país iba a la catástrofe, por estar convencidos de la superioridad del hombre blanco que para mayoría de ellos se expresaba en su facultad de leer libros y periódicos, escribir y recibir cartas y, con sumo maquiavelismo, alistarles, con sus nombres y apellidos caligrafiados, en los inmensos registros de páginas cuadrículadas y tapas negras donde se concretaba su sujeción y —pensaban— se encerraba su alma.

Por eso, era tan fuerte su ansia de apropiarse de los usos y maneras de sus dueños, así del idioma que ya, más o menos, sabían imitar y que algunos atrevidos, recogiendo en cualquier sitio páginas sueltas de periódicos, conseguían deletrear sin mucho entendimiento unos títulos de letras grandes.

Vivían el terrateniente y su familia en la finca misma en una casa inmensa con verandas y tejado de chapa roída, ubicada cerca de la orilla del mar, bajo la sombra ligera de altos cocoteros, dentro del murmullo perpetuo y suave de los vientos alisios meciendo las palmas, como si fuera la voz apacible de los dioses dialogando con la naturaleza. Viudo y sesentón, tenía el patriarca un hijo mayor amancebado con una bella mestiza, muchos nietos y nietas de tintes variadas y una hija pequeña de seis años que adoraba, nacida a destiempo, rubia y vivaracha, casi abandonada al cuidado de una servidumbre numerosa: el cocinero y su pinche, una doncella, un chófer, el jardinero y el guardia de noche, un *mossi* terrible de las tribus guerreras del norte, pertrechado de armas rústicas, con su lanza, su arco y sus flechas envenenadas.

Cada día —desde las diez de la mañana, quedándose hasta las cuatro— venía de la misión vecina una maestra a dar clase a la niña y alguna vez, con el permiso del padre, lecciones de piano y canto.

Así se educaba la pequeña, al contacto de la naturaleza, del mar, de la prole pletórica de los peones, burlando siempre las consignas del padre ausente y la atención respetuosa de la servidumbre que, a pesar de su poca edad, la consideraba como la dueña de la casa y, por su dechado de diosita rubia, tan diferente de sus propios hijos, como el sol y la reina del hogar.

Después de recorrer todo el día los cultivos, solía el padre acabar su jornada en el *círculo** con sus iguales, a comer y beber, jugar a las cartas y hablar de negocios, dejando la pequeña acostada muy temprano, al cuidado de la doncella. Pero prefería la niña la compañía del jardinero, un hombre bastante joven, amable y muy servicial —con todas las virtudes del negro bueno— que durante el día, en el tiempo que robaba a los estudios, le enseñaba cosas de la naturaleza, le traía flores extrañas, frutas silvestres o animalitos raros, como



conchas o caracoles, cangrejos veloces de pinzas enormes, escarabajos nocturnos con aspectos monstruosos de guerreros japoneses, mariposas brillantes, lagartos coloreados de cuello inflable, camaleones de andar prudente, pangolinos dormilones de escamas punzantes y larga cola prensible, puercos espín, hasta serpientes diminutas y arañas enormes, muy venenosos, que le enseñaba a reconocer y evitar.

Fingía dormirse y después de acostarse la doncella en su cuarto, se levantaba y se juntaba con él en un rincón del inmenso salón, tras la biblioteca, donde tenían conciliábulos, a base de relatos imaginarios, de fábulas africanas el jardinero pobladas de zorros sabios y hechiceros vengativos, de cuentos maravillosos la pequeña que le leía su maestra, sacados de remotas antologías, donde hadas de largos cabellos de lino y varita mágica castigaban a los malos y recompensaban a los buenos.

En éstas veladas prohibidas, la niña y el jardinero se encontraban tan a gusto que, muchas veces, se quedaban dormidos los dos en el canapé y una noche de lluvias intensas, como sólo caen bajo los trópicos, se quedaron sorprendidos unos ladrones al toparse con ellos y huyeron despavoridos.

Al poco tiempo de empezar a leer y escribir la pequeña, tomaron otro giro sus relaciones pasando de la simple oralidad de los *griots** al iniciarse y sumergirse el jardinero en otra cultura más gráfica que hablada, con nuevas perspectivas de entendimiento a las que todos los suyos querían acercarse. Entonces, encerrados ambos en su secreto como dos principiantes de un nuevo culto, apartados en tiempo y espacio llenos de los rumores del entorno salvaje, de los chillidos de los monos robando plátanos, de los ecos insinuantes del *balafón** evadidos de las veladas y bailes de los negros, del rumor del océano próximo, operó la magia...

No se sabe a ciencia cierta cuánto tiempo duró la cosa. Pero en una de aquellas tardes de fin de semana que el padre

consagraba a quedarse con la pequeña ocurrió algo raro. Mientras le enseñaba –sentados los dos a la sombra del viejo *kolatier**– como empezaba a leer correctamente, escribir mejor, y dibujar también en sus múltiples cuadernos, aprovechándose de la ocasión, el chófer, que tenía con el dueño un trato privilegiado, acompañado de uno de los peones de la finca, se aproximó, pidiendo permiso para hablarle. Otro caso de solicitud, por dinero, por empleo, por denuncia o cualquier motivo –pensó el padre sin sorpresa. Como sucedía habitualmente, sea por falta de cordura, por miedo a expresarse mal o más bien para dar a su demanda el toque de solemnidad que requerían los usos, el solicitante entregó su papeleta escrita por otro, generalmente por uno de los escribanos públicos de la capital amaestrados por viejos letrados de las misiones, respetuosos de las jerarquías.

«Estimado patrón,

Que Dios te bendiga, a ti y a tu familia y te guíe por las vías del bien. Me llamo Toussaint Bakayoko y vivo en la casa 22 de la plantación. Tengo ocho hijos y dos mujeres. La primera que es la madre de todos y es muy buena cocinera, la segunda que es más joven pero que gasta mucho dinero. Necesito mil francos para repudiarla e indemnizar a sus padres, recobrar el sueño perdido y la tranquilidad y trabajar mejor. Seguro que me vas a entender tú que sabes mucho de todo eso. Muchas gracias. Que Dios te proteja y te dé larga vida.

Tu muy respetuoso servidor,

Toussaint

Se quedó sorprendido el padre por el tono nuevo de la carta, su brevedad y la relativa escasez de las fórmulas habituales de alabanzas y sumisión. Dirigiéndose al solicitante le preguntó:

–¿Cómo está tu cuenta en el libro?

–Apurada patrón. Acabo de reembolsar el último adelanto.

–Muy bien. Mañana, preséntate ante el contable. Te dará quinientos y veremos...

Se fueron ambos, muy satisfecho el peón y el padre plegando cuidadosamente la hoja de papel arrugada, introduciéndola en el bolsillo de su guayabera.

En la tertulia nocturna seguían progresando los dos compinches, ora leyendo poesías sencillas la niña, ora contando con ejemplar reciprocidad el jardinero historias breves de hechiceros crueles, castigando a ladrones, a mujeres adúlteras o dando de beber pócimas a los enemigos del jefe de la tribu. Fue en esta época cuando empezó a redactar la nena textos cortos inspirados por lecturas desordenadas de libros que cogía en la biblioteca, llenos de seres extraños andando en mundos imaginarios como si fuesen de otros planetas, exentos de necesidades orgánicas como dioses de un nuevo Olimpo. Mientras tanto seguía el jardinero, en sus relatos, pegado a la tierra seca que cuidaba sus antepasados en el norte austero de donde venía, pero atento en la actualidad en producir buenos alimentos, raíces nutritivas, hortalizas y frutas que

eran su orgullo y lucían en la mesa de la casa, soñando en sus continuas narraciones en protegerlos de la sequía, de las lluvias excesivas, de las plagas y los depredadores y así, llenando graneros míticos, evitar a su gente hambrunas y pestes endémicas.

Tiempos después, se puso la niña a recopilar las relaciones del jardinero en las que ocurrían cosas impensables. En las noches sin luna, en el bosque sagrado, se reunían hechiceros ubicuos disfrazados de fieras, las manos armadas de garras de hierro, y emborrachándose de vino de palma, desenterraban muertos recientes y se comían sus vísceras. Se estremecía la niña pidiendo explicaciones que no sabía darle el jardinero, diciendo que era la costumbre que imponían los caciques para no descontentar a los espíritus y recobrar el poder y el resplandor de los antepasados del reino. A pocos días, después de transcribirlas en sus cuadernos, las releían juntos con mucho gusto, no tanto por repetirse las evocaciones sino que por el hecho de haberse fijado por la escritura, se habían distanciado y tomado la fuerza de la ejemplaridad...

Fue en estas disposiciones, en la exaltación nacida del fervor para las cosas ocultas, cuando –aprovechándose de que los negros nunca salían de noche por miedo a enfrentarse a seres malévolos, usando ya sin saberlo de su poder naciente– empezaron a bajar a la playa a ver, refluyendo la marea, la multitud de fosforescencias moviéndose en la arena juntarse a las miríadas de luciérnagas. Se quedaron maravillados y casi sorprendidos por el alba naciendo del mar volvieron a casa tiritando por el frío y la humedad.

En algunas ocasiones, desaparecía el jardinero unos días sin previo aviso. Le buscaban los capataces y la gente del hogar. Volvía siempre trayendo algún animalito desconocido, con pinta rara: lagartos de piel desnuda que vivían hundidos en la arena, dragoncitos coloreados o cocodrilos apenas salidos del huevo pero que ya sabían morder y no desclavar las mandíbulas. O también collares de perlas de vidrio pulidas a mano de tonos azules, bolitas de ámbar encerrando una hormiga grande, diminutos cascabeles de bronce de sonidos raros o bolsitas de cuero trabajado que contenían amuletos.

En la plantación empezaron a multiplicarse las cartas que llegaban por vías misteriosas hasta el despacho del responsable de las escrituras, con multitud de reivindicaciones, tanto personales como expresadas en el nombre de la comunidad indígena, como si alguna veleidad de cambio en el orden establecido se fomentara. Ahora, *Adama* –era el nombre del jardinero– desaparecía por la noche sin temor y los días siguientes, como pájaros desconocidos, se encontraban folletos caligrafiados volando hasta la playa, con textos inflamados reclamando el reparto del dominio entre los jornaleros que la niña, ya a sus once años, leía con júbilo, pidiendo explicaciones a su amigo.

–Dicen los de la ciudad que es la única manera de obtener que se vayan los colonos, denunciando que se aprovechan del fruto de nuestra tierra y nuestro trabajo para enriquecerse y vivir sin hacer nada lo mismo que nuestros hechiceros con sus malas prácticas. De noche nos reunimos con ellos. Se han enterado de que ahora sé leer y escribir pero

siempre me he negado a hacerlo por esta causa. Tendré que abandonar la Costa y volver al Norte.

–Bueno. Pediré a mi padre que me autorice a acompañarte. ¿No me has contado que en tu país las mujeres pueden casarse a las doce?

–Sí. Es la costumbre. Pero el pretendiente tiene que pagar para conseguirlo y entregar dinero a los padres de la novia. Por eso he venido aquí a ganarlo.

–Me casaré contigo sin dinero. Pero tendrás que pedir mi mano a mi padre, escribiéndole, claro –se rió la niña con toda la inocencia de sus poca edad.

–Y de esta manera, pensará que soy yo quién inspira y sirve la futura revolución...

Era ya de madrugada cuando semanas después, volviendo de la playa donde habían pasado la noche contando las estrellas, encontraron la casa ardiendo. Por suerte o precaución, el padre se había quedado a dormir en el club y la niña escondía sus tesoros, sus libros y cuadernos, en la cabaña del huerto donde el jardinero guardaba sus aperos. Se mudaron en la ciudad y el jardinero, con algún dinerito y sus pocos enseres, cogió el tren para el norte dejando su dirección a la niña...

Se dice que acabó por ser el último narrador de su pueblo, sucediendo a su abuelo *griot* por no confiarse a la escritura pero con un repertorio enriquecido por lo recogido en sus largas veladas con la niña blanca de largos cabellos de lino y vocación de cuentista.

**círculo, club / griot, narrador, memoria hablada de los pueblos africanos / balafón, instrumento rústico de percusión afinado con calabazas huecas de sonido extraño y de extraordinaria propagación / kolatier, árbol de hojas perennes semejante a magnolia que da nueces comestibles ricas en afrodisíacos.*

Juan Bruca: Burdeos 1925. Afincado en Almuñécar. Escritor-traductor bilingüe, amante del género negro. Premio de Novela Negra (Caïn-Gallimard, 92) por *Reflets dans un Oeil Froid* (*Reflejos en una Mirada Fría*). Ha publicado en revistas como Caïn, XYZ, NYX, Albatros, Noroît... En español ha tocado todos los géneros: poesía, teatro, narrativa, guiones, columna periodística. Es miembro fundador y del consejo redactor de esta revista, colaborador del Semanal *El Faro* y autor del libro *Novelas non Ejemplares* (Úbeda 93); así que de *Cuerpos Celestes o el Viaje Grande y Gaviotas, Pelicanos, Albatros y Avestruces* por publicar.

REDENCIÓN

(del libro *Claroscuros*)

Rodrigo Manso de Zúñiga

Negar lo que es y explicar lo que no es.

Jean Jaques Rouseeau (*La Nouvelle Heloïse*)



La historia es una secuencia de acontecimientos que de una forma u otra alteraron el ciclo natural de la vida en la tierra, geográfica, política y socialmente. Y el hombre, por haber sido dotado con la facultad de pensar y razonar, es responsable de anotar estos acontecimientos.

Al principio y por carecer de otros medios, estos hechos se transmitían verbalmente de padres a hijos, lo cual no era muy fidedigno, ya que cuando el relato llegaba a la quinta o sexta generación, la historia no era ni sombra de la original.

Con la aparición de la escritura llegó el historiador que dejaba escrito todo cuanto ocurría en la parte del globo donde él vivía. En este caso el analista se dejaba influenciar por su regionalismo o por sus convicciones políticas del momento. Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno y otros muchos, quedaron en la historia como grandes hombres y estadistas. Pero nos falta saber la opinión de los cronistas de los pueblos conquistados, a los cuales, claro está, no se les permitía opinar ni escribir nada que fuera en desfavor de sus nuevos amos. Por lo tanto, ninguno de los dos sistemas, ni el hablado ni el escrito, da una versión fehaciente de los hechos.

Según el historiador judío Josefo, Jesucristo no fue más que un agitador social que fue juzgado y ejecutado como tal. Esto está en desacuerdo con las Sagradas Escrituras, que son historias y leyendas del pueblo judío legadas verbalmente de generación en generación hasta sus últimos autores. En éstas se asegura que Jesucristo era el Mesías o el hijo de Dios encarnado en la tierra.

Si aceptamos la historia escrita como auténtica, tenemos que aceptar que Jesús y sus apóstoles eran un grupo de hombres que estaban fuera de la ley. En este caso lo lógico es pensar que Judas fue un patriota que entregó a la justicia al líder de los sediciosos. Sin embargo al bajar a la tierra como hijo de Dios, el Nazareno tenía que saber exactamente cuál sería el curso de los acontecimientos hasta su crucifixión. También aquí es lógico pensar que al elegir a sus discípulos lo hizo con el exclusivo propósito de designarles un papel específico en la historia y que ellos sabían desde el principio cuál iba a ser el papel de cada uno. Judas, por tanto, conocía de antemano que el suyo era el de *traidor* y que su nombre iba a quedar en los anales como símbolo de traición.

Muy mezquino tenía que ser Dios que después de escoger a un hombre para que tuviera el cometido de traidor y cumpliera con las profecías, le condenara luego al fuego eterno.

Es mi opinión que el espíritu de Judas, al dejar su cuerpo desde el árbol del que se colgó, pasó directo a disfrutar del paraíso a la diestra de Dios Padre.

Rodrigo Manso de Zúñiga: Madrid, 1927. Pasó su niñez y parte de su juventud entre la capital y la campiña segoviana. De esta época conserva un profundo amor por la naturaleza y los espacios abiertos. Licenciado en Marina Civil por la Escuela Náutica de Bilbao, navegó muchos años en barcos de diferentes nacionalidades y, tras largas temporadas en Inglaterra, reside actualmente en Madrid o La Herradura. Autor de las novelas: *La Bitácora* y *La caza*, y los libros de relatos, *Claroscuros* y *Dédalo*.

HOMERO EN LA CIUDAD

Por **Guillermo Diez**

Días antes de quedarse ciego el viejo del séptimo, cada mañana, después de desayunar, se ponía las gafas y sacaba del bote donde acumulaba calderilla dos piezas de moneda: una de dos euros para comprar los periódicos que leía asiduamente y una de cincuenta céntimos para entregar al mendigo de la esquina. Un borracho empedernido éste, que bebía vino de cartón hasta no poder más, ensuciaba el portal, nunca daba las gracias y, a rato, rompía a insultar a los vecinos por burgueses ricachones, rentistas tacaños, ratas, que por no pasar por indiferentes a la miseria de los desfavorecidos ponían, con ostentación hipócrita, perras en su boina sucia

Fue en el quiosco, en el momento de pagar los diarios, que este sábado se dio cuenta de que se había equivocado. Sólo le quedaba la de cincuenta con lo que dedujo que venía de entregar la de dos al pordiosero bebedor.

Después de excusarse y sacar del bolsillo del pantalón un billete de cinco, aunque algo tocado por mal augurar del porvenir el incidente, se fue a casa sonriendo amargamente. Ni siquiera había notado la reacción de sorpresa del tío. Bueno —pensó queriendo restar importancia al tropiezo—, mañana domingo se ofrecerá vino embotellado y se pondrá más urbano con las vecinas que camino de la iglesia estarán un poco más generosas. Pero no tanto como para favorecer el vicio —decían ellas en coro parroquiano.

Cualquier periódico en este traspaso anual repasaba a saciedad malas noticias dentro de una profusión de hechos sin controlar, salpicando páginas de casos criminales, reanudando con la cuenta de mujeres asesinadas —extranjeras éstas—, brutalidades grabadas de adolescentes, extorsiones, corrupciones, éxitos deportivos de segunda mano, dentro de montones de estadísticas que, según el origen de la mirada, tendían a afirmar que todo iba bien o peor, en una especie de rutina caótica, competitiva, aderezada de reflexiones filósofo-periodísticas, humor de cuerpo de guardias, contre-pèteries* mentales nauseabundas, que intentaban llenar el vacío del pensamiento actual sin aguar tantas obsoletas trivialidades navideñas, findeañales y mágico-reales y espantar al espejismo del rey dinero reflejado en pletórica publicidad. El todo atado sin hilo, dentro de la Red, a modo de paquete-selva informativo, sujeto con la fuerza paralizante del bejucal, resonando a jingles individualizados, tal gritos sintéticos de nuevas mascotas fetiches más exigentes que serviciales.

Pasadas unas semanas sin algo notable, después de reanudarse la distribución del correo y por eso hurgando en el buzón, encontró el futuro ciego un sobre cerrado pero sin sello, repleto de monedas. Con las gafas limpias y



Pieter Bruegel el Viejo

buena luz mañanera, se puso a identificarlas y evaluar la cantidad. Exactamente un euro cincuenta, con monedas de todo calibre: dos de veinte céntimos, tres de diez, diez de cinco, cinco de dos y veinte de uno. Cuarenta, ni más ni menos, sin ninguna palabra de nadie ni nada de sobra. Una restitución inesperada del trop-perçü* que hundió el viejo en un abismo de perplejidad.

Sin buscarlo, sin linterna, en la noche que le llegaba encima, había encontrado el hombre desaparecido.

Semanas después, al fallecer, viudo ya y sin heredero próximo que hubiera merecido atención, fue el notario que al abrir el testamento esparció la novela. El borracho de la esquina se quedaba con todo. El piso del que conocía sólo el portal, con las pinturas, la biblioteca repleta, las enciclopedias, los atlas, los álbumes de arte, las colecciones, el piano de cola con las partituras, los manuscritos, las fotografías, las cartas de amor y los bons baisers de Russie y otra parte, todo lo que había llenado una vida muy larga de mujeres, de viajes, de travesías de desiertos con mucha arena y pocas oasis, mujeres otras veces, de vaivenes de ideales a experiencias fallidas, de felicidades efímeras y recurrentes decepciones.

Todo aquello que iba a convertirse en toneles, barricas, ríos riojanos de vino tinto. Hasta del bueno, lo que abriría un reto esperanzador y quizá libraría el bebedor de la esclavitud —pensó, antes de firmar, riéndose, y declarar que no lo hacía bajo ninguna presión ni amenaza, ni bebido, sino por lo que veía —sic— acercarse del mundo nuevo dentro de la ceguera colectiva, por el que apostaban los tuertos, los miopes, los daltonianos, los hipermetropes y los demás que sólo no veían más lejos que en su restringido entorno, chapoteando en la cloaca, buscando bajo los pies algún relieve de ladrillos, olvidados de la última tormenta constructivista, para retomar pie y sobrevivir un rato más.

* *lapsus lingüe, equivocación por intercambio de letras o sílabas dando otro sentido a la expresión y —a veces— revelador del subconsciente. En su forma voluntaria juego de palabra generalmente de mal gusto equivalente virtualmente a tirar pedos fuera de propósito (contre-pèter).*

** cobrado de más, sin justificación.

Guillermo Diez: heterónimo de Juan Bruca.

LA MIRADA EN EL CINE

Por **Pilar Barrenechea**

Cine es la mirada de la Bardot erótica y provocativa en *Y Dios creó a la mujer*.

La mirada chulesca y despectiva de Vittorio Gassman en *Al final de la Escapada*.

La mirada miope de Marilyn Monroe en *Con faldas y a lo loco*.

La mirada maldad única de Marlon Brando en *Apocalipsis Now*.

La mirada desgarrada por el dolor ante el hijo muerto de Anna Magnani en *Mamma Roma*.

La mirada perro apaleado y sometido de Alfredo Landa en *Los santos inocentes*.

La mirada tierna de Chaplin en *Candilejas*.

La mirada psicópata de Anthony Perkins en *Psicosis*.

La mirada «que os den» de Mae West en todas sus películas.

La mirada inteligente de Groucho Marx. No era marxista.

La mirada bobalicona de Romy Schneider en *Sissy Emperatriz*.

La mirada sucia de Orson Weells en *El tercer hombre*.

La mirada lasciva y caliente de Anita Ekberg en *La dulce vida*, que resultó ser *vita*, pero no *dolce*. Europa, Europa.

La mirada inocente y soñadora de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*.

La mirada «no estoy aquí» de Buster Keaton en todo Buster Keaton.

La mirada bondad infinita de Enrique Irazoqui en el *Evangelio según San Mateo*.

La mirada «voy a hacer justicia de una vez por todas» de Gary Cooper en *Solo ante el peligro*.

La mirada «se ve, pero no se toca» de Marlene Dietrich en *El ángel azul*.

La mirada libertaria de Kirk Douglas en *Espartaco*. Gracias, Kirk.

La mirada come hombres de Ava Gardner en *La noche de la iguana*.

La mirada de odio inmensurable de la mamá de *Bambi*. La mirada judío apaleado de Frank Sinatra en *De aquí a la eternidad*.

La mirada derretida y maricona de Rodolfo Valentino en *El hijo del Caid*. Qué empalago.

La mirada adolescente con problemas sin problemas de James Dean en *Rebelde sin causa*.



La mirada «a por la pasta» de Paul Newman y Robert Redford en *El golpe*.

La mirada «quiero y no puedo aterrorizarte» de *El capitán Garfio* en Peter Pan.

La mirada «qué listos somos los ingleses» de Sean Connery en *El hombre que pudo reinar*.

La mirada pobre puta y puta pobre de Shirley MacLaine en *Irma la dulce*.

La mirada perdonavidas de Tom persiguiendo a Jerry en *Tom y Jerry*.

La mirada glotona e insaciable de Michel Piccoli en *La gran comilona*.

La mirada asesina y antropófaga de Anthony Hopkins en su Hannibal Lecter.

La mirada macarrilla de barrio de John Travolta en *Grease*.

La mirada eternamente enamorada de Gary Grant haciendo de sí mismo. Cuanto gay en el armario del celuloide.

La mirada ignorante forever de Burt Simpson en *Los Simpson*.

La mirada maquillada y con rímel de Greta Garbo en *Cristina de Suecia*.

La mirada desolada de King Kong en *King Kong*.

La mirada sur profundo de Paul Newman en *La gata sobre el tejado de zinc caliente*.

La mirada roja y desierta de Clint Eastwood en *La muerte tenía un precio*.

La mirada sal mediterránea, amo la vida y la muerte, de Anthony Quinn en *Zorba el griego*.

La mirada para tahúr del Mississippi y para listo yo, de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*.

La mirada azul plomo, y cuidadito que soy británico de Peter O'Toole en *Lawrence de Arabia*.

La mirada lujuriosa y maligna de Lana Turner en *El cartero siempre llama dos veces*.

La mirada te enamoro de Alain Delon en *El Gatopardo*.

La mirada quiero ver el mar de Jean-Pierre Léaud en *Los 400 golpes*.

La mirada a dónde nos llevan? de Gaspar Manesse en *Adiós a los niños*.

La mirada boba, boba, boba de Mia Farrow en *El gran Gastby*.

La mirada hombre desvalido y alienado de Mastroianni Marcello en *Ocho y medio*.

La mirada ni un cuerno más y a por él de Simone Signoret en *Las diabólicas*.

La mirada de ver quien me desvirga esta noche de Brooke Shields en *Pretty Baby*.

La mirada decentemente encanallada de Billy Bob Thornton en *El hombre que nunca estuvo allí*.

La mirada nocturna, paranoica y de «a la violencia con la violencia» de Robert de Niro en *Taxi Driver*.

La mirada mierda, joder esto es la puta guerra de Matthew Modine en *La chaqueta metálica*.



La mirada a los indios que vienen los caballos de John Wayne en *La diligencia*.

La mirada estoy instalada en la locura de Betty Davis en *Qué fue de Baby Doll*.

La mirada siniestra y revuelve tripas de Robert Mitchum en *La Noche del Cazador*.

La mirada para esto hicimos la revolución? de Maria Schneider en *El último tango en Paris*.

La mirada quiero ser papa de un precioso niño de Nicolas Cage en *Arizona Baby*.

La mirada Caín ibérico de Francisco Rabal en *Llanto por un bandido*.

La mirada pacifista de Gary Cooper en *El árbol del ahorcado*.

La mirada cartón piedra de Charlton Heston en *El Cid*.

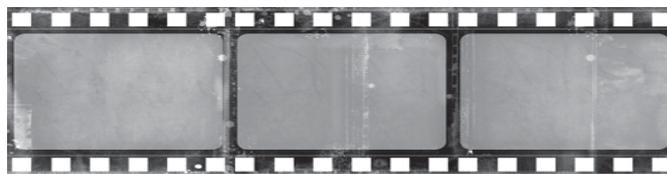
La mirada vampiresa y castiza made in Hollywood de Sara Montiel en *El último cuplé*.

La mirada qué divina soy y soy divina de Carmen Maura en «*Carmen con Almodóvar*».

La mirada infatigablemente obsesiva de Gregory Peck en *Moby Dick*.

La mirada Dios perdónalos, no saben lo que hacen de Fernando Fernán Gómez en *La lengua de las mariposas*.

La mirada esquizofrénica y perturbada de Jack Nicholson en *El resplandor*.



Pude atrapar esas miradas desde los días de mi primera infancia. De la mano de mi padre descubrí la magia de la sala negra.

Todos mis sentidos se activaban, los ojos más que ningún otro y con ellos mi mirada, que se dejaba ir sobre las grandes praderas del lejano oeste americano. Las diligencias. Los forajidos. La dulce muchachita de Boston siempre dispuesta a caer en los brazos del apuesto teniente rubio de ojos azules del Séptimo de Caballería. Los indios defendiéndose como hombres de bien contra los hombres de mal. Tucson, el *saloon*, el piano, el güisqui, la chica descarriada, el pistolero, el bueno, el feo, el malo, el sheriff, el juez de la horca.

El predicador salva almas para la eternidad hoy, y jugador ventajista de póker, mañana. Mi mirada azul suecia y el terror en mis pupilas. Los indios rodeaban con sus caballos la diligencia y John Wayne no acudía a rescatarme. Entonces huía a galope tendido cabalgando sobre la butaca de mi cine. Todos los cines eran un poco míos. Mí mirada sobre las caderas sensuales del bueno, siempre dispuesto a desenfundar y ser el más rápido a este lado de la frontera. Siempre estábamos en la frontera a la conquista del Oeste. Los duelos al sol y las partidas de póker con el tahúr del Mississippi a bordo del River Boat. Toro Sentado y los cien mil hijos de todas las tribus Siux enterraron el rifle y la cabellera rubia, homosexual, del cerdo del general Caster.

Las grandes estancias del sur. Las plantaciones de algodón. Los esclavos, *si mi ama, lo que la niña diga, mi ama*. Quince años y acudir al primer baile del brazo de mi padre hacendado de pro, oriundo del Medio Oeste, y mi madre que entraba en carnes, contemplaba con envidia por el rabillo del ojo, mi cintura de avispa, mientras yo, pavisosa y engréida anotaba en el cuaderno rosa de

baile todos los bailes a mis enamorados. Beber ponche y correr al jardín de las magnolias perseguida por un enjambre de guapísimos galanes... de cine.

Mi mirada sobre ciudades donde la luz de los neones brillaba en la noche como el sol del desierto. Gansters, asesinos a sueldo o por libre, matando y matándose por vender una caja del alcohol prohibido o por colocar una dosis adulterada de heroína. El poli bueno, el malo, la novia abnegada y cornuda. El honorable ciudadano corrupto que inunda la ciudad de dólares a la compra de votos. Quiere ser gobernador del Estado. Y sale elegido.

La muchacha de Little Italy católica y recatada esperando casarse con su novio irlandés católico, de sexo caliente, con urgencias de veinte años. Para engendrar sin desmayo una prole de rubísimos y sanos muchachotes y hacerlos yankees.

Mi mirada soñando con muchachos que venían a recogerme en sus flamantes Cadillacs modelo del 59. Con esmoquin negro, pajarita negra, zapatos brillantes y negros. Gomina y mucha brillantina en el pelo. Rubio absoluto, por supuesto. Y el gran baile en el *gym* del Instituto. Y el primer beso. Y mi vestido de tul azul pastel. Y el rock and roll. Y Boby Darin cantando para él y para mí. Frank Sinatra susurraba en mi oído palabras de amor cuando salía en la 46 y tomaba a velocidad zapato de tacón imposible, el metro de vuelta a mi apartamento de la 54 con Lexington Avenue.

Y Doris Day en pijama rosa, pastelazo, desayunando succulentos manjares en cocinas que parecían la representación misma del paraíso. Cómo soñé con esas cocinas fantásticas y con Rock Hudson aún más fantástico. Después el sida lo sacó del armario a empujones, pero para entonces yo ya no era su más rendida adolescente enamorada.

Las avenidas, las plazas, los parques de N. Y. Las calles de San Francisco, Chicago, Detroit, ponían alas a mis pies encadenados a aquellas tardes de sábado con lluvia impertinente. Mi infancia olía a lluvia, siempre fresca, nueva y a cine de barrio con desinfectante.

Todo el cine era el cine de los mancos, a excepción de las diez primeras filas, que era mi reino y el de la chiqui-

llería. También era el reino del chicle, las pipas y las piruletas.

La mirada de Monty Cliff me salvó de la melancolía. La censura franquista, monjil, meapilas, me robó todos los besos del chico y la chica en la escena final, en el End. De manara irremediable, cuando sus labios iban a fundirse en un interminable beso, las luces de la sala se encendían o la pantalla se fundía en negro dictadura. Cómo los odio, eran mis besos y no quiero ni puedo perdonarlo.

Pasear por Mannhatan y bailar bajo la lluvia cantando y sin mojarse. Para eso pagaban a Gene Kelly. Ser Gigi con zapatillas rojas en París. También la novia de Tarzán encantada con no tener que hacer la compra, ni cocinar,

ni fregar los platos. Todo el tiempo de árbol en árbol cabalgando sobre la robusta espalda de mi héroe. La princesa de cuento de hadas por las calles de Roma en vacaciones cuando Roma empezaba a olvidar los horrores del fascismo y Europa era cosa de los americanos. Después los americanos fueron *cosa de todos*.

Y Maria enamorada, *I am pretty, very pretty* West Side Story. Bailé y bailé durante años en mi West Side y sin historia.

Gritaba excitada para alertar al bueno de que el malo estaba a su espalda dispuesto a matarle. Era maravilloso, el bueno siempre me escuchaba. Después caía en sus brazos que me apretaban contra su pecho fornido

con pasión... y el censor una vez más nos robaba el beso. Con Gregory Peck disfrazada de grumete navegué intrépida por los peligrosos mares del sur de... Gran Canarias. Yo alerté al obsesivo capitán Akab de la presencia de la ballena asesina. La rebelión de la Bounty, velero armado de su majestad británica, fue cosa mía. Me había enamorado, una vez más, de un nativo que quitaba el sentido y quería permanecer a su lado y para siempre en la paradisíaca Tahití.

Burt Lancaster pirateaba risueño y burlón por mares de estanque y maqueta. Pero a este lado de la pantalla sentíamos que nuestra cara se mojaba con la espuma blanca de las olas.

Cazar leones en África y perseguir a Clark Gable por la selva misteriosa llena de espantosos peligros. Ser la ab-



negada enfermera del guapísimo doctor blanco. Aunque llegado el momento de curar, irremediablemente me desmayaba y me deja ir al suelo etérea, ojos en blanco o algo así y con la falda de pliegues que permanecía perfectamente colocada sobre mis piernas y el salocot crema tostado graciosamente caído sobre mi frente. El tan-tan misterioso e inquietante, sonando en los tambores de los nativos y sus danzas rituales, eran la banda sonora de las películas. Éramos infatigables en la búsqueda de las minas del rey Salomón. Había minas de diamantes pero estaban en Sudáfrica, al resguardo de los amos del apartheid.

Elvis, blanco negro, puso sus vaqueros en mis piernas y el ritmo de su pelvis me hizo bailar rock and roll hasta desquiciar a mi madre. Los obispos me excomulgaron o eso deseé fervientemente, y los vecinos dejaron de saludarme en la escalera. Lo que resultó todo un alivio.

Bogart me invitó a mi primer cigarrillo. Puso en mi boca un celta corto y sin boquilla. Cuatro cincuenta pesetas el paquete. Las broncas en la casa eran más caras. Mi mirada se llenaba de Rimel negro y exhalaba el humo emulando a Jean Moreau. Un día el humo de mis celtas me hizo deseable a los ojos de los amigos de mi hermano y a los ojos de aquél muchacho que vendía coches en el único concesionario Mercedes de mi pequeña ciudad de provincias. Supe que él no amaba el cine, simplemente le gustaba y dejó de interesarme.

Roma cayó rendida a mis pies de Cleopatra, desde los decorados cartón piedra de los estudios de la FOX. Mi mirada Elizabeth Taylor azulvioleta enloqueció a Julio César Rex Harrison, y ató mi peluca negra sintética a Richard Burton inaceptable Marco Antonio. Las Peplums distorsionan la Historia.

Crecí con la mirada del cine y mi mirada en sus miradas. Una tarde con lluvia y con la sala del cine vacía, para mí sola, descubrí que Europa también hacia cine y que este tenía su propia mirada, pero esa es otra historia. Y hasta hoy, cuando todavía mi corazón late acelerado apenas las luces de la sala me dejan ante la magia de una pantalla que plano a plano, escena a escena, secuencia a secuencia, se puebla de sueños.



Pilar Barrenechea: Tiene 61 años. Pertenece a la asoc. *La Aventura de Escribir* de Nerja. Asidua tertuliana de *La Casa de las Palabras*. «Dedico mi tiempo a criar a mi primer nieto y entre biberón y biberón, pañales, comidas, salidas al sol, baños nocturnos, siestas y juegos, escribo cuando puedo y como puedo».



EL CUADRO

José Vasanta

Fortunata quería sentirse hembra, artista, triunfadora. Un enfurecido torbellino le corría por el cuerpo, la zarandeaba por las esquinas, siendo arrastrada como paja seca hacia ninguna era. Esa inanidad le roía las entrañas. Le impedía palparse las heridas, respirar hondo, beber agua clara. Se veía desnortada, vasija olvidada, golpeada por una imperturbable monotonía. Intentó gritar, sacar pecho, pregonar sus carencias a la primera oportunidad, así como protegerse de fatales sacudidas. No pudo permanecer más tiempo a la vera de ese negro río, que la ahogaba.

Era hermosa. Cuerpo esbelto, cintura ceñida. Unos zapatos rojos de gigantes tacones coronaban sus piernas de bailarina con aires de princesa, haciendo juego con el generoso vestido rojo que con unos ahorros se compró. Su tez blanca destilaba perfumes turbios por momentos. Cada trago de vida que bebía le aumentaba la ansiedad, la sed liberadora, la ambición de vivir en un universo nuevo.

No se conformaba con el entorno, con el color que la acariciaba, ni el tamaño de su ropa, largos vestidos adheridos a un tiempo odiado por ella, desde el día y hora en que el hombre de su vida la abandonó.

Cruz y raya, se dijo. Maldijo todo lo referente a la etapa anterior. Un rechazo frontal le impulsaba a ello, por percibir la anodina, deprimente, como enclaustrada en una jaula letal.

Cuando se percató de que se le escurría el tiempo, inhibida hasta entonces por la testarudez de la rutina, se pintó los labios, se maquilló suave, y asiendo el bolso se echó a la calle como jaca desbocada.

El primer trabajo que encontró fue en una sala de fiestas, un cabaret en las afueras de la ciudad, donde cada noche desnudaba sus tristezas intercambiándolas con el cliente de turno que pisaba la alfombra verde del local. Buscaba Fortunata limpiar las telarañas de su casa, arrancarse las espinas clavadas, crueles cadenas del pasado, pero con tan mala fortuna que a los pocos meses, sin nada que lo justificase, la hallaron sin ropa tumbada en el reluciente suelo abatida por el disparo de un loco que, seducido por sus encantos, en un ataque de celos, pintó sus labios de un color frío ardiente, mientras soplabla en el ambiente un aire opaco que ennegrecía aún más la noche.

José Vasanta (José Guerrero Ruiz): Los Guájares (Granada), 1940. Es Licenciado en Filosofía y Letras (Sección de Filología Románica). Ha publicado su obra pedagógica, poética y de ficción en distintos periódicos. Es miembro del consejo redactor de VOCES,

LOS AMANTES DE *LADY* BRITON

Lucía Muñoz Arrabal

Escuche Carlos: debería de confiar en nosotros sobre este asunto.

Me dice Juan, uno de los célebres expertos en casos de misterios ocultos que ha venido a hacerme una entrevista.

—Comprendemos perfectamente sus reticencias —interrumpe el otro experto llamado Albert—, es normal en su estado de ánimo y por el tema tan delicado. Pero debe de entender que si no lo hacemos nosotros, puede que vengan periodistas y las consecuencias serían nefastas.

—Está bien. Les entregaré el «paquete» y les relataré mi historia, con una condición. Que omitan el nombre de D. Javier en sus anotaciones —ambos asienten.

Todo comenzó el mes de Enero cuando ojeaba en la biblioteca de la universidad el diario Sur por las páginas de anuncios. Buscaba un trabajo para sufragar parte de los gastos de mis estudios de Filología Inglesa, y además los de la pensión donde me hospedaba aquí, en Málaga. Estaba ya a punto de dejar el periódico cuando distinguí un anuncio pequeñito en una esquina, decía así: «Se busca traductor de inglés con experiencia en libros de texto, preferentemente joven, buen sueldo, horario a convenir, interesados presentarse en calle Larios 6, 2ª planta».

Comprenderán que aquello me interesó, pues estaba muy cerca de mi pensión y además yo había trabajado varios veranos como traductor en una empresa inmobiliaria. Antes de que hubiesen transcurrido más de cinco minutos de mi lectura del anuncio, me había metido en el autobús que me llevaría al centro. Por todo el trayecto no paré de hacerme preguntas, «¿qué tendría que traducir?, ¿sería hombre o mujer quien pedía el trabajo?», sobre todo lo que más me intrigaba era por qué deseaba que fuese preferentemente joven; «a lo mejor es una viuda solitaria y lo que quiere con ese anuncio es atraer hasta su casa a jóvenes sin compromiso», pensaba morbosamente. Bajé del autobús y luego continué andando todo nervioso hasta la calle Larios, 6. Iba a tocar en el portero automático cuando alguien abrió la puerta, me encontré de pronto con una chica joven, rubia y muy delgada que me miró con cara de pocos amigos y me espetó:

—¿Tú también vienes por lo del anuncio? —me cogió tan sorprendido que no le pude responder con palabras;



me limité a asentir con la cabeza.

—Pues que tengas suerte, el viejo es un hueso duro de roer —dijo sin más y acto seguido se perdió entre los transeúntes.

Al mencionar lo de viejo, me dejó desconsolado. No sé, había fantaseado con la idea de que fura una mujer guapa, madura y sobre todo intelectual, siempre me han atraído las mujeres así. ¿Qué tipo de viejo sería?, pensaba subiendo las escaleras. Toqué el pulsador del timbre intriguado, recordando lo que la chica me dijo sobre que era un viejo duro de roer.

Me abrió la puerta un hombre calvo embutido en un batín azul medio raído, y un pe-

rrito que no paró de ladrar todo el rato.

—¿Qué desea joven?

—Me llamo Carlos Salgado y vengo por lo del anuncio del periódico.

Dudó unos segundos, parecía contrariado, pero finalmente me invitó a entrar. Pasamos a una pequeña sala bien iluminada por un amplio ventanal. Olfía toda ella a alcanfor y añejo, cosa que me revolvió las tripas. Nos sentamos ante una mesa de escritorio de madera oscura. El dichoso perrito no dejaba de mirarme con los dientes apretados y de vez en cuando emitía un gruñido que me sobresaltaba. Las paredes de la estancia estaban plagadas de fotos, que supuse serían de familiares del anciano, y los pocos muebles que adornaban la estancia eran muy viejos, nada especial, excepto algo que me llamó la atención desde el primer momento. Era un paquete envuelto en papel azul que reposaba sobre una silla de anea.

El anciano me pidió toda clase de explicaciones y yo alterado por los gruñidos del perro, le transmití lo mejor que pude la información que requería, sobre mis estudios y trabajos realizados en la agencia inmobiliaria de mi pueblo. No le veía muy entusiasmado, tenía el rostro algo tenso y movía un bolígrafo Bic azul nerviosamente, pero conforme fui terminando noté cómo su rostro se relajaba.

—Está bien. Te pagaré dos mil pesetas la hora, si estás de acuerdo el trabajo será tuyo.

Ni que decir tiene que accedí encantado y quedamos para el día siguiente a las seis de la tarde. Recuerdo que pasé la noche sin pegar ojo; pensaba, ¿no será un libro de

esos aburridos de Historia del Renacimiento o de cómo se reproducen los murciélagos?, ustedes me perdonarán señores, pero es que hay cada *raro* por ahí.

El caso es que me presenté la tarde siguiente y D. Javier y su perro resultaron más agradables que el día anterior. Me invitó a tomar vino fino con queso y durante una hora estuvo charlando sobre su vida. Se notaba que se encontraba solo y estaba falto de conversación. Me confesó que la gente le llamaba con el apodo de «el Bala», por lo visto había sido soldado y se retiró antes de tiempo por un accidente laboral, un tiro de un compañero que fue a parar a su pierna izquierda dejándolo incapacitado para el trabajo.

El Bala tenía setenta y siete años, su rostro era más bien feo, amarilleaba en las mejillas y tenía un surcado de arrugas plagando su rostro y la nariz partida por una profunda cicatriz. Ciertamente no era un semblante que uno se detuviera a contemplar más de unos segundos. Tras la charla se dirigió hacia la silla donde reposaba aquel paquete azul que tanto me había llamado la atención el día anterior.

—Esto es lo que quiero que me traduzcas —dijo entregándome el paquete.

Yo lo observé nervioso; rompí el papel azul y apareció un libro grueso con la cubierta de piel marrón, pero no tenía ningún título o cosa que lo distinguiera; deduje que debía tener unas mil quinientas páginas, lo cual me animó, pues eso significaba muchas horas de trabajo y con ello más dinero. Pasé la mano por la cubierta, era suave como la piel de una mujer y luego, con sumo cuidado, levanté la tapa. «Love's», eso leí en la primera página, aunque tuve que hacerlo varias veces para cerciorarme de que había leído bien.

—¿Amores? —traduje extrañado.

—Sí. El diario de los amantes de Lady Briton.

El anciano me explicó que lo había heredado de su hermano mayor, el cual había muerto en extrañas circunstancias hacía un mes. Como él no dominaba el inglés abandonó el diario hasta que en un programa de televisión escuchó hablar de la tal Lady Briton. Se decía que había sido una mujer famosa en aquella época, no sólo por sus escándalos amorosos, sino porque desapareció misteriosamente a la edad de 35 años.

—¡Pobre hermano mío! —suspirió el Bala y añadió—: Morir así.

—¿Qué le ocurrió?

—Acabó enloquecido. Un hombre tan serio, tan en su sitio, aún no me lo puedo creer.

Huelga decir que la historia me enganchó desde el principio. Me puse a trabajar aquella misma tarde y todas las tardes siguientes restándole horas incluso a mis estudios. Cada página del diario de aquella exuberante Lady Briton era un misterio por resolver. Hablaba de hombres de todas edades, nacionalidades y posiciones, hombres de negocios, comerciantes y políticos de alto

nivel. Lady Briton por lo que iba deduciendo de sus escritos, ejercía un poder sobrenatural sobre sus amantes. Vivía la dama en una casa señorial de Londres. Tenía un marido arquitecto, rico y aburrido, al que nunca prodigó en mimos. Estaba claro que se casó con Tomás por dinero. Descubrí que su nombre de soltera era Marguerite Roster, hija de una simple sirvienta de París, que por su belleza y sus dotes, tanto en la cama como en sus conversaciones, consiguió llegar a donde llega toda mujer llena de ambición e inteligencia. Tenía una letra primorosa con una caligrafía excelente y un inglés tan refinado y rico que me obligaba a usar varios diccionarios a la vez.

Marguerite se describía en su diario bellísima, con el cabello rubio, largo, que se recogía en primorosos moños adornados con dos pequeñas peinetas de nácar con incrustaciones de rubíes. Su cuerpo era el de una diosa, alto y frágil, pero a la vez de carnes prietas sonrosadas, ojos verdes, nariz recta y pómulos suaves que le daban un toque de inocencia y perversión, que ella remataba con una mirada tierna y sensual. Según explicaba, las demás mujeres la consideraban escandalosa; los hombres como objeto de sus más febriles deseos.

Estaba yo tan fascinado por mi Marguerite, así la llamé desde el primer momento, que quise buscar información sobre aquella época. Con la ayuda de Internet conseguí introducirme en archivos de bibliotecas y periódicos londinenses de entre los años 1890-1892, que eran las fechas en que comenzaba y terminaba el diario. Sucdieron en esos años casos extraños de desapariciones, suicidios y de locura en hombres tan importantes como el naviero Lord Linchester y el banquero Mister Adams, y nombro a esos dos porque aparecían expresamente sus nombres en el diario. Ambos hombres habían sido internados en manicomios por alucinaciones, manías persecutorias y autolesiones con riesgo para sus vidas. ¿Qué les había llevado a semejante situación a los amantes de mi Marguerite?

Lo que más me intrigaba llegándome a asustar, era una idea que comenzó a rondarme, ¿tendría algo que ver el diario con la muerte del hermano del Bala?, y si fuese así, ¿estaría yo en peligro?

No lo he comentado antes señores, pero, cuando iba por la mitad del diario, sucedió que el Bala tuvo que ser internado por una dolencia en los pulmones. Sin embargo él me dio orden expresa de que siguiera con la traducción. Me llevé el diario a la pensión, no dormía, no comía, yo sólo vivía para mi Marguerite. Fantaseaba con ella, la amaba perdidamente y eso cada día me aterraba más. Mis padres me llamaban de vez en cuando quejándose de que no les visitaba, y sugerían la idea de venir a verme, yo les decía que tenía muchos exámenes, que debía estudiar y necesitaba estar solo para concentrarme. Igualmente pasó con mis compañeros de estudios a los que fui aburriendo a base de mentiras.

Para no extenderme en el relato, me remitiré a los he-

chos de la noche del día 3 de Febrero. Como ya les dije antes, yo me había consagrado en cuerpo y alma a la tarea de traducir el diario, estaba debilitado por mis ayunos y las noches y días sin dormir, era un autómatas en manos de mi Marguerite. Sobre las diez de la noche me hallaba en un estado lamentable, traducía la página 1350, en la que mi adorada Marguerite explicaba con todo lujo de detalles una conversación con una mujer mayor a la que ella llamaba Clémence, por lo visto mi Marguerite gustaba de hacer sesiones de espiritismo con Clémence, una vieja que ella describía enjuta y con una inclinación en la espalda debida a un bulto deforme en la columna. Pues bien, ella le preguntó a Clémence sobre cómo entablar conversaciones con Satanás. ¿Qué podía necesitar una mujer tan bella y rica como ella de semejante ser?

En varias páginas siguientes descubrí horrorizado que mi adorada Marguerite había hecho un pacto con el Diablo; por lo visto amaría a hombres para entregárselos a su nuevo señor de las tinieblas y, a cambio, ella se mantendría bella y joven hasta el final de sus días. Me quedé estupefacto. Mi Marguerite, ¡convertida en la prostituta de Lucifer!, «¿cómo pudiste cometer semejante horror?». Minutos después llegó la tremenda sorpresa. La pantalla del ordenador comenzó a tintinear y aparecieron cientos de puntitos negros que borraron todo cuanto yo había escrito, eran como insectos que devoraban las bellas palabras de mi amada. Un despeluzno de pánico se apoderó de mí. ¿Quién me estaba haciendo esto?, ¿sería un virus informático? Desesperado apagué el ordenador, pero éste se volvió a encender sólo. ¿Qué me estaba sucediendo?, ¿quién osaba destruir a mi Marguerite?»

Enloquecido e irritado golpeé la pantalla del PC. Tan fuera de mis sentidos me hallaba, que comencé a oír una voz, un susurro, un siseo que al principio apenas distinguía; parecía como venido de ultratumba. Pensé que eran alucinaciones, pero no, sorprendentemente parecía provenir del ordenador. Todo era silencio a mi alrededor, excepto el siseo aquel que me helaba la sangre. Sentía el tumultuoso latido de mi corazón y en mis oídos su batir. Miré la pantalla y los puntitos negros, para espanto mío, se fueron reuniendo en el centro; luego empezaron a tomar una forma alargada, una figura borrosa, que más tarde se transformó en una especie de rostro, una boca, una nariz, unos ojos que se movían. El miedo y el asombro paralizaron mi voluntad. ¿Qué era aquello? y ¿qué quería de mí?

El inquietante susurro poco a poco se fue convirtiendo en una voz femenina, delicada y suave. La piel se me erizó, me caí al suelo del espanto. ¡Era ella! Esa tenía que ser su voz y aquel su bello rostro, el de mi adorada Marguerite. Me suplicaba ayuda, quería que la sacara de aquel infierno en que se hallaba. Pero, ¿qué podía hacer yo?.

En mi locura y ansiedad me lancé hacia la pantalla y la abracé. Besé aquella boca tantas veces deseada en mis fantasías. Unos labios carnosos se pegaron a los míos, sentí

su lengua ardiente de serpiente penetrando por mi garganta. Mi corazón dio un vuelco como si hubiese pisado un cable de alta tensión, abrí los ojos deseando encontrarme con los de mi amada. Entonces ocurrió el espanto. Me encontré ante unos ojos rojos, demoníacos, llenos de tal perversión que de ninguna manera podían ser los de mi Marguerite. Esos ojos provenían de una bestia satánica. Un hedor extraño inundó mi pequeña habitación, me dieron náuseas, náuseas de muerte. ¿Dónde estaba mi Marguerite?, ¿qué habían hecho con ella?. La habitación daba vueltas. Se detenía. Volvía a girar. Me sentía atrapado por una extraña fuerza que me aferraba a la pantalla. El hedor era insoportable, la dulce voz de mi Marguerite ya se había transformado en un aullido salvaje, una voz ronca y espantosa que resonaba en mis sienes como hojas de cuchillos; el dolor era insufrible.



Tenía que hacer algo cuanto antes o terminaría como ella y sus otros desgraciados amantes, desaparecidos o enloquecidos por la bestia. Me tiré al suelo; reptando intenté llegar a la puerta, pero unas grandes garras alcanzaron mi cuerpo cayendo sobre mi espalda. Yo gritaba, suplicaba llorando, pero aquella bestia demoníaca quería introducirme en aquel abismo. Sentía punzadas por todo el cuerpo y como unos dientes afilados se clavaban en mi garganta. Espantado abrí la boca y expulsé un alarido de dolor que me dejó sin sentido.

La dueña del hostel alertada por mis gritos abrió la puerta. Me halló en un estado lamentable. Echaba espumarajos por la boca, me retorció convulsionado y en la cabeza tenía una enorme brecha ensangrentada. En la desesperación me había golpeado con la pantalla.

El resto de mi historia ya la conocen. Llevo en este centro más de un año. ¿Estoy loco?, ¿me creen ustedes loco? La verdad la tienen ustedes en sus manos. Un único consejo quiero darles: No se enamoren de ella, la quiero sólo para mí.

Lucía Muñoz Arrabal: Nerjeña. Escribe por puro placer y por tratar de comprender mejor el mundo que le rodea. Tiene publicado el cuaderno literario «Relatos cortos» y ha participado en distintas publicaciones colectivas. Perteneció a la Asociación Cultural *La Aventura de Escribir* y es asidua tertuliana de *La Casa de las Palabras* de Nerja.

Sara

Por Begoña Ramírez

El enfermo espera su «alta médica» como un preso anhela su libertad. Sara miraba a su padre de reojo y se hacía estas reflexiones, al tiempo que dejaba vagar su mirada por los rincones de aquella habitación de hospital; limpia y de decoración espartana, fría en su entraña, un frío interior que la calefacción parecía que intentaba aliviar. De los muchos despropósitos que nos acompañan en nuestra cotidianidad, la impersonalidad de los hospitales –pensaba Sara– era sin duda una de ellos, una impersonalidad sólo paliada por unas pocas plantas, hermosas, húmedas, colocadas en el mostrador de enfermeras y que con sus rojos y verdes recordaban la vida. Vivir, estar a salvo de la mentira, de la infamia, de la traición, del desapego, de la muerte... Estar a salvo de la propia vida, que en sí misma nos va matando como parte de su propio ciclo. Sara miró de reojo a su padre y le recordó de pronto riendo a carcajadas, sin miedo... Ahora parecía empequeñecido enfrentado a su propia derrota, la de todos nosotros en nuestra lucha contra el paso del tiempo; y que no hace sino colocarnos ante la realidad de nuestra naturaleza cruel. En el televisor encendido diluviaban noticias de diferente índole, la subida de la cesta de la compra, la interminable guerra de Irak, un nuevo atentado de ETA... el precio de la vivienda, la caída de la bolsa... el mundo global.

Zapeó intentando escapar de tanto problema y se topó de bruces con un nutrido grupo de señoras y señores impecablemente ataviados, pero que se expresaban a gritos convirtiendo en un asunto de imperiosa actualidad el nuevo novio/a de no sé qué famoso, o la nueva casa u operación de cirugía... Escapó de nuevo y dos señoras con acento hispano intentaban averiguar el paradero de una tercera desechada por el amor de un tal Luís Alberto. Apagó el televisor agotada, su padre se había dormido y pensó que era un buen momento para tomar algo en la cafetería. Se esforzaba por mantenerse contenta y sonreír, miró a través de la ventana, el día era claro y demasiado cálido para la época del año en la que estábamos, al fondo se veía el mar desdibujando el horizonte, respiró hondo. La enfermedad que en realidad convive cada día con nosotros, la propia de nuestra sociedad sí –pensó– habitamos en un mundo enfermo que quizás en su agonía tome conciencia de sí mismo e intente redimirse. Ser o estar, habría sido la premisa del pasado siglo XX, es decir: involucrarse o mantenerse al margen. Ser o tener la del siglo XXI, recién estrenado. Tener por encima de todas las cosas, almacenar, amasar, protegernos de nosotros mismos a través de la propiedad. Amasar dinero, poder, in-



fluencias... amasar actividades, correr, no tener tiempo de pensar, ni de cuidar a los hijos, ni de disfrutar de ellos no tener tiempo para ser.

Sara se despegó del ventanal con desgana y dejó vagar su mirada por los pasillos, gente que iba y venía. El rostro cansado de una anciana acompañada por varios familiares atrajo su atención por unos segundos, el zumbido del móvil la sacó de su momentáneo ensimismamiento. Carlos, su hijo mayor, un adolescente con el que a duras penas conseguía entenderse sin discutir, egocéntrico y en la encrucijada de no saber, niño goloso, ávido de comérselo todo, pero con muy pocas ganas de esforzarse por nada.

–Hola hijo, a las 8 estaré de vuelta, ¿qué tal las clases?

–Ah, bien ya sabes, ¿y el abuelo?

–Descansa ahora, he aprovechado para bajar a tomar algo, ¿todo bien?

–Ya te contaré luego, este fin de semana es el cumple de Oscar y queremos hacer una fiesta; bueno, que igual nos quedamos por ahí, ya te lo explicaré mejor después.

–De acuerdo. Luego lo comentas con tu padre.

–No me gusta hablar con papá, no es tan comprensivo como tú.

–Querrás decir que no es tan tonto como yo –le oyó reír con ganas y por un momento le reconfortó su risa, escandalosa y sincera.

–Bueno mami, te veo luego, besos para el abuelo.

–Se los daré de tu parte.

Sintió un pequeño escalofrío al quedarse de nuevo sola, en medio de aquel pasillo. Llegó por fin a la cafetería, se decidió por una mesa junto a la ventana; a su lado un par de médicos charlaban animosamente, uno visiblemente

mayor que el otro, parecía aconsejarle a cerca de la profesión. El más joven le miraba con una mezcla de admiración y perplejidad abrumado tal vez, por esa muestra de camaradería. Sara pidió un café y un bocadillo y su mirada se perdió otra vez mirando hacia el exterior, allí dentro el tiempo parecía detenerse y tomaba una dimensión extraña al margen de toda realidad posible.

El mundo repite su son en cada uno de nosotros. El curso de la vida se renueva igual a sí mismo, en nuestros hijos para los que uno no aspira más que a que encuentren un buen trabajo, alguien a quién querer y que le quiera, que puedan llegar a descubrir el timo, el engaño que encierra la propia existencia, es otra cosa. Para entonces quizás ya estén a salvo.

Sara se revolvió inquieta en el asiento, desde hacía unos meses todo le parecía repetitivo y monótono. Un bajón circunstancial ante la enfermedad de su padre, se justificaba a sí misma. La madurez que le pasaba factura, recordándole que lo único que la podía salvar era su propia parcela de existencia.

Imaginó a su hijo, con hijos... sus nietos; la imagen le produjo una nueva sacudida de inquietud. Tal vez tenía un poco de ansiedad o estrés, todo tan frecuente en nuestros días. Pagó con rapidez inusitada y volvió a la habitación.

Su padre se había despertado y una enfermera con gesto adusto le tomaba la temperatura.

—Todo bien señor González, en dos días a casa —dijo queriendo mostrar algo de simpatía.

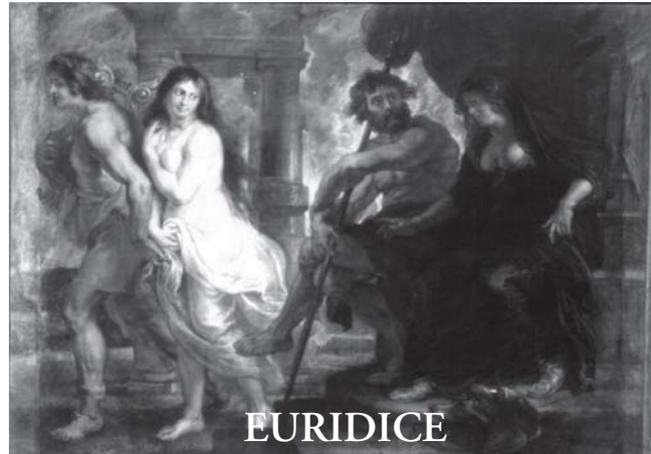
—¡Ah! Estás aquí —susurró su padre. Se le apreciaba el cansancio en las bolsas de los ojos, en el gesto inexpresivo.

Por un instante le recordó aún joven, pero con cierto esfuerzo. Curiosamente a las personas las recordamos más jóvenes a través de las fotos, pero no con la instantánea de la memoria.

Sintió unos deseos enormes de regresar a casa y abrazar a Juan, y besarle y conducirlo al lecho, donde tantas veces se habían amado. Desnudarle poco a poco, casi con timidez, como si acabara de conocerlo o como si no le conociera. Hundirse en su boca densa y mordisquear sus labios carnosos, y entrelazarse en su lengua y fluir en su saliva. Perderse hasta dejar de ser, solamente sentir como tantas otras veces, cómo estallaba su vientre y su cabeza y entretanto balancearse y no pensar, sólo sentir, vibrar, amar.

Begoña Ramírez: Almuñécar, 1964. Con estudios de Psicología en la Universidad de Granada, es colaboradora habitual de esta revista y del semanario EL FARO.

Joaquín López Martín



EURIDICE

Orfeo desciende al hades tras los pasos de su amada muerta Eurídice, ya solo una sombra. Con sus cantos y lamentos aplaca a Cerbero y cruza el Aqueronte. Plutón y Perséfone conmovidos después de oír su triste historia, consienten que él y su amada abandonen el Tártaro, pero con la condición de no mirar hacia atrás. Ambos avanzan ascendiendo hacia la luz del día, delante Orfeo, siguiendo sus oasis Eurídice; en un descuido él vuelve la vista para ver si ella lo sigue; se rompe el encanto y esta vez para siempre. Ella, convertida en sombra, torna a las profundidades del Averno.

Mientras él, desdichado, ya en los bosques tañendo su cítara, canta sus penas a las fieras y los árboles.

PANDORA

¡Pandora, no abras la caja, no, no la abras! Pero pasaron los días, los meses, y la curiosidad la corroía. ¿Qué abrá dentro de esta cajita?, pensaba mientras la miraba de reojo; se levantaba del diván e iba decidida hacia la repisa donde la tenía colocada como un objeto decorativo más y en el último instante recordaba la orden tajante: Pandora, no abras la caja. Así, una noche tras otra. Pero cierto día le pudo más la curiosidad y al fin desobedeció la orden. Un horrible hedor inundo la estancia al abrir la cajita; al tiempo que feos e indescriptibles insectos y vapores inmundos salían de ella esparciendo el mal y la enfermedad por doquiera; primero en todo el palacio, después en el orbe entero.

Dentro de la vacía caja, ya sólo quedaba la esperanza.

Joaquín López Martín: Almuñécar 1956, con estudios de Biología en la facultad de Granada, ha colaborado en distintas revistas literarias. Miembro del consejo redactor de VOCES, colabora habitualmente en las páginas de *Lecturas de EL FARO*.



Sabía Que Me lo Iba a Decir

Por **Antonio Vidal - Nekovidal**

Lo supe en cuanto su secretaria me llamó para decirme que me presentara en el despacho de su jefe. Sabía exactamente lo que me iba a decir, lo que nunca hubiera acertado a imaginar era el cómo ni la respuesta que yo le daría.

—Siéntese, por favor.

Encendí un cigarrillo, el último del paquete, entonces fumar tabaco aún no era delito ni falta de educación o consideración siquiera. Y llegó la primera sorpresa: sin decir nada sacó un cartón de tabaco de uno de los cajones de su despacho, extrajo un paquete y me lo dio.

—No, gracias, tengo otro paquete abajo, en la oficina.

—Acéptelo, por favor, se lo ruego.

Luego vino un largo y pausado discurso sobre la filosofía empresarial de la banca, de ese banco concretamente, su idea de colectivo familiar aunque no fuéramos familia, de compañerismo aunque no fuéramos compañeros y de honestidad permanente, aunque yo no había disfrutado del placer de conocer una sola persona honesta dentro de esa institución en tres años y medio.

El seguía hablando y hablando como si le pagaran por cada palabra que pronunciaba, yo iba por el tercer cigarrillo y seguro que tenía la mirada de un gato cuando observa algo moviéndose entre la maleza, justo antes de identificar si es una presa comestible o un depredador mayor del que hay que huir inmediatamente.

Al fin llegó, como me temía, la personalización del discurso: empezaba a hablar de mí, en realidad sólo de mi vida laboral. Tras alabar mi cociente intelectual y los resultados de mis tests de acceso a la banca, con poco más de catorce años, se paró como recordando un refrán, que seguro que sería ese de que una imagen vale más que mil palabras y, tras reflexionar un segundo, sacó de otro cajón de la mesa una carpeta voluminosa, de unos quince centímetros de grueso y ya deformada por las sucesivas consultas: era mi historial laboral, en realidad mi historial sindical, el relato detallado de todas las historias e historietas de todo tipo en las que había participado en esos tres años y medio.

—Desde Palma me han dado orden de que lleguemos a un acuerdo, la central se mostrará económicamente más

generosa de lo que estaría obligada por ley, y todos sabemos que por ley, con este expediente, o sólo la décima parte de él, no debería pagar nada, pues se trataría de un despido procedente.

Entonces aquel recuerdo me vino a la mente con la claridad y naturalidad de las buenas ideas, y pronuncié aquella palabra cargada de fuerza en la memoria:

—¿Cuánto?

No se dio cuenta del significado de la pregunta, por eso siguió hablando, y negociando como si tal cosa, pero yo recordaba perfectamente aquel día en que sorprendí una conversación suya con el director del Departamento de Valores, otro ejecutivo cincuentón que también tenía por aficiones los prostíbulos y la generosa financiación de los Guerrilleros de Cristo Rey. Por aquel entonces yo era un adolescente radical que apoyaba otro tipo de grupos, y entre ellos estaba Mujeres Libres, un conjunto de compañeras libertarias

con más valor y dignidad cada una de ellas que toda la llamada izquierda parlamentaria, y entonces la izquierda no lo era sólo nominalmente, ni nadie se avergonzaba hipócritamente por etiquetarse como tal.

—A mí, lo que más me pone de las putas es preguntarles ¿cuánto?, casi más que echarles un polvo luego —había dicho en su momento el tipo que ahora tenía delante de mí.

La negociación fue rápida, estaba claro que si un jefe de personal que yo sabía de buena tinta que me odiaba, se comportaba no ya educadamente, sino con amabilidad incluso y hasta tratándome de usted, es que estaba en una situación comprometida y obligado desde la central de Palma de Mallorca a solucionar el problema como fuera. El problema era yo y mi despido, una muerte laboral más que anunciada y que a esas alturas yo era el más sorprendidote que no hubiera llegado ya.

—¿Cuánto cree usted que es lo apropiado? —preguntó.
—¿Cuánto me tendrían que pagar si no existiera ese expediente?

—Unas 150.000 pesetas pero. . . eso es del todo inadmisibile.

—Pues esa es mi condición, y una carta de recomendación en que se diga claramente que renuncio voluntaria-



mente a mi puesto de trabajo.

—Pero. . .

Sabía que él aceptaría casi cualquier cosa: si yo hubiera pertenecido a uno de los dos sindicatos mayoritarios, que habían aceptado unos meses antes el modelo de transición tan aparente y falsamente democrático, no hubiera tenido nada que hacer, pero el sindicato al que pertenecía tenía otra forma de enfocar las cosas, y su fe en la justicia incluía su fe en los milagros: si una empresa presionaba y puteaba a un trabajador por sus actividades sindicales, primero se recurría a la ley burguesa, todavía leyes franquistas por aquel entonces, y una vez agotada esa vía, ocurrían milagros: un subdirector, tras recibir la visita de tres señores muy serios con barba y maletín, palidecía y daba orden a sus subalternos de que se dejara de molestar inmediatamente a ese trabajador incómodo, o de que le invitaran a marcharse de la empresa a cambio de cualquier indemnización que pudiera pedir a cambio. Los mayores milagros se daban cuando esos elementos abandonaban su camisa azul y entraban, al menos, en el juego demócrata burgués. Son métodos mafiosos, decían algunos enlaces sindicales de sindicatos que entonces aún se autodenominaban marxistas sin avergonzarse. Claro, ¿aún no te has dado cuenta que vivimos en un país que lleva cuarenta años secuestrado por un grupo mafioso tan sanguinario como cateto? Esa es otra de las tantas caras desconocidas de nuestra santa Transición: la milagrosa conversión de cientos o tal vez miles de empresarios a las ideas democráticas por la vía tan rápida como efectiva de no saberse ya ni intocables ni inmortales.

Hice además de levantarme.

—Espere, espere, por favor.

Fingió que lo meditaba un par de segundos y dijo:

—De acuerdo, de acuerdo. Lástima que tenga usted unas ideas tan raras, con su inteligencia y su capacidad negociadora hubiera llegado muy alto con nosotros.

Y entonces, con ese ímpetu absurdo de la juventud, que tan bien nos sirve para crearnos enemigos inútilmente, me lancé:

—¿Cuánto?

—Pues. . . 150.000 pesetas. . . ¿no?

—¿Cuánto?, repetí.

—150.000 y la carta, ¿no es eso lo acordado?

Insistí una vez más:

—¿Cuánto?

—¿Por qué me sigue preguntando? Ya he aceptado todas sus condiciones.

Me levanté y le dije:

—Era para comprobar si era cierto lo que le oí comentar con el Sr. Peña hace un tiempo, pero no, no siento nada, debe ser que sólo funciona con putas de cierta categoría.

—¿Cómo. . . ?

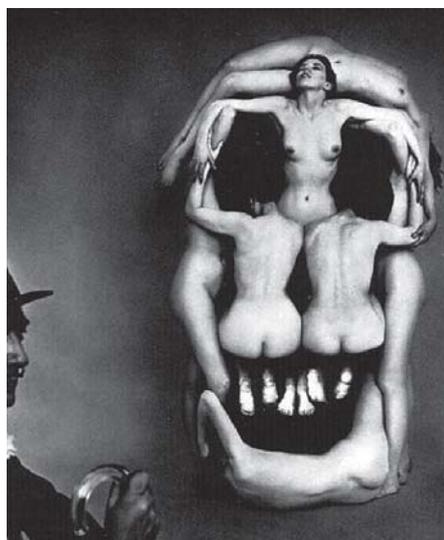
No me quedé esperando a ver cuanto tiempo tardaba en pillarlo, pero la vez siguiente que le vi, dos días des-

pués, me echó tal mirada de odio que hizo cierto lo de que si las miradas mataran. . .

El murió dos años después de cáncer de pulmón, es peligroso mirar con tanto odio al nieto de una meiga, lo peor que se puede hacer a un enemigo es ser espejo de su furia sin aceptar tan envenenado regalo; yo me quedé un rato más por aquí, el suficiente para poder contarlo, treinta años después, a un grupo de amigos en una tertulia.

NO ES MI CASO

Antonio Vidal - Nekovidal



No es mi caso, decían uno por uno los espíritus que esperaban el juicio de su propia conciencia, que no hay otro.

Los buenos a un lado, al otro los malos.

No es mi caso. . .

Los cobardes a un lado, los valientes a otro.

No es mi caso. . .

La lista de pecados sobrepasó los cien, las de intenciones pecaminosas, los cien billones:

No es mi caso, no es mi caso. . .

De aquella interminable fila de seres tristes sólo dos fueron apartados en el mismo momento en que reconocieron haber participado de todas las dudas, de todas las debilidades, de todos los miedos.

El resto, aliviados al creer que entre tanto devoto, los apartados debían ser los condenados, iban cayendo uno a uno bajo la muela del eterno molino de las experiencias efímeras. Mientras caían, lejos de dudar de sus certezas, gritaban: no es mi caso.

F Antonio Vidal Seara (Nekovidal): 1959; ha vivido entre Montevideo, Orense, Tokio, Madrid y Nerja. Escritor, escultor y pintor, dirigió en Madrid entre 1982-84 la revista literaria *EN*. Estudió Magisterio en Madrid y cerámica y pintura *sumie* en Japón. Ha publicado entre otros los libros de aforismos: *Antimimetismos* y *Anábasis*; y de relatos: *Cuento de Nunca Acabar* y *Oficio de Bravetas*. Dirige la web: www.arteslibres.net.

LA MÁQUINA DEL VACÍO

Por Ricardo Sanz

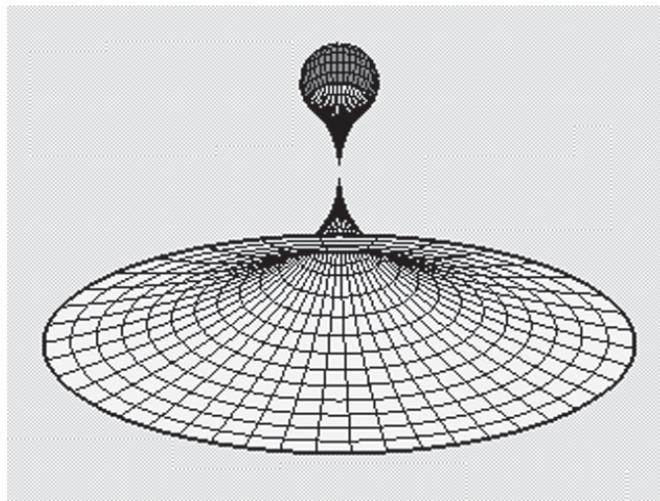
En los albores del tercer milenio los científicos estaban preparados para el asalto al Vacío. Desentrañada la Materia hasta desaparecer delante de sus propias narices, cabalgada la Energía hasta la Frontera de las Contingencias en los confines del Universo conocido, los científicos se maravillaron con el Vacío como niños pequeños ante un juguete nuevo, sobre todo los astrofísicos, los físicos de partículas y los expertos en biología molecular. Y como la Ciencia es experimentación, decidieron construir una máquina que permitiera experimentar el Vacío.

Los primeros proyectos fueron un rotundo fracaso, como no podía ser de otra forma, partiendo como partían de una idea abstracta, un concepto sobre el Vacío en el que primaba el sentido negativo, la ausencia, la oscuridad y la muerte. El Vacío no se dejaba *asaltar* así como así y menos desde esos presupuestos. Años de teoría y pruebas, de hipótesis y verificaciones llevaron a los científicos a un callejón sin salida. Los militares, que eran los que financiaban el proyecto, comenzaron a impacientarse.

Fue en ese punto de atasco cuando los científicos decidieron recurrir a expertos en otras áreas del saber y para ello solicitaron la incorporación al proyecto de la Máquina del Vacío de músicos, pintores, poetas y algunos renombrados maestros espirituales. Sus aportaciones lograron desbloquear el camino para la construcción de la Máquina del Vacío al partir de un significado de Vacío menos científico, más poético por decirlo de alguna manera, pero más preciso; un Vacío más fundamentado en la sabiduría tradicional e intuitiva; un Vacío más identificable a la Nada mística o al *shunyata* budista, un Vacío sagrado por secreto, sin atributos, sublime, un Vacío de presencia absoluta y disolución, el Vacío como una región del Ser Absoluto, el Vacío como No-ser, No-manifestado, el Vacío como útero o matriz de todo germen, el Vacío como seno materno de todas las formas.

Aquellos hombres y mujeres, provenientes de los campos de la ciencia, el arte y la espiritualidad, trabajaron durante décadas en la concepción y diseño de la Máquina del Vacío, una labor ardua, pero también delirante, en la que las fórmulas matemáticas se deslizaban en los koans zen, la música gregoriana acompañaba a las conjeturas científicas, mientras que los poetas rebuscaban entre las palabras, cuando se hacía el silencio, en un empeño por nombrar lo inefable.

Fue un pintor, Eric Tönsberg, de origen sueco pero afincado en Andalucía desde hacía muchos años, el que proporcionó la clave, sin pretenderlo, al pintar un cuadro que había soñado y que tituló *Ararat*, nombre del monte sagrado de los armenios en el que, según cuenta la leyenda bíblica, recaló el Arca de Noé tras el diluvio. El cuadro, un óleo sobre lienzo de 114 x 146 cm. de marcada tendencia abstracta, abrió la puerta a los ingenieros para llegar a la conclusión que llegaron: la Máquina del Vacío debía ser construida en el interior de una montaña. Por su composición pétrea el monte Ararat resultó ser el emplazamiento ideal.



Poco después las aportaciones de una afamada egiptóloga sobre el *Nou* (reposo, inmaterialidad, recepción) y su representación por medio de una copa llena hasta la mitad en el sarcófago de Seti I fueron de vital importancia para abandonar el diseño original en forma esférica que había resultado inviable.

Quince largos años se tardó en construir la cavidad interior de la montaña en forma de copa invertida, de manera que su boca descansaba en la multiplicidad terrestre, mientras que el pie de ésta ascendía vertical hasta la cumbre del Ararat a 5.165 metros de altitud como si quisiera horadar el cielo. El material con que fue revestida por dentro la cavidad construida en la roca a manera de gran geoda fue una cristalización más perfecta que la del diamante más puro. La utilización de superconductores biológicos de última generación, mucha nanotecnología y otros componentes más sutiles derivados de la música, la luz y el viento hicieron posible la terminación de la magna obra.

El objetivo de la Máquina era producir en aquella persona que entrara en ella un estado de vacío total. El proceso en sí, difícil de explicar con palabras, consistía en hacer que el experimentador perdiera en primer lugar las reacciones sensoriales, pero no las perdía por anulación de los sentidos sino por multiplicación de éstos hasta una capacidad sensorial abrumadora. La oscuridad del Vacío, concebida así, no era oscuridad sino un fulgor cegador. A continuación, y según los cálculos y estudios, se debía producir la pérdida de ubicación, el extravío total del experimentador, único punto desde el que se podía lograr una nueva reubicación. En algún momento de esta primera etapa, que apenas duraba un par de minutos, la mente del experimentador se paraba o desaparecía, no por reducción sino por ensanchamiento, toda memoria y toda proyección eran presencia, realización, lo que había sido seguía siendo, y lo que iba a ser ya era en ese océano atemporal donde la quietud realiza su danza eterna. En ese proceso el nombre del experimentador y toda su personalidad desaparecía, se esfumaba, quedaba borrada en una especie de niebla transparente en la que todo era homogéneo y sustituible, en la que la luz se transmutaba en sonidos, la melodía se hacía luz, los colores poseían movimiento y todas las formas eran diáfanas y respiraban. Por último llegaba la resonancia del silencio que convertía esa presencia

absoluta en absoluta disolución. Todo el proceso venía a durar poco más de cinco minutos.

Y por fin llegó el día en que todo estuvo listo para la gran prueba. Cien personas habían sido elegidas aleatoriamente entre voluntarios de todo el mundo de diferente sexo, edad, creencias y costumbres. El primero en ser introducido en la Máquina fue un tal Sibhuti, un mecánico de una aldea del sur de la India, lo que podríamos denominar un hombre normal y corriente. Por medio de un elevador gravitatorio hicieron descender a Sibhuti desde lo alto de Ararat por el interior de la copa invertida hasta el suelo. Desde el exterior era imposible ninguna observación directa pues, como ya se ha dicho, la máquina en sí había sido excavada en la roca y el único lugar de acceso era desde la alta cima de la montaña. De esa forma los científicos sólo disponían de los registros ópticos y sensoriales que la Máquina les proporcionara. A través de los monitores podía observarse a Sibhuti sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, las manos descansando sobre las rodillas, los ojos abiertos y una cierta sonrisa bobalicona en su rostro.

Durante el tiempo que duró su exposición al Vacío, Sibhuti se mantuvo en la misma postura y la expresión de su rostro no varió en lo más mínimo, pero la Máquina registró en un momento dado su presencia en lo alto del pie de la copa por donde había sido introducido, para a continuación situar su presencia en todos los lados y a un mismo tiempo. Este hecho, que se repetiría con el resto de los noventa y nueve participantes en el experimento, fue achacado a fallos en las lecturas evaluadoras de la Máquina y no fueron tenidos en consideración.

Cuando la Máquina se detuvo, todos los presentes pudieron escuchar un extraño fenómeno auditivo, como si la montaña hubiera emitido un profundo suspiro justo en el mismo momento en que Sibhuti era izado en el elevador gravitatorio. Todo el mundo se mantenía expectante, pero el mecánico indio dijo no recordar nada, no haber experimentado nada, mantenía que no había sentido nada y que no podía aportar nada. Poso, un viejo chamán de los Andes, esbozó una sonrisa y comentó: «¿de un experimento sobre el Vacío, qué resultado cabía esperarse? Nada».

De todas formas, tanto Sibhuti como el resto de participantes en el experimento fueron sometidos a meses de pruebas, tests y comprobaciones de todo tipo, primero por los militares y más tarde por los integrantes del equipo que había fabricado la Máquina de Vacío. Todos concluyeron lo mismo: nada. Nada había cambiado en Sibhuti, nada en el resto de experimentadores del Vacío. Algunos maestros espirituales ya lo habían advertido: «el Vacío no se puede experimentar, pues el experimentador queda diluido en el experi-

mento y por lo tanto no puede haber conocimiento ni conciencia del Vacío». Según ellos sólo se puede *ser vacío*, como demostraban las milenarias técnicas de meditación, y de ese *ser vacío* nada se podía conocer ni decir.

Los militares, que habían considerado aquel proyecto como una auténtica majadería desde el principio y que sólo había servido, según ellos, para hacer que unos don nadies siguieran siendo unos don nadies, cerraron el grifo de los presupuestos, recolocaron a los científicos en otras áreas de investigación, despacharon a los artistas y maestros espirituales, devolvieron a su casa a Sibhuti y al resto de voluntarios y reconvirtieron la monumental Máquina en un macrocentro de ocio virtual, con lo que pensaban recuperar algo del dinero despilfarrado.

Pero ahí no acabó la historia. Y lo que ocurrió fue que aunque aquellas cien personas seguían, aparentemente, siendo las mismas que antes del experimento, en realidad ya no eran iguales. Cier- to es que siguieron haciendo su vida normalmente, pero aquella exposición intensa al Vacío les había transformado en una especie de antenas emisoras de Vacío. Sin saber cómo, sin que nadie pudiera percatarse del hecho hasta mucho después, cuando el proceso ya era irreversible y no había marcha atrás, Sibhuti

y los otros noventa y nueve *don nadies* producían vacío a su alrededor, despojaban a cualquier persona que entrara en contacto con ellos de todo lo que no era esencial, a su lado todo lo prescindible se borraba, desaparecía, los don nadies contagiaban vacío y los contagiados a su vez lo contagiaban a otros de manera inexplicable pero imparable en una auténtica progresión geométrica. Fue toda una pandemia mundial de despojamiento, de vacuidad. Los don nadies habían accedido a un poder mucho más poderoso que cualquier poder, los don nadies no hacían nada, no pretendían nada, y aunque mansos se habían convertido en ingobernables, no tenían miedo de nada, porque nada eran ni nada tenían, y eso les hacía invulnerables.

En los albores del tercer milenio muchas eran las predicciones del fin de una Era. Algunos hablaban de una gran crisis económica, producida por el agotamiento del petróleo, que abocaría al mundo al desorden y al caos; otros vaticinaban grandes cataclismos naturales y no faltaban los que anunciaban desde sus púlpitos la llegada de cristos y anticristos. Y sin embargo, por esas ironías de la vida fueron los militares, la Máquina de Vacío arrumbada y, en última instancia, los don nadies los que hicieron posible que una Era se acabara y comenzara otra: La Era de la Tierra de Nadie. Pero esta ya es otra historia.



Ricardo Sanz: Escritor por el puro placer de escribir y compartir, abrió hace años *La Casa de las Palabras* en Nerja, donde organiza talleres, maratones y otras actividades relacionadas con la escritura creativa: «Lo que importa es el proceso». Tiene publicado el libro de microrrelatos *Microbios*, y varios conjuntos con sus compinches de la Aventura de Escribir. «Si no es divertido no merece la pena».

Rebeca

Por F. Javier Martín . Franjamares

Era mejor correr que dejarse pillar in fraganti por aquella monja y aquel diácono. Con doce años es tan fácil trepar un muro y saltarlo como arder por dentro escuchando de labios de una niña que le gusta cómo la besas. Mi mayor obsesión de entonces era el territorio femenino, los descubrimientos tan excitantes como inocentes del sexo y el deseo; y aquella niña de cabellos negros, ojos grandes y verdosos, era el nuevo territorio que explorar, la aventura de un conquistador novato, un Calixto albaicinerero, un extremeño sin mar y sin espada, a diferencia de los que venían pintados en los libros de Historia.

La conocí entre las demás pupilas que se arremolinaban en el portal del colegio de internas para cruzar la pequeña plazoleta que lo separaba del edificio de dormitorios. Siempre cruzaban con dos monjas de carabina y era prácticamente imposible el acercamiento. Lo mejor entonces era camuflarse como el Zorro, y nada mejor para ello que las grandes macetas de aspidistras que flanqueaban el zaguán. En la fresca penumbra de esos 50 metros cuadrados, mármol gris y cal apagada, aguardaba en caótica formación, estridor de gritos y risotadas, aquel rebaño de estrógenos en ebullición, gracias tiernas imán de nuestros deseos; pero aquello duraba poco, como las cosas buenas, apenas un minutos antes de que salieran a la calle y cruzaran al otro lado encabezadas por una de las hermanas.

Las niñas acariciaban las plantas y nosotros sus manos. En aquel alveolo de emociones tenté por vez primera su piel adolescente y me llené de esa nueva efervescencia llamada amor, al punto de soñar con ella a cada rato, noche tras noche. Al día siguiente intercambiamos las primeras palabras.

—Me llamo Rebeca.

—Y yo Javi.

Con aquella chica desde luego no se podía pasar frío. Y pronto lo comprobé. La tarde siguiente se quedó rezagada, se coló en mi escondite tras el macetero, se puso a unos centímetros de mí y un calor inexplicable comenzó a azorarme dulcemente al tiempo que notaba la chispa de sus ojos arrimarse, y sus labios húmedos rozar con los míos en un tierno beso. Acto seguido echó a correr acompañando con el chasquido de sus zapatos el eco de su nombre que ya gritaba a voz en cuello una de las monjas. Estaba claro. Tenía que tenerla por más tiempo, tenía que intentarlo. Y una tarde en el Huerto Carlos, jugando a la lima, Julito, uno de mis amigos, un año mayor que yo, me dio la solución. Él Solía hacerle los repartos al pastelero del barrio a quien llamaban el Coronel. Un par de



veces a la semana entraba en el Hogar de niñas de San José para llevar dulces de toronja con crema de huevo y milhojas con merengue.

—Te vienes conmigo, conozco ese colegio al dedillo — me propuso—, sólo habrá que distraer a la monja de puerta y luego, una vez dentro, te escondes entre los setos del jardín o tras la caseta del jardinero. Para salir sólo tienes que saltar la tapia que da a la calle de atrás, por ahí hay menos altura. ¿Entiendes?

Ciertamente no sé si lo entendía, en ese momento yo actuaba impulsado por la fuerza primera del amor, por la insolente insolencia de la inocencia, si se puede decir; tan sólo porque iba a cumplir los doce y los ojos y los labios de Rebeca eran el mejor regalo de cumpleaños que jamás hubiera tenido.

Le entregué a Rebeca un papelillo con los datos del plan para el día siguiente y otro beso selló nuestra complicidad.

Un veintidós de noviembre de 1976, minutos antes de las cinco de la tarde, ya estaba en el zaguán del Hogar de San José, frente al cordón de la campana, sosteniendo una bandeja de pasteles entre las manos y acompañando por mi compinche Julito, que tiró de la cuerda. Sonó la campanilla y al instante se abrió el portón chirriando. Apareció una monja bastante mayor y gruesa, a la que Julito acalló con un contundente. «no se preocupe, madre, me sé el camino perfectamente», y echó directamente a andar. Yo me había pegado a su espalda y con rápidos movimientos como de lagartija desaparecimos del campo de visión de la monja, dejándola un tanto perpleja. Llegamos a un corredor un tanto oscuro al final del cual se entreveía la claridad de un espacio abierto. Julito se paró junto a una puerta donde se escuchaba ruido de cacerolas.

—Esta es la cocina —me dijo—. Yo me quedo aquí. Tú sigue hasta el final. Allí está el patio y el jardín. Ya sabes,

busca la caseta de las herramientas y escóndete.

Hice lo que me dijo. Salí con tiento a paso ligero, casi de puntillas para no hacer ningún ruido, pero justo cuando llegaba al final, se oyó una fuerte campanada, una campanada delatadora, y siguieron cuatro más, y todas parecían decir: «ahí va Javi, a ver a Rebeca, ahí va, a esconderse en el jardín...». Sonaron las 5 en punto y me hice de aire para volar hasta el patio. Un ruido progresivo de charloteos y risas traviesas, anunciaba el final de las clases, el momento que yo esperaba. Ahora tendrían las niñas media hora de recreo en el patio y otra media en la sala de juegos y de televisión. Ese lapso sería el nuestro.

Por suerte nadie me vio colar tras el cobertizo del jardinero, apenas dos metros cuadrados de ladrillos pegados al muro de una de las esquinas, tapando una vieja entrada al recinto. Me metí entre los cipreses que delimitaban el muro y encontré unos escalones que bajaban hasta la vieja puerta, el escondite perfecto; allí agazapado en el rincón más bajo de los escalones era imposible que nadie me descubriera.

Y Esperé allí estoicamente. Escuchaba ruidos, gritos y risas; notaba el paso del tiempo por el descenso de la luz, pero no pasaba nada; cada vez se veía menos y mis esperanzas de que apareciera Rebeca comenzaban a esfumarse. Serían más de las 5 y media cuando escuché unos pasos acercarse. Me asusté sobremanera porque parecían provenir de zapatos grandes, tal vez los de algún cura cabreado, un hueso que trajera en la mano la nota en clave de un loco enamorado. Me puse de pie y me pegué como un sello al marco de la puerta sellada. Los pasos se oían cada vez más cercanos, más delatores, pero al mismo tiempo empecé a notarlos más pequeños, como los de una chica dispuesta a darle a su romeo el mejor beso de su vida.

Segundos después salí de dudas. Una falda de cuadritos y una rebeca azul marino se recortaron tras el ciprés, era mi Rebeca que entraba en la guarida dejando en la retaguardia a una amiga.

—Aquí —dije callando—. Y su cuerpo de ola rodó hasta mí con una sonrisa.

—No tengo mucho tiempo. Nos pueden pillar. Estás loco —musitó ella. Pero no podría precisar este si fue el orden correcto de las frases, lo que sí recuerdo es que acabaron con un beso pequeño, seguido de otro más grande, enorme, igual de inmenso y mojado que el mar de Almuñécar que tanto me había cautivado ese verano; pero dulce, dulce. Luego se sentó acurrucada contra mí y cogió mis manos, que miró por un instante.

—Mi madre vive y trabaja en una casa de la Gran Vía —me dijo—. Pronto me llevará con ella. No vayas a creer las habladurías que dicen que todas las internas de aquí somos hijas de...

—No, yo no creo nada de eso. Pero aunque fuera cierto me daría igual. ¿Nunca sales de aquí? No nos podemos ver algún día en la calle.



—Un domingo sí, uno no, viene mi madre a recogerme.

—Entonces podremos vernos un domingo...

—Vale

—Me gustan mucho tus besos.

—Y a mí los tuyos.

Su respuesta quedó entrecortada por los siseos que veían del patio.

—Me tengo que ir —dijo excitada—. Mi amiga me está avisando. Adiós Javi.

Volvió a rozar mis labios, esta vez con sus dedos y se perdió diciendo:

—No que te muerdas las uñas.

Aguardé unos minutos más en mi nido. Y cuando ya era noche incipiente, dando las seis campanadas, salí con tiento del escondrijo hasta salir al patio abierto. En ese instante los vi. Una monja alta y enjuta con cara de cuadro de El Greco y un cura joven o diácono, corpulento y de grandes entradas.

—¿Que haces tú ahí? —me gritó el cura cortándome el paso.

—¿Tú quién eres? ¿Cómo has entrado? —inquirió la monja.

Nos supe qué decir. Sólo bajé un poco la cara para que no me reconocieran. Realmente no había nada que decir. La verdad era pecado para aquellos jueces de la castidad, pasarme por ladronzuelo me hubiera causado serios problemas en casa. No había otra opción. Me hice el cojo y comencé a contar un rollo que me inventé sobre la marcha, nada convincente pero oportuno.

—Es que se nos ha caído el balón dentro y me han dicho que podía saltar que no pasaba nada.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó de nuevo la monja.

—¿Qué balón? Yo no veo ningún balón —precisó el diácono.

—Lo estaba buscando, pero al saltar la tapia me he hecho daño en el tobillo. Miren, allí parece que está.

El cura giró la cabeza, la monja no. Supe que ese era el momento y salí pitando por el flanco libre de la monja, que trató de agarrarme sin éxito. Corrí como alma que lleva el diablo hasta el muro de enfrente, trepé como gato negro mientras el diácono trataba de darme alcance, me subí a horcajadas y me dejé descolgar del otro lado hasta la calle.

Estaba libre. Pero toda libertad tiene un precio: tuve la mala fortuna de caer sobre un escalón en cuyo desnivel me torcí el tobillo, no sé si el mismo que antes había fingido. Me dolía bastante, apenas podía andar, pero aquel dolor no me importaba, había salido del colegio de monjas y llevaba conmigo, prendido de los labios y el corazón, lo más valioso de la mejor virgen.

Fco. Javier Martín Franco (Franjamares): Granada, 1964. Miembro del consejo redactor de esta revista y director de las páginas literarias de EL FARO. Autor del cuento *El Abuelo* y de las novelas: *La muerte Roja*, *El tranquilo* y *La Rapsodia Final*.

MEMORIAS DEL PUEBLO BLANCO

Por **Silvio Rivas**

La Niña del Lucero

La niña ciega era la más bonita de todo el pueblo y cantaba como un ruiseñor.

Todas las tardes su madre la peinaba y vestía primorosamente y la sentaba a la puerta de su casa, como una preciosa maceta llena de jazmines.

Después de un ratillo, la pequeña iba saludando a los vecinos que pasaban sin errar ni siquiera un nombre. Luego la cieguita rompía a cantar tan maravillosamente, que los cabreros que regresaban con sus rebaños buscando los rediles, se paraban extasiados ante el canto sirenil de la chiquilla. Las cabras dejaban de balar mientras guardaban un respetuoso silencio.

Las coplas brotaban de su boca como un manantial cristalino de hondas emociones, hasta que con la salida del lucero, la niña cesaba su cante, mientras los pastores y sus bestias buscaban alegremente los corrales cercereando el crepúsculo, cumpliendo su cotidiano ritual.



El Tirapeos

Desde niño había desarrollado esa rara habilidad flatuléntica: tirarse pedos cada vez que le diera la gana. Con el tiempo esa picardía se convirtió en una forma de ganarse la vida, o por lo menos conseguir algunos buenos vasos de vino del terreno y embutidos cortijeros. Cuando le veían llegar a los bares, los más achispados le gritaban:

—¡Oye, Paquillo, échate una ristra de peos por cinco perras!

El chaval se ponía muy serio y estiraba la mano para recibir las pesetas. Todos los presentes guardaban silencio

y estúpidas sonrisas, mientras Paquillo hacía fuerzas, contraía el rostro, se ponía de medio lado encogiendo algo la rodilla derecha para levantar el culo.

Y entonces sí, tiraba una retahíla de fragorosos pedos que liberaban las risas escandalosas de los rudos parroquianos.

Esta diversión se convirtió en una tradición del pueblo, aunque eso sí, jamás Paquillo demostraba gratis el dominio de su esfínter ni emitía olor alguno.

En realidad Tirapeos —como se le llamaba desde joven— tenía dos marjalillos de su abuela donde cultivaba hortalizas, verduras, frutas y por supuesto: garbanzos, judías, boniatos y otros productos gasíferos. Pero sus gastos diarios, especialmente los nocturnos, los solventaba con el clamor de sus tripas.

Con el galopar de los años se hizo tan famoso que cada vez que llevaba a la aldea algún politiquillo de cierto renombre o un personaje de relevancia social o artística, buscaban a Tirapeos para ofrecerle su ventoso homenaje.

Podría decirse que era el principal atractivo turístico de la villa.

Pasaban los años y Tirapeos dominaba cada vez con más exquisitez su arte pedorril. Podía hacerlo como una traca de cohetes de feria, o como una metrallata; como un agudo silbido que iba *in crescendo* en gravedad y ritmo como un *alegro con brío*; a veces con intermitencias cortas y largas como llamada de amor indio; en fin, era un auténtico profesional, sobre todo si no empinaba demasiado el codo.

Cierta vez, cuando Paquillo ya le había ganado el tranco al medio siglo, llegaron desde la Capital unas copetudas damas para quienes se organizó una fiesta por todo lo alto. Por supuesto que además de agasajarles con regalos y discursos bastante melosos, quisieron homenajearles con el campeón del pueblo: el Tirapeos. Le compraron un traje decente y luego de anunciarle protocolariamente, Paquillo se plantó delante de las distinguidas señoras e inició todo su ritual. Quería hacer la mejor actuación de su vida, había comido opíparamente lentejas, fabada asturiana, puchero de hinojos y de postre boniatos calientes.

Tirapeos dio comienzo a su repertorio: concentración, aspiración de aire, fuerza, fruncimiento, levantamiento de nalgas, y empezó subiendo y bajando bemoles, *ralentando*, o como *molto vivacce*, creciendo en intensidad y emoción hasta querer alcanzar niveles supremos.

¿Y qué ocurrió?... Que Tirapeos se cagó.

Ahora, después de varios años, se le ve pasar como una sombra huyendo de la gente, mientras los rústicos murmuran:

—Mira, allí va el Cagalástima.



Pilar Millán

Silvio Rivas: Nació en Almuñécar en 1945. A la edad de cinco años se trasladó con su familia a Argentina, donde ha pasado gran parte de su vida personal y profesional. Actor, director y autor teatral. En la actualidad colabora con la *Asociación para la Conservación del Patrimonio*.

EL ESCRIBIDOR

De **Antón Pavlovitch Crhéjov**

Trad. adaptación **Juan Bruca**

Dentro del despacho contiguo a su tienda de té, estaba sentado detrás de una mesa enorme el dueño en persona, un tal Nekrasov, un hombre bastante joven, vestido al gusto del día, cuyos rasgos marchitos denotaban que había tenido una vida agitada. Al ver los objetos dispuestos en su mesa, su vestido elegante, su peinado cuidado y al oler el perfume delicado de su cigarrillo se podía augurar que no estaba alejado del mundo moderno y que era todo un hombre cabal, seguro de su autoridad de gran comerciante.

—Aquí está el escritor —le anunció el dependiente principal desde el marco de la puerta entreabierta.

—Dile que pase, pero que deje sus botas fuera —contestó sin moverse.

Un minuto más tarde entró un vejete grisáceo, casi calvo, enfundado en un abrigo raído, la cara congestionada por el frío, con esta actitud de debilidad e indecisión que caracterizan a los fieles e *impecuniosos* bebedores.

—Buenos días —espetó Nekrasov sin mirarlo. ¿Qué novedad, señor Genio?

Para Nekrasov, cualquier tipo capaz de escribir veinte líneas sobre el tema del negocio era un genio o así lo interpretaba para no entrar en el tema, atento sólo a lo que esperaba de provechoso para su comercio.

—Pues, tengo puesto su pedido —contestó el escritor.

—¡Tan pronto!...

—En tres días señor se puede hacer no sólo un anuncio pero además una novela. Para un anuncio una hora es suficiente.

—¡Vaya! Y no obstante cada vez me pide más dinero, como si hubiese tardado un año en conseguirlo. Bueno... Enseñame su trabajo.

El escritor, hurgando en sus bolsillos, sacó unos pedazos de papel arrugado con garabatos a lápiz y, acercándose:

—Son grandes líneas —dijo—. Voy a leerlas y después de escucharme atentamente me dirá usted si acaso he cometido algún error. Es que uno se puede equivocar con todas esas *chinoiseries**. Acabo de redactar tres anuncios para tres almacenes diferentes. Al mismo Shakespeare le hubiera nublado el entendimiento —añadió con algo de énfasis contenido.

Se calzó las gafas, levantó las cejas y se puso a leer, casi declamando.

«Nekrasov. Depositario de té de China para todas las



ciudades de Rusia de Europa y de Asia y países extranjeros. Desde 1804". Y este preámbulo ilustrado por escudos, blasones y armas. Para usted he pensado en un león con una lira en el hocico. Pues, seguimos...

«Queridos clientes. Ni los recientes acontecimientos políticos, ni la fría indiferencia que cada día penetra las capas de la sociedad, ni el encharcamiento del río Volga, pueden con la antigüedad de nuestra

casa ni con las simpatías que hemos sabido adquirir de una vez por todas y nos dan la posibilidad de no modificar en nada nuestro sistema de relaciones con los proveedores, ni fallar en la ejecución de los pedidos. Nuestro lema —aunque corto— es bien conocido: lealtad, precios, rapidez.»

—¡Bien, muy bien! —le interrumpió Nekrasov—. No pensaba que fuera tan bueno. Es muy hábil. Pero, querido escritor... cómo decirlo... hay que matizar, echar un velo, oscurecerlo, de alguna manera esparcir un poco de *poudre aux yeux***.

Así anunciamos que acabamos de recibir un lote de té de primavera —primera cosecha— del 85. ¿Esto es? Pero tenemos además que señalar que esos té que, repito, acabamos de recibir, están ya desde hace tres años dentro de nuestros almacenes...

—Lo entiendo perfectamente... El público no se enterará de nada ni siquiera de la contradicción. Pongamos al principio que acabamos de recibir el té y al final decimos: «Poseyendo un surtido importante de té que ya han pagado derechos de aduana con las tasas anteriores estamos dispuestos a dejarlos —sin prejuicio— al precio del año pasado, etc...»

—Y entonces, página dos, pongamos la tarifa, con los escudos, el león y la lira. Y abajo, en caracteres grandes, los precios de los té aromáticos seleccionados de Fou-Tchang, Kian-Ting y Paí-Ho —primera cosecha— de las propias plantaciones recientemente adquiridas.

«Queremos atraer la atención de los verdaderos aficionados por los té de Liang-Sing de los cuales, *Emblema de China* o *Celo de los Competidores* —tres rublos cincuenta—, gozan del favor más grande y merecido por su excelencia. De los té a la rosa recomendamos *Rosa del Emperador* —dos rublos— y *Ojos de China* —uno ochenta.»

«En seguida y en letra pequeña, las condiciones de porte y embalaje y unas palabritas sobre las reducciones y los premios:

«La mayoría de nuestros competidores ofrecen premios. En cuanto a nosotros —reprobando este sistema es-

candaloso—ofrecemos para pedidos de más de cincuenta rublos, uno de los cinco regalos siguientes: una tetera en metal inglés, cien tarjetas de visita personalizadas, un callejero de Pekín,** una caja con forma de chinita desnuda o el libro titulado *La Sorpresa del Novio* o *La Novia debajo del Cuba* —cuento verde traducido del cantonés».

Después de acabar con su lectura y apuntando alguna corrección el Genio, con extraña rapidez, copió el anuncio y lo entregó a Nekrazov, quedando ambos silenciosos, como si estuviesen desacomodados, como unos que acabaran de cometer alguna bajeza.

—Me hace pagar en seguida —por fin rompió el Genio.

—Como quiera. En seguida, sí. Ve a la tienda y coge por cinco rublos cincuenta de mercancía.

—Quiero dinero, señor —se arriesgó el Genio.

—¿Que te entregue dinero? No es costumbre de la casa. Pago a todos vosotros en té y azúcar: los chantres, cuyo protector soy, los recaderos, los porteros y los demás. Así tenemos más gente virtuosa.

—Pero, señor, cómo se puede equiparar mi trabajo con aquél de los porteros o los chantres. Mi obra, lo mío, es... intelectual —se atrevió a protestar el Genio.

—¿Tu obra? Te sientas, escribes y ya está. La escritura no se come, no se bebe... Es nada. No vale ni un rublo.

—¡Heu!... Cómo juzga usted la escritura —farfulló el Genio herido. No se da cuenta de la tortura que he experimentado redactando este anuncio. Escribir y sentir que se engaña a toda Rusia. ¡Págueme en dinero, señor!

—Me fastidia, tío. ¡Qué pesado está!

*cosas de los chinos, *complicadísimas*

** lit., pólvora en los ojos, *alucinar con engaños*.

*** de mucho interés -ndt.

Antón Chéjov : (Ukrania, 1860-1906. Uno de los más grandes cuentistas de todos los tiempos. Entre sus obras destacan: en narrativa: *Cuantos Multicolores*, *El Duelo*, *La Dama del Perrito*. Y en teatro: *El tío Vanía* y *El Jardín de los Cerezos*.

TOCANDO EL BANJO EN ALABAMA

Por Mari Carmen Martínez

No sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Pero se sentía tan bien. Apelotonada en posición fetal, la suavidad aterciopelada de las sábanas y un olor dulce y aframbuesado la envolvían. La inmensa habitación estaba en penumbra. Desde la calle, filtrado por unas espesas cortinas, se colaba el ruido de una gran ciudad. Le pesaba la cabeza. Cerró los ojos y recordó. ¡Qué noche! No había dejado un solo trozo de su piel sin acariciar. Los labios aún le ardían. Había bebido de ellos como si hubiera atravesado mil desiertos y por fin hubiera hallado, en ella, un oasis. Despertó escalofríos en rincones que ni ella misma sospechaba tener. Mordió, besó, lamió, vibró y le hizo vibrar, se descubrió una vez, otra y otra vez más. Nunca, nunca la habían amado así, nunca se había entregado de esa manera.

¿Pero quién era ella, quién era él? ¿Dónde estaba? No recordaba su nombre y mucho menos el de él. Peor aún, tenía la certeza de no haberlos sabido nunca. Se levantó tambaleante e instintivamente empujó la puerta del cuarto de baño. La luz cegadora le dio una bofetada en plena cara. Se vio en el gran espejo rectangular, no se reconoció: ¡Era negra! Una negra guapa, guapísima, con un pelo cortísimo y enortijado, unos inmensos ojos azabache que la miraban interrogantes y unos labios carnosos y sensuales, entreabiertos por la sorpresa y que se dejaron tapar por una mano de largos y frágiles dedos para ahogar un grito y no volcar el jarrón de gardenias que adornaba el lavabo.

Se miró de arriba abajo, de abajo arriba; era alta, esbelta, bien formada, con unos pechos llenos y en su sitio, unas caderas proporcionadas y sensuales; se acarició y sintió una firmeza, una suavidad y una elasticidad que no le eran familiares. Se gustaba. Se gustaba mucho.

Escuchó ruido en la habitación. Se cubrió con un albornoz mullido, de un rosa chicle escandaloso y salió a ver quien había entrado. Era una matrona oronda y más negra que ella, quien sin mediar palabra, descorrió las tupidas cortinas. ¡No lo podía creer!: Frente a ella se dibujaba la inconfundible silueta del Sky Line de Nueva York.

—¿Quién soy?

—¡Señorita! ¿Cómo que quién es? Pues Billie, aunque todo el mundo la llama Duquesa.

—Ah, ¿y... el señor?

—El señor ha dejado una nota diciendo que se iba pronto porque esta noche toca el banjo en Alabama.



Mari Carmen Martínez, Licenciada en Medicina. La literatura supone para ella el equilibrio perfecto de su profesión rigurosa y científica. Colaboradora habitual de esta revista y del periódico EL FARO. Asidua tertuliana de *La Casa de las Palabras*.

Los Títulos de los Volúmenes

Por **Adrián Grados**

Y cuando un hombre está muy triste, no porque tenga dolor de muelas o haya perdido dinero, sino porque alguna vez por un momento se da cuenta de cómo es todo, cómo es la vida entera y está justamente triste, entonces se parece un poco a un animal; entonces tiene un aspecto de tristeza, pero es más justo y más hermoso que nunca.

Herman Hesse, *El lobo estepario*

Estaban todos sentados en una mesa cuadrada, que se quedaba pequeña para la gente que había. No hablaban mucho, nadie tenía nada que decir. Hacía frío allí fuera, en la calle, no se podía decir con certeza si llovía o no (esa lluvia transparente que moja sólo como por accidente) y la gente estaba de notable mal humor, como no podía ser de otra manera en un día así, claro. Alguien hizo además de encender un cigarrillo, pero todo se quedó ahí, en un mero ademán, lo que no dejó de malhumorar a la parroquia; esa especie de actitud que se tiene a veces hacia las cosas, que todo te moleste, es algo muy lógico y te hace parecer la persona más putamente lúcida que existe, lo cual (evidentemente) no puede más que enojarte, te hace querer que te revienten la nariz de la manera más dolorosa posible, que alguien te de una excusa para romper eso que más le gusta y luego escupirle; pero siempre una excusa, claro. Así estaban, más o menos. Digo estaban y es un poco ridículo. No, sin duda no, yo también estaba allí seguramente, me atrevería a decir que, tuvo que ser así, yo era sin duda el más cabreado de todos y el que menos motivos tenía, claro. En esos momentos en que te parece tan lógico abrirme la herida del labio, abrirla para que sangre y me duela mucho, y apretar los dientes hasta que se astillen, y aun así no dejar de jugar con la herida. En esos momentos es que todos y cada uno de nosotros, cada palmo cada centímetro cada pelo cada ráfaga de aire frío, nos preguntamos qué. Qué y porqué, esa mesa cuadrada tan ridículamente pequeña. Como ya habréis notado el porqué tiene mucho que ver con eso de romperme los dientes, es una redundancia con el único objeto de destrozarnos del todo, de una vez por todas, finalmente llegar al final y ya está. Qué es lo que nos ha pasado para estar ahí, lo asquerosamente ridícula que es la vida allí, a los cuatro lados de la mesa, por encima y por debajo de todo lo que conocemos nosotros, cuatro inútiles que jugamos a estar vivos (pero sólo jugamos, no nos planteamos nada porque la verdad es que no hay nada, jugamos entonces y lo sabemos bien) en torno a lugares comunes, o que hablamos de una película de Kubrick como si fuera algo útil, algo que valiera la pena. Yo me preguntaba (me acuerdo) qué sentido podía tener eso, yo, las cosas; tenían que tener un sentido, que yo no alcanzaba a ver pero que estaba ahí, presente en la mirada de la gente e incluso en mi mirada, pero que yo no era capaz de ver. En realidad no lo pensaba entonces, lo pienso ahora, porque en ese momento sólo quería matar a



todo el mundo que no fuera yo, que no estuviera intensamente molesto con la vida, claro.

Todo el mundo quiere recuperar su dinero, se siente estafado. Todo el mundo se siente tan solo.

De todas formas nadie lo tuvo demasiado en cuenta. Alguien propone ir a cenar a un chino (;y porqué no?) y luego acabaremos la noche en algún bar, lo suficientemente aburridos como para que no nos demos cuenta de cómo de aburridos estamos. Ya la música y las copas, la gente que se ríe pero no se sabe bien porqué, se ríe parece feliz y eso es suficiente. Es nuestra redención, nuestro perdón por la semana. Antes íbamos al cine, ahora buscamos otras cosas, un perdón, más bien un pedir perdón a la vida por lo que le estamos haciendo; bajar las escaleras o subir las o dormir – en el peor de los casos madrugar– y luego el fin de semana al final del túnel, para que pensemos que tiene lógica y que es algo normal, algo que-hay-que hacer. Yo ocupo mi puesto a mitad de barra, con la punterita flexionada contra la barra y una cerveza en la mano, y a medida que pasa el tiempo alterno síes y noes, hago y no hago, rió y sonrió entre silencios incómodos que a mí nunca me molestaron. Y los miro a los ojos, yo busco, en los ojos para que no me puedan esconder ninguna respuesta. Todos, llegado el momento, pensamos que eso no, no puede ser, que estamos en otro lado o incluso ya en la cama descansando. Normalmente estamos aún allí, rodeados. Marcos suele comentar las apariciones estelares de las más mujeres, la ciudad las escupe de una en una para que se cumpla la tradición (cuando Marcos falta, cosa habitual últimamente, cualquiera tiene derecho) y alguien diga algo. Estoy harto yo como todos. Quiero frío en las venas, quiero un genio cojo, un gato borracho. Quiero el último cigarro de un condenado, la mirada última de alguien que se va, las perfecciones de un ejercicio matemático mal resuelto, quiero que todo esté mal resuelto para mí. Quiero la imperfección por encima de todo, queremos un empresario poderoso que se arruina, la deliciosa imperfección de los que buscamos algo que no existe, de nosotros que estamos perdidos, de James Bond torturado. Al fin y al cabo, que nadie entienda (que entiendan que no hay nada que entender) de una vez por todas. Desaparezcan ya las respuestas, la puta incertidumbre de una noche oscura, eso quiero. La noche se acabe ya. Se acaba. Mañana a la mañana. Una mesa cuadrada o tal vez circular (claro) y nosotros. Todos tan cansados, todos tan...

Adrián Grados: Tiene 19 años. Nació en Vitoria de padres argentinos. Estudiante de Filosofía en la universidad de Granada.

La Prueba Definitiva

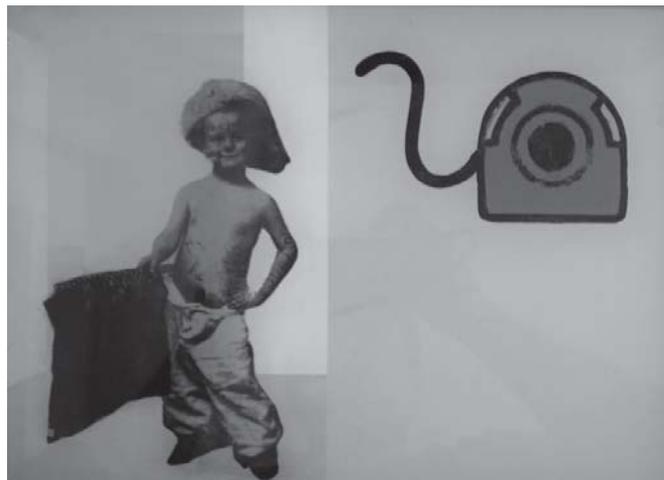
Por José Vasanta

Al enterarse del alumbramiento de Luci en el hospital, canceló un viaje a Jordania que tenía concertado con los compañeros de la empresa como premio por el alto rendimiento conseguido en la producción de publicidad engañosa para vuelos de *bajo costo*, y sin dudarlo cogió un taxi en dirección al hospital.

Se presentó allí dispuesto a demostrar y reivindicar su paternidad anteponiéndolo a todo lo demás, renunciando a un ascenso en el trabajo con el consiguiente incremento salarial, ampliación de período vacacional, así como a un horizonte más halagüeño que le hubiera permitido viajar por nuevos mundos, parajes pintorescos, mejorando la calidad de vida. Y, sobre todo, en buena lógica, evitar un traslado que le alejase de Luci y del posible retoño, lo que habría lastrado su credibilidad en el empeño.

Habían vivido en pareja durante cinco años. Pero, a pesar de varios intentos, de prácticas acrobáticas, comidas exóticas, recetas viejas y por fin reiteradas visitas a reconocidos especialistas del ramo, no habían tenido la suerte de tener un hijo. Ahora —y esto le llenaba de orgullo— le venía de maravilla la última oportunidad de saborear una revancha inesperada, el poner en la picota a su ex mujer con el nuevo compañero, esta vieja vida puñetera, y reclamar sus derechos como padre biológico del recién nacido. No pensaba doblegarse ante los infortunios por atroces que fueran, y nunca arrojar la toalla aunque tuviera que derribar montañas. Quería recuperar toda su hombría perdida, la dignidad de hombre escarnecido, dar su nombre y apellido al hijo aunque lo satisficiera con sangre, se sentía dispuesto a cualquier sacrificio con tal de conseguirlo.

Después de contrastar datos y fechas en la agenda donde apuntaba actos fallidos, lo primero que hizo fue presentarse en la planta de partos y conocer a la nueva criatura. Un buen paquete de carne, despierto ya y gritón, en el que vislumbraba la estirpe andaluza y su voluntad de tener un padre de verdad y no un imaginario fantasma de padre. Exigiría una identificación completa de sus constantes vitales y las exploraciones necesarias para probar la identidad del crío con él mismo, su progenitor y se entregaría a las pruebas y análisis pertinentes, que revelen los rasgos que conforman la fisonomía anatómica y forense del padre perfecto y, confiado, se encerró en su certeza. El peso del trance, no obstante, apuntaba raudas arritmias y leves palpitos. Un día soleado, sin más, se le nubló la mirada.



La blanda lluvia no alivia los sembrados en todos los campos. El día se enfureció en el entorno de Luci, al llegar a sus oídos la presencia de su exmarido en las inmediaciones del centro donde se hallaba. Ahora, hacía pareja con otro hombre que amaba con locura, y con el nacimiento del hijo acababa de entrar en este futuro de felicidad que tanto había ansiado. Y por eso —para no estropear su orgullo de madre, olvidar los malos tragos por las discrepancias y las humillaciones pasadas— no digería que su vástago mostrara algún indicio, pecas, cicatrices, u otro atisbo con el improbable y advenedizo progenitor e indignada se opuso enérgicamente a cualquier intento de manipulación. ¡Que se vaya al diablo ese aborto que además nunca supo darme gozo! ¡Qué necia fui al soportarlo tanto tiempo! Y qué suerte hemos tenido, el nene y yo que no fuese él su padre —pensaba con escalofrío retrospectivo al evocar sus años de mal casada.

Resultó que no prosperó la demanda de Cristóbal en su proclama de paternidad, en especial al desinflarse de un chasquido su fulgurante figura. Su propia salud, que creía irrefragable, se deterioró de repente, y en sus últimos días de vida —pues una galopante enfermedad le acortó las horas de forma inverosímil, echando por un atajo, —tanto que al poco se murió— apenas si tuvo tiempo para dejar escrita una carta a su supuesto hijo:

«Manu, el resultado es positivo. Hay suficientes espermatozoides y se mueven como verdaderos diablos, me dijo el analista. ¡Magnífico! Ahora puedo someterme a la quimioterapia sin pestañear y al posterior trasplante de hígado, con la seguridad de que, al sanar, alzaré la cabeza, y entonces podré contártelo todo como ahora lo estoy haciendo, pero de viva voz. Aunque tus pocos días de vida no te permitan entender lo que es un análisis, un linfoma, ni por supuesto una hepatitis, sí quiero decirte que naciste, como todos los niños buenos, del amor de papá y mamá, Cristóbal y Luci, porque hay que ver lo que liamos el día de la recogida —que así lo certificaron — y no de un capricho o una borrachera en noche de bottellón como otros desventurados. Tu papi para siempre, Cristóbal.»

¿Por Qué y Para Qué Leer?



Por Manuel Javier Sánchez Contreras

Leer por necesidad. Desde que nuestros antepasados se constituyeron en personas tienen necesidad de articular su pensamiento y, aunque en principio sus signos sean elementales, pronto van a necesitar un sistema de signos complejos y capaz de abarcar todo lo que ven, un sistema que les permita definir un árbol, una cueva, el río, la montaña, el cielo, la luna... y así comprender, poco a poco, pero cada día mejor, todo el universo y, por ello, entenderse a sí mismos («Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas», diría JRJ).

El alfabeto, la palabra, el texto, nos permiten expresar nuestros pensamientos, sentimientos, los recuerdos, los proyectos... Toda nuestra cultura desde hace miles de años se desarrolla a partir de la palabra y es ella, sobre todo, la que nos permite comunicarnos. En una sociedad compleja (como en la que vivimos) la palabra escrita es la que nos permite establecer las leyes que nos gobiernan, los textos que nos enseñan y nos ayudan a desarrollar nuestras tareas, los relatos que nos entretienen, nos hacen pensar, nos emocionan...

Por esto necesitamos leer, para conocer qué pasó antes de nosotros, para saber qué está pasando ahora, y para entender, en alguna medida lo que puede pasar en el futuro. (Sin el conocimiento de lo que ha sucedido no podemos entender lo que está sucediendo). Continuamente tenemos que pronunciarnos sobre temas complejos, una democracia depende de la opinión de la mayoría, y si esta mayoría se deja llevar por consignas elementales, apañados estamos. Debemos leer porque debemos acostumbrarnos a razonar y a comprender los razonamientos. Decía K. Popper: «conviene que peleen las ideas para que no tengan que pelear los individuos». Los psicólogos han descubierto que la agresividad suele ir unida a serias carencias lingüísticas.

Amos Oz, reivindica la literatura y el sentido del humor como antídoto contra el fanatismo. *Jamás he visto en mi vida a un fanático con sentido del humor. Ni he visto que una persona con sentido del humor se convierta en fanático.* (Amos Oz. Contra el fanatismo)

Tenemos que leer las grandes obras de la literatura universal, no sólo por el bagaje cultural que nos proporcionan, también por su valor como formación moral, ya que en ellas está la mayor fuente de moralidad y de valores formativos.

A veces en nuestro discurso para iniciar a los niños en la lectura hacemos hincapié en que detrás de la lectura hay placer. Quizás tendríamos que enfocar la lectura por el lado del «PODER», que esta otorga. Ciertamente hay un placer en la lectura, pero ese placer es cuando la lectura nos aporta algo, sea lo que sea. El mensaje que debemos ofrecer a los jóvenes es la toma de conciencia de la necesidad y conveniencia de leer.

El poder que otorga la lectura es un camino para acceder a los conocimientos. Aprender a leer es aprender a pensar diferente, es aprender a pensar por uno mismo. Sólo leyendo podemos enseñar a unos niños el derecho que tienen de pensar libremente.

Descubrirán un mundo nuevo, un mundo que les pertenece solo a ellos, un mundo libre. En la diversidad de lecturas encontrarán la diversidad de pensamiento. Por tanto, debemos ser capaces de crear situaciones, expectativas y necesidades que inclinen a los más jóvenes a recurrir a la lectura.

¿Y el placer estético? Este, vendrá por añadidura.

TABLÓN DE COMPLICIDADES

¿Es Usted un ciudadano normal, o todavía piensa?



NX

NEXOGALERÍA DE ARTE
ARTE CONTEMPORÁNEO/PRÍNCIPE 12 LA HERRADURA

ARTE
ARTES LIBRES
ARTES LIBRES
LIBRES ARTES
LIBRES ARTES
LIBERARTE
LIBRARTE
LIBRARTE
LIBRARTE
LIBR E
LIBR E
LIBR E

... ..
... ..
... ..
... ..
¿ARTES?...
¿LIBRES? ..

www.arteslibres.net

Espacio libre, abierto y gratuito para descubrir la producción artística de personas interesadas en mostrarla. Para enviar material para la web (fotos, textos, música, etc): nekovidal@arteslibres.net

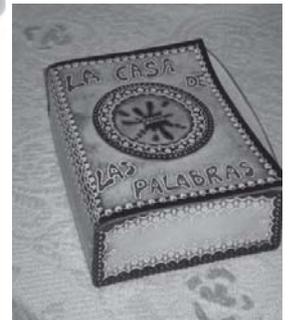


Revista de las Artes de la Axarquía y Málaga
Coordinada por: **Antonio Quero**
quero@pulsaluz@hotmail.com



LA GRAMOLA
Bar cultural

Exposiciones, música en vivo, teatro poesía...
C/. Santa María Micaela, 14
Málaga, Tfno.: 958650616



Tertulia:
La Aventura de Escribir
La Casa de las Palabras
Todos los miércoles 20 h.
Calle Bronce n.º 11, Nerja.



Tertulia *Revista VOCES*
Todos los viernes, 18,30 h.
Cafetería *La Italiana*,
C/. Hurtado de Mendoza,
Almuñécar



Sé Lector

Revista de Arte, Ocio y Cultura
Almuñécar, La Herradura, Frigiliana, Maro, Nerja, Torrox...
e-mail. revista.selector@gmail.com

No me suscribiría jamás a una revista que aceptara a lectores como yo.

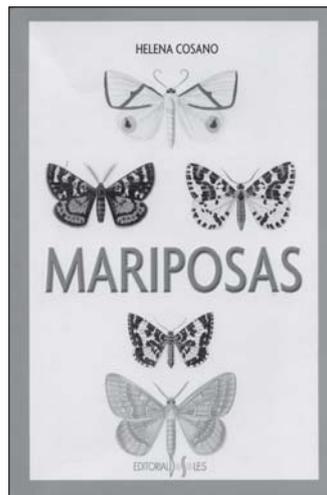
Suscripción VOCES, en la web: www.arteslibres.net, apartado REVISTA VOCES

LEER con **VoCES** y sus autores...

CUADERNOS DE LITERATURA



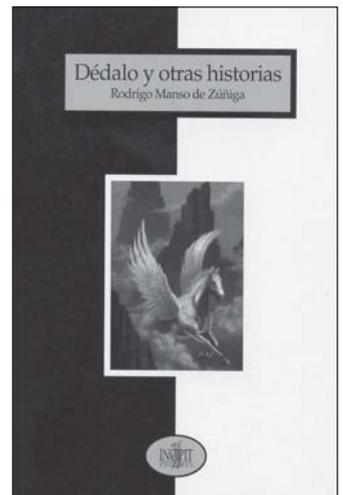
El hombre que delató a Lorca
Fernando de Villena



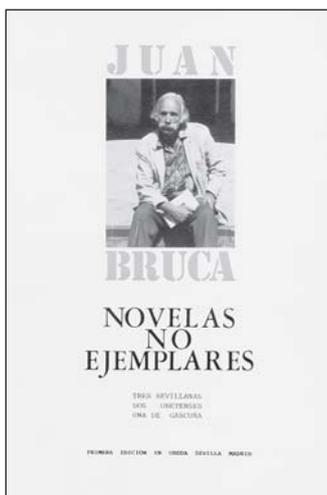
Mariposas
Helena Cosano



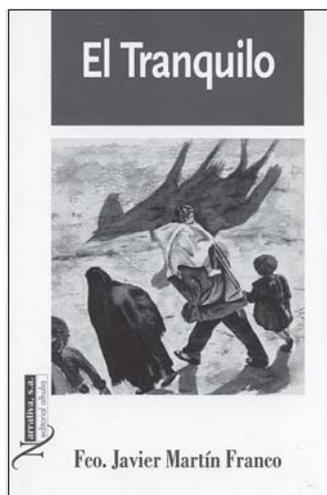
¿Conoce el poeta...?
Alejandro García Boyano



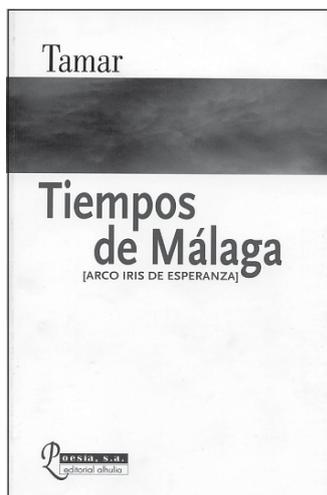
Dédalo y otras historias
Rodrigo Manso de Zúñiga



Novelas no ejemplares
Juan Bruca



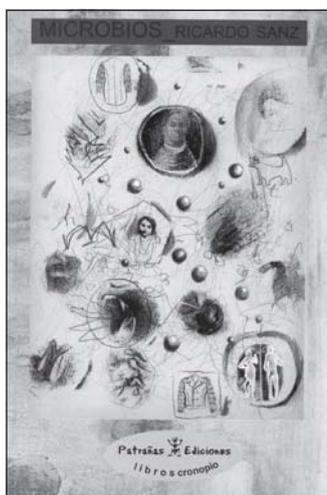
El Tranquilo
Fco. Javier Martín Franco



Tiempos de Málaga
Tamar (Marta Sánchez)



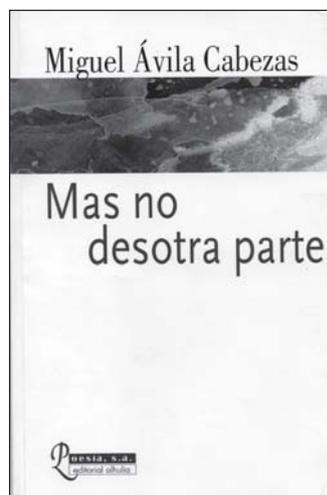
Poemas de Niños y Para Ellos
Marisa Sendón



Microbios
Ricardo Sanz



El alfabeto de las 221 puertas
Francisco Díaz Guerra



Mas no desotra parte
Miguel Ávila Cabezas



Memorias de la pasada tormenta
Taller de Escritura "Paréntesis"
(José Guerrero)

